

S. EUSEBIO JERÓNIMO, PRESBITERO DE STRIDÓN, COMENTARIOS SOBRE EL PROFETA DANIEL A PAMMACIO Y MARCELA, LIBRO UNO. (C)

Prólogo.

617-618 Contra el profeta Daniel, Porfirio escribió un duodécimo libro, negando que fuera compuesto por el mismo Daniel, cuyo nombre lleva, sino por alguien que vivió en tiempos de Antíoco, llamado Epífanés, en Judea, y que no fue tanto Daniel quien predijo el futuro, sino que narró el pasado. De hecho, todo lo que dijo hasta Antíoco es verdadera historia; pero lo que supuso más allá, al no conocer el futuro, es falso. A esto respondieron con gran habilidad Eusebio, obispo de Cesarea, en tres volúmenes, es decir, el decimoctavo, decimonoveno y vigésimo; también Apolinar en un gran libro, el vigésimo sexto, y antes que ellos, en parte, Metodio. Sin embargo, como nuestro propósito no es responder a las calumnias del adversario, que requieren un largo discurso, sino explicar lo que el profeta dijo a los nuestros, es decir, a los cristianos, advierto en el prefacio que ningún profeta habló tan abiertamente de Cristo. 619-620 No solo escribe que vendrá, lo cual es común con los demás, sino que también enseña en qué tiempo vendrá; enumera los reyes en orden, cuenta los años y predice signos muy claros. Porfirio, al ver que todo esto se cumplió y no pudo negar lo pasado, vencido por la verdad de la historia, recurrió a esta calumnia, afirmando que lo que se dice sobre el Anticristo al final del mundo se cumplió bajo Antíoco Epífanés debido a ciertas similitudes en los hechos. Su impugnación es testimonio de la verdad. Tal fue la fe en lo dicho que el profeta no parece haber predicho el futuro a los incrédulos, sino haber narrado el pasado. Sin embargo, siempre que la ocasión se presente en la explicación de este volumen, intentaré responder brevemente a su calumnia y oponerme con una explicación sencilla a las artes de la filosofía, o más bien a la malicia secular, por la cual intenta subvertir la verdad y con ciertos engaños quitar la clara luz de los ojos. Por tanto, os ruego, Pammacio, amante del saber, y Marcela, único ejemplo de santidad romana, unidos por la fe y la sangre, que ayudéis mis esfuerzos con vuestras oraciones: para que el Señor y Salvador, por su causa, responda con su sentido a través de mi boca, quien habla al profeta: Abre tu boca, y la llenaré (Sal. LXXX, 11). Pues si cuando seamos llevados ante jueces y tribunales, nos advierte que no pensemos qué debemos responder (Luc., XII), cuánto más podrá luchar sus batallas contra los adversarios blasfemos y vencer en sus siervos. Por eso, muchos salmos contienen el término hebreo que se pone en los títulos LAMANASSE (), que los LXX tradujeron como "al final", pero que más bien significa "por la victoria". Aquila lo interpretó como τῷ νικοποιῷ, es decir, "a quien da la victoria". Símaco lo tradujo como ἐπινίκιον, que propiamente significa "triumfo y palma". Pero también debemos saber, entre otras cosas, que Porfirio nos objeta sobre el libro de Daniel, diciendo que parece inventado y que no se encuentra entre los hebreos, sino que es un comentario en griego, porque en la fábula de Susana se contiene, cuando Daniel dice a los ancianos, ἀπὸ τοῦ σχίνου σχίσαι, καὶ ἀπὸ τοῦ πρίνου πρίσαι, cuya etimología conviene más al idioma griego que al hebreo. A esto respondieron Eusebio y Apolinar con la misma opinión: que las fábulas de Susana, Bel y el Dragón no se contienen en hebreo, sino que son parte de la profecía de Habacuc, hijo de Jesús, de la tribu de Leví, como se pone en el título de la misma fábula de Bel según los LXX: "Había un hombre sacerdote, llamado Daniel, hijo de Abda, compañero del rey de Babilonia", cuando la Sagrada Escritura testifica que Daniel y los tres jóvenes eran de la tribu de Judá. Por eso, hace muchos años, cuando tradujimos a Daniel, marcamos estas visiones con un obelo, indicando que no se encuentran en hebreo. Y me sorprende que algunos críticos me acusen, como si yo hubiera acortado el libro, cuando tanto Orígenes como Eusebio y Apolinar y otros hombres eclesiásticos y doctores de Grecia admiten, como dije, que estas visiones no se encuentran entre los hebreos y que no deben responder a Porfirio por estas cosas que no tienen ninguna autoridad de la

Sagrada Escritura. También advierto al lector que la Iglesia lee a Daniel no según los LXX, sino según Teodoción, quien ciertamente fue incrédulo después de la venida de Cristo, aunque algunos dicen que era ebionita, que es otro tipo de judío. Pero también Orígenes puso asteriscos en la obra de Teodoción en la edición Vulgata, mostrando lo que faltaba y nuevamente marcó algunos versos con obelos, señalando lo superfluo. Y aunque todas las Iglesias de Cristo, tanto de los griegos como de los latinos, sirios y egipcios, leen esta edición con asteriscos y obelos, que los envidiosos perdonen mi trabajo, que quise tener para los nuestros lo que los griegos leen en las ediciones de Aquila, Teodoción y Símaco. Y si ellos, en tantas riquezas de doctrinas, no desprecian los estudios de los hombres judíos, ¿por qué la pobreza latina ha de despreciar a un hombre cristiano? Si su obra desagrada, al menos se debe aceptar su voluntad. Pero ya es tiempo de que tejamos las palabras del mismo profeta, no proponiendo todo y explicando todo como hicimos en los doce profetas, sino brevemente y por intervalos, explicando solo lo que es oscuro, para que la magnitud de innumerables libros no cause fastidio al lector. Para entender las partes finales de Daniel, es necesaria una historia múltiple de los griegos: a saber, de Sutorio Calínico, Diodoro, Jerónimo, Polibio, Posidonio, Claudio, Teón y Andrónico, apodado Alipio, a quienes Porfirio dice haber seguido: también de Josefo y de aquellos que Josefo menciona, especialmente de nuestro Livio, Pompeyo Trogo y Justino, quienes narran toda la historia de la visión final y describen las guerras de Siria y Egipto, es decir, de Seleuco, Antíoco y los Ptolomeos, desde Alejandro hasta César Augusto. Y si alguna vez nos vemos obligados a recordar las letras seculares y a decir algo de ellas que antes omitimos, no es por nuestra voluntad, sino, como diría, por una necesidad muy grave: para probar que lo que los santos profetas predijeron hace muchos siglos se contiene en las letras de los griegos, latinos y otras naciones.

COMIENZA EL LIBRO.

623 (Cap. I.---Vers. 1.) En el tercer año del reinado de Joacim, rey de Judá, vino Nabucodonosor, rey de Babilonia, a Jerusalén y la sitió. Joacim, hijo de Josías, en cuyo decimotercer año comenzó a profetizar Jeremías, bajo quien también profetizó la mujer Olda, es el mismo que se llama de otro nombre Eliaquim, y reinó sobre la tribu de Judá y Jerusalén once años: a quien sucedió en el reino su hijo Joaquín, apodado Jeconías; quien en el tercer mes de su reinado, el décimo día, fue capturado por los duques de Nabucodonosor, llevado a Babilonia, y en su lugar fue establecido Sedecías, hijo de Josías, su tío, en cuyo undécimo año Jerusalén fue capturada y destruida. Por lo tanto, nadie piense que el mismo Joacim al principio de Daniel es el que en el inicio de Ezequiel se llama Joaquín. Este último tiene la sílaba final Chin, el otro Cim. Y por esta razón, en el Evangelio según Mateo parece faltar una generación, porque la segunda *τεσσαράδεκας* termina en Joacim, hijo de Josías, y la tercera comienza con Joaquín, hijo de Joacim. Ignorando esto, Porfirio construye una calumnia contra la Iglesia, mostrando su ignorancia al intentar acusar de falsedad al evangelista Mateo.

(Vers. 2.) Y el Señor entregó en su mano a Joacim, rey de Judá. El hecho de que Joacim sea entregado muestra que la victoria no fue por la fortaleza de los adversarios, sino por la voluntad del Señor.

Y parte de los vasos de la casa de Dios, y los llevó a la tierra de Sinar, a la casa de su dios, y los vasos los introdujo en la casa del tesoro de su dios (Gén. XI). La tierra de Sinar es el lugar de Babilonia donde estaba el campo de Dura, y la torre que aquellos que se movieron desde el oriente intentaron construir hasta el cielo. De ahí que el lugar recibió el nombre de Babilonia por la confusión de lenguas, que se traduce en nuestra lengua como confusión. También se debe notar, según la anagoría, que el rey de Babilonia no pudo transferir todos los vasos de

Dios y colocarlos en el ídolo que había creado, sino parte de los vasos de la casa de Dios, que deben entenderse como los dogmas de la verdad. Si revisas todos los libros de los filósofos, es necesario que encuentres en ellos alguna parte de los vasos de Dios. Como en Platón, el Dios creador del mundo, como en Zenón, el príncipe de los estoicos, el inframundo y las almas inmortales, y un bien, la honestidad; pero como mezclan la mentira con la verdad, y el bien de la naturaleza lo pierden con muchos males, por eso se dice que tomaron parte de los vasos de la casa de Dios, y no todos los vasos íntegros y perfectos.

(Vers. 3.) Y dijo el rey a Aspenaz, jefe de sus eunucos, que introdujera de los hijos de Israel y de la descendencia real y de los tiranos, jóvenes en quienes no hubiera defecto alguno. En lugar de Aspenaz, en la edición vulgar encontré escrito ἄβριεσδρῖ, y en lugar de φορθομμῖν, que Teodoción puso, los LXX y Aquila tradujeron como elegidos, Símaco como Partos, entendiendo por la palabra el nombre de una nación, que nosotros, según la edición de los hebreos que se lee con precisión, hemos traducido como tiranos, especialmente porque precede, de la descendencia real. Por eso, los hebreos creen que Daniel, Ananías, Misael y Azarías fueron eunucos, cumpliéndose aquella profecía que se dice a Ezequías por el profeta Isaías: Y de tu descendencia tomarán, y harán eunucos en la casa del rey de Babilonia (Isa. XXXVII, 7). Si fueron de la descendencia real, no hay duda de que fueron del linaje de David. A menos que este sentido se oponga a lo que sigue: Jóvenes, o niños, en quienes no hubiera defecto alguno, para enseñarles las letras y la lengua de los caldeos. Filón cree que la lengua de los hebreos es la misma caldea, porque Abraham era de los caldeos. Si aceptamos esto, debemos preguntarnos cómo ahora se ordena enseñar a los jóvenes hebreos una lengua que ya conocían, a menos que, según la opinión de algunos, digamos que Abraham conocía dos lenguas, la de los hebreos y la de los caldeos.

(Vers. 7.) Y el jefe de los eunucos les puso nombres: a Daniel, Belsasar; a Ananías, Sadrac; a Misael, Mesac; y a Azarías, Abednego. No solo el jefe de los eunucos, o maestro, y como otros tradujeron, ὁ ἀρχιευννοῦχος, cambia los nombres de los santos, sino que también Faraón llamó a José en Egipto (Gén. 41), Somtonfanec, no queriendo que en la tierra de cautiverio tuvieran nombres de judíos. Por eso el profeta dice en el Salmo: ¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña? (Sal. CXXXVI, 4). Por otro lado, el Señor cambia los nombres antiguos en buena parte y les impone nombres de virtudes: como Abram fue llamado Abraham, y Sarai, Sara (Gén. XVII). En el Evangelio también, el que antes era Simón recibió el nombre de Pedro (Marc. III), y los hijos de Zebedeo fueron llamados hijos del trueno: lo cual no es como muchos piensan boanerges, sino que se lee más correctamente benereem.

(Vers. 8.) Pero Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la comida del rey, ni con el vino de su bebida, y rogó al jefe de los eunucos que no se contaminara. Quien no quiere comer de la mesa del rey y de su vino para no contaminarse, ciertamente si supiera que la misma sabiduría y doctrina de los babilonios es pecado, nunca consentiría en decir lo que no estaba permitido. Aprenden, sin embargo, no para seguir, sino para juzgar y convencer. Como si alguien quisiera escribir contra los matemáticos sin conocer el μάθημα, sería objeto de burla, y disputando contra los filósofos, si ignorara los dogmas de los filósofos. Aprenden, por tanto, con la misma mente la doctrina de los caldeos, con la que Moisés había aprendido toda la sabiduría de los egipcios.

(Vers. 9.) Pero Dios dio a Daniel gracia y misericordia ante el jefe de los eunucos, etc. Quien fue llevado al cautiverio por los pecados de sus mayores, recibió inmediatamente la recompensa por la magnitud de sus virtudes. Pues había propuesto en su corazón no contaminarse con la mesa del rey, y había preferido alimentos humildes a los banquetes reales: por eso recibió gracia y misericordia ante el jefe de los eunucos, concediéndolo el

Señor. De lo cual entendemos que, por necesidad de las circunstancias, si alguna vez los santos son amados por los infieles, es por la misericordia de Dios, no por la bondad de los hombres perversos.

(Vers. 12.) Prueba, te ruego, a tus siervos por diez días, y que nos den legumbres para comer y agua para beber. La magnitud de la fe es increíble, no solo promete corpulencia con el consumo de un alimento más humilde, sino que también establece un tiempo. No es, por tanto, temeridad, sino fe, por la cual despreciaron los manjares reales.

(Vers. 17.) Pero a estos jóvenes Dios les dio conocimiento y disciplina en todo libro y sabiduría, y a Daniel, además, inteligencia en todas las visiones y sueños. Nota que Dios dio a los santos jóvenes conocimiento y disciplina de las letras seculares en todo libro y sabiduría. Por lo cual Símaco interpretó como arte gramatical, para que comprendieran todo lo que leían, y con el espíritu de Dios juzgaran sobre la ciencia de los caldeos. Daniel, sin embargo, tenía este distintivo adicional sobre los tres jóvenes, que veía con mente sagaz las visiones y sueños en los que se muestran los futuros a través de ciertos símbolos y enigmas: para que lo que otros veían en fantasía, él lo contemplara con los ojos del corazón.

(Vers. 18.) Completados, pues, los días después de los cuales el rey había dicho que fueran introducidos, el jefe de los eunucos los introdujo ante Nabucodonosor. Los días completados, entiende el tiempo de tres años que el rey había establecido, para que, nutridos durante tres años, después estuvieran en presencia del rey.

(Vers. 20.) Y toda palabra de sabiduría e inteligencia que el rey les preguntó, encontró en ellos diez veces más que en todos los adivinos y magos que había en todo su reino. En lugar de adivinos y magos, la edición vulgar tradujo sofistas y filósofos: no según esta filosofía y disciplina sofística que promete la erudición de los griegos, sino según la doctrina de la nación bárbara, con la que hasta hoy los caldeos filosofan.

Pero Daniel estuvo hasta el primer año del rey Ciro. Diremos en lo que sigue cómo quien aquí se describe que estuvo hasta el primer año del rey Ciro, después se menciona que estuvo en el tercer año del mismo rey Ciro y en el primero de Darío.

(Cap. II.---Vers. 1.) En el segundo año del reinado de Nabucodonosor, Nabucodonosor tuvo un sueño, y su espíritu se perturbó, y su sueño se le fue. Si después de tres años los jóvenes entraron en su presencia, como él había ordenado, ¿cómo se narra ahora que tuvo un sueño en el segundo año de su reinado? Esto lo resuelven los hebreos diciendo que aquí se refiere al segundo año de su reinado sobre todas las naciones bárbaras, no solo de Judea y los caldeos, sino también de los asirios, egipcios, moabitas y otras naciones que, concediéndolo el Señor, había conquistado. Por eso también Josefo en el décimo libro de las Antigüedades escribe: Después del segundo año de la devastación egipcia, el rey Nabucodonosor tuvo un sueño maravilloso, y su espíritu se perturbó, y su sueño se le fue. El rey impío tuvo un sueño de futuros, para que, interpretando el santo lo que había visto, Dios fuera glorificado; y para los cautivos que servían a Dios en el cautiverio fuera un gran consuelo. Leemos lo mismo en Faraón, no porque Faraón y Nabucodonosor merecieran ver, sino porque José y Daniel fueron dignos de ser preferidos a todos por su interpretación.

(Vers. 2.) Entonces el rey ordenó que se convocaran a los adivinos, magos, hechiceros y caldeos, para que le indicaran al rey sus sueños. Cuando vinieron, se presentaron ante el rey. A quienes nosotros llamamos adivinos, otros han interpretado como ἐπαιδοῦς, es decir, encantadores. Por lo tanto, me parece que los encantadores son aquellos que realizan acciones

con palabras. Magos, quienes filosofan sobre cada cosa: Hechiceros, quienes usan sangre y víctimas, y a menudo tocan cuerpos de muertos. Por otro lado, en los caldeos creo que se significan los γενεθλιαλόγους [Al. γενεθλιολόγους] que el vulgo llama matemáticos. Sin embargo, la costumbre y el lenguaje común toman a los magos como hechiceros: que se consideran de otra manera en su propia nación, porque son los filósofos de los caldeos, y para el conocimiento de este arte, también los reyes y príncipes de esa nación hacen todo. Por eso, en el nacimiento del Salvador, ellos fueron los primeros en entender su aparición, y viniendo a la santa Belén, adoraron al niño, con la estrella mostrándoles desde arriba (Mat. II).

(Vers. 3.) Y el rey les dijo: He tenido un sueño, y mi mente está confundida, no sé lo que he visto. Una sombra, y por así decirlo, un aura del sueño y su vestigio permaneció en el corazón del rey: para que, al referirlo otros, pudiera recordar lo que había visto, y no lo engañaran mintiendo.

(Vers. 4.) Los caldeos respondieron al rey en siríaco. Hasta aquí lo que se ha leído se narra en lengua hebrea. Desde este lugar hasta la visión del tercer año del rey Belsasar, que Daniel vio en Susa, se escribe en letras hebreas, pero en lengua caldea, que aquí llama siríaca.

(Vers. 5.) Si no me indicáis el sueño y su interpretación, pereceréis vosotros, y vuestras casas serán confiscadas, etc. Amenazó con un castigo, y propone recompensas: para que si pudieran decir el sueño, consecuentemente también creería en lo que es incierto, es decir, qué significa el sueño. Pero si no pudieran decir lo que el rey, en muchos aspectos confundido, podía recordar, también perderían la fe en la interpretación futura. De hecho, sigue.

(Vers. 9, 10.) Decidme, pues, el sueño, para que sepa que también habláis la interpretación verdadera. Entonces los caldeos respondieron ante el rey: No hay hombre sobre la tierra que pueda cumplir tu palabra, rey, etc. Confiesan los magos, confiesan los adivinos, y toda la ciencia de la literatura secular, que la presciencia de los futuros no es de los hombres, sino de Dios. De lo cual se prueba que los profetas hablaron por el espíritu de Dios, quienes predijeron el futuro.

(Vers. 12, 13.) Al oír esto, el rey, en su furia e ira grande, ordenó que perecieran todos los sabios de Babilonia. Y al emitirse la sentencia, los sabios eran ejecutados, etc. Los hebreos se preguntan por qué Daniel y los tres jóvenes no se presentaron ante el rey con los otros sabios, y por qué, al emitirse la sentencia, se les ordena perecer con los demás. Esto lo explican diciendo que, en el momento en que el rey prometía premios, dones y el máximo honor, no quisieron ir, para no parecer que deseaban impudicamente las riquezas y la dignidad caldea. O ciertamente, los mismos caldeos, envidiosos de su gloria y conocimiento, entraron solos, como si fueran los únicos en recibir los premios, y luego quisieron tener compañeros en el peligro a quienes habían rechazado en la esperanza de la gloria. (Vers. 15.) Y preguntó al que había recibido del rey el poder, por qué había salido una sentencia tan cruel de la presencia del rey. Sabiendo los caldeos que Daniel y los tres jóvenes eran diez veces más sabios que todos los adivinos y magos que había en toda Caldea, les ocultaron la pregunta del rey, para que no fueran preferidos a ellos en la interpretación del sueño. Y por esta razón, Daniel preguntó sobre la crueldad de la sentencia, ya que no conocía la causa de su peligro.

(Vers. 16, 17.) Entonces, cuando Arioch le informó a Daniel del asunto, Daniel entró y rogó al rey que le diera tiempo para dar la solución al rey. Y entró en su casa, y a Ananías, Misael y Azarías, sus compañeros, les informó del asunto, etc. Daniel pide tiempo, no para buscar con reflexión y sagacidad de mente lo oculto, sino para orar al Señor de lo oculto. Y por eso

une a Ananías, Misael y Azarías en la oración, para que no parezca que presume de su propio mérito: para que aquellos cuyo peligro era común, también tuvieran una oración común.

(Vers. 19.) Entonces, a Daniel le fue revelado el misterio en una visión nocturna. Aprende el sueño del rey a través de su propio sueño: más aún, tanto el sueño como su interpretación los conoce por revelación de Dios, lo que los demonios ignoraban, y la sabiduría del mundo no podía saber. De donde también los apóstoles conocen el misterio, que había sido ignorado por todas las generaciones pasadas, por revelación del Señor.

(Vers. 20.) Y Daniel bendijo al Dios del cielo, y hablando, dijo, etc. Para distinguir a aquellos que están en la tierra, y engañan con artes demoníacas y prestidigitaciones terrenales, Daniel bendijo al Dios del cielo. Porque los dioses que no hicieron el cielo y la tierra, perecerán.

(Vers. 21.) Y Él cambia los tiempos y las edades, y transfiere reinos y los establece. No nos asombremos, pues, si alguna vez vemos que reyes suceden a reyes, y reinos a reinos, que son gobernados y cambiados, y terminados por el arbitrio de Dios. Y Él conoce las causas de cada uno, quien es el creador de todo, y a menudo permite que se levanten reyes malos, para que los malos castiguen a los malos: y al mismo tiempo insinúa, y con una discusión general prepara al oyente para el sueño que vio sobre el cambio y sucesión de reinos.

Da sabiduría a los sabios, y conocimiento a los que entienden la disciplina. Según lo que está escrito. El sabio oirá y aumentará su sabiduría (Prov. I, 5). Porque al que tiene, se le dará (Mat. XXV, 29); y al alma que arde con amor por la sabiduría, el espíritu de Dios se infunde con gusto. Pero en un alma perversa no entrará la sabiduría (Sap. III).

(Vers. 22.) Él revela lo profundo y lo escondido, y conoce lo que está en las tinieblas, y la luz está con Él. A quien Dios revela lo profundo, y puede decir: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! (Rom. XI, 33), este, con el Espíritu habitando en él, escudriña incluso las profundidades de Dios, y en lo profundo de su alma cava pozos muy profundos, y remueve toda la tierra que suele cubrir las aguas profundas: y guarda el mandamiento de Dios, diciendo: Bebe agua de tus vasijas, y del manantial de tus pozos (Prov. V, 15). Y lo que sigue: Conoce lo que está en las tinieblas, y la luz está con Él: las tinieblas significan ignorancia, y la luz, conocimiento y doctrina. Así que a Dios, como las cosas perversas no lo ocultan, así las rectas lo rodean y lo envuelven. O debe interpretarse que lo tenebroso significa lo místico y profundo, según lo que leemos en los Proverbios: Entiende también la parábola y el discurso oscuro, lo mismo que leemos en los Salmos: Agua tenebrosa en las nubes del aire (Ps. XVII, 12). Porque quien asciende a las alturas, y dejando las cosas terrenales, como las aves, desea el aire más sutil y las cosas etéreas, este se convierte en nube, a la que llega la verdad de Dios, y que suele llover sobre los santos: y lleno de la multitud del conocimiento, tiene muchas aguas en su corazón oscuras y envueltas en niebla, a las que solo Moisés entra (Exod. XXXIII), y habla con Dios cara a cara, de quien está escrito: Puso las tinieblas por su escondite (Ps. XVII, 12).

(Vers. 23.) A ti, Dios de mis padres, te confieso, y te alabo, porque me has dado sabiduría y fortaleza. Para que no parezca que lo que ha obtenido es por su propio mérito, lo atribuye a la justicia de los padres y a la verdad de Dios, que se apiada de su descendencia incluso en la cautividad.

Y ahora me has mostrado lo que te pedimos, etc. Lo que cuatro piden, a uno se le muestra: para que evite la arrogancia, no parezca que lo ha obtenido solo, y dé gracias, porque solo él ha oído el misterio del sueño.

(Vers. 24.) No destruyas a los sabios de Babilonia. Introdúceme en la presencia del rey, y le contaré la solución, etc. Imita la clemencia de Dios, que intercede por los perseguidores, y no quiere que perezcan aquellos por quienes él mismo iba a perecer.

(Vers. 25.) He encontrado a un hombre de los hijos de la transmigración de Judá, que anunciará la solución al rey. Atribuye la gracia de Dios a su propia diligencia, y dice que lo ha encontrado, cuando Daniel se ofreció voluntariamente para ser introducido ante el rey; en lo cual se muestra el carácter de los mensajeros, que cuando anuncian buenas noticias, quieren que parezcan suyas. Pero quien promete la solución del sueño, ciertamente antes narrará el sueño. Y nota que Daniel es de los hijos de Judá, no sacerdote, como al final del relato de Bel se contiene.

(Vers. 26.) ¿Crees que realmente puedes indicarme el sueño que vi, etc.? Guarda el orden de la pregunta, para primero preguntar sobre el sueño que los magos respondieron que ignoraban, y luego sobre la interpretación del sueño: para que cuando oiga el sueño, y recuerde lo que vio, entonces crea también en la interpretación, que admite diversas conjeturas.

(Vers. 27.) El misterio que el rey pregunta, los sabios, magos, adivinos y arúspices no pueden indicarlo al rey. Por arúspices, que nosotros traducimos, en hebreo tiene GAZARENOS, que solo Símaco interpretó como θύτας, que los griegos suelen llamar ήπατοσκόπους: que inspeccionan las entrañas para predecir el futuro. Llamando misterio al orden del sueño revelado, muestra que todo lo oculto, e ignorado por los hombres, puede llamarse misterio. También quita al rey la sospecha errónea, para que no piense que lo que está reservado al conocimiento de Dios puede ser descubierto por la habilidad humana.

(Vers. 28.) Pero hay un Dios en el cielo que revela misterios. Por lo tanto, en vano buscas de los hombres en la tierra lo que solo Dios sabe en el cielo. Y ocultamente, apartándolo del culto de muchos dioses, lo dirige al conocimiento del único Dios.

Que te ha mostrado, rey Nabucodonosor, lo que sucederá en los últimos tiempos. Sin el vicio de la adulación, unido a la verdad, halaga al rey: que a él le han sido revelados por Dios los misterios que sucederán en los últimos tiempos. Los últimos días deben contarse desde el tiempo en que el sueño fue revelado a Daniel, hasta la consumación del mundo. O ciertamente debe entenderse que toda la interpretación del sueño tiende al final, en el que la imagen y estatua que se ve, será destruida.

Tu sueño y las visiones de tu cabeza en tu lecho, son de esta manera. No dijo, las visiones de tus ojos: para que no pensemos que es algo corporal, sino de la cabeza: Porque los ojos del sabio están en su cabeza (Eccli. II, 14): en el principal del corazón, según lo que leemos en el Evangelio: Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios (Matth. V, 8). Y: ¿Por qué piensas en tus corazones? (Ibid., 4). Otros, por la ocasión de este capítulo, sospechan que lo principal no está en el corazón, sino según Platón en el cerebro.

(Vers. 29.) Tú, rey, comenzaste a pensar en tu lecho qué sería después de esto. Por lo que es, después de esto, solo los LXX tradujeron los últimos días. Si se lee así, busquemos más cuidadosamente dónde están escritos los últimos días; y refutemos a aquellos que no creen que el mundo perecerá. Porque nunca se llamarían días últimos, si el mundo fuera eterno. Y lo que se dice: Tú, rey, comenzaste a pensar, indica las causas del sueño: que por eso Dios le reveló los misterios futuros, porque el mismo rey quiso conocer lo que vendría, y para que

Nabucodonosor admire la gracia de la inspiración divina, no solo le expone lo que vio en el sueño, sino lo que pensó en silencio antes del sueño.

Y el que revela misterios, te mostró lo que vendrá. Lo que leemos en el Evangelio: Que hace salir su sol sobre malos y buenos (Matth. V, 45), también entendemos que se cumplió sobre Nabucodonosor. Tan grande es la clemencia del Dios omnipotente, que incluso a Nabucodonosor le reveló los misterios de su dispensación con la que gobierna el mundo. Preguntemos a aquellos que afirman que hay diferentes naturalezas, de qué naturaleza creen que es Nabucodonosor, buena o mala. Si es buena: ¿por qué se le llama impío? Si es mala (como es cierto) ¿por qué a un malo y terrenal, es decir, $\chi\omicron\iota\kappa\tilde{\omega}$, Dios le mostró sus sacramentos?

(Vers. 30.) A mí tampoco, en la sabiduría que hay en mí más que en todos los vivientes, me ha sido revelado este sacramento: sino para que la interpretación se haga manifiesta al rey, y conozcas los pensamientos de tu mente. El rey había pensado que el conocimiento del futuro podía ser comprendido por la habilidad de la mente humana; y por eso había ordenado ejecutar a los sabios de Babilonia. Por lo tanto, Daniel excusa a aquellos que no pudieron decirlo, y él mismo evita la envidia, para que nadie piense que lo que va a decir lo ha dicho por su propia sabiduría. La causa de la revelación profética es el deseo del rey, que quiso conocer lo que vendría. Por lo tanto, honra al rey, cuando dice que por su conocimiento le han sido revelados los misterios por Dios. Y esto debe considerarse, que los sueños en los que se señalan algunas cosas futuras, y como a través de una nube se muestra la verdad, no están al alcance de los adivinadores y del juicio de la mente humana, sino solo del conocimiento de Dios.

(Vers. 31.) Tú, rey, veías, y he aquí una estatua grande. Por estatua, es decir, $\alpha\upsilon\delta\iota\alpha\iota\upsilon\tau\eta$, que solo Símaco interpretó, los demás tradujeron imagen, queriendo con este nombre mostrar la similitud de lo que vendrá. Sigamos la interpretación profética, y explicando las palabras de Daniel, que fueron dichas brevemente por él, expongámoslas más ampliamente.

(Vers. 38.) Tú eres, pues, la cabeza de oro. La cabeza, dice, de oro eres tú, rey. Por lo cual se muestra que el primer reino babilónico se compara con el oro más precioso.

(Vers. 39.) Y después de ti se levantará otro reino, menor que tú, de plata [Vulg. omite]. De los medos y persas, que tiene la similitud de la plata, menor que el anterior, y mayor que el siguiente.

Y un tercer reino de bronce [Vulg. aéreo], que dominará toda la tierra. Significa a Alejandro, y el reino de los macedonios, y los sucesores de Alejandro. Que se dice correctamente de bronce: porque entre todos los metales, el bronce es el más sonoro, y su sonido se difunde ampliamente, para mostrar no solo la fama y el poder del reino, sino también la elocuencia del idioma griego.

(Vers. 40.) Y el cuarto reino será como el hierro: como el hierro desmenuza y doma todo, así desmenuzará y triturará todo esto, etc. Pero el cuarto reino, que claramente se refiere a los romanos, es el hierro que desmenuza y doma todo. Pero sus pies y dedos son en parte de hierro, y en parte de barro, lo que se comprueba manifiestamente en este tiempo. Porque así como al principio nada fue más fuerte y duro que el imperio romano, así al final de las cosas nada es más débil: cuando en las guerras civiles, y contra diversas naciones, necesitamos la ayuda de otras naciones bárbaras. Pero al final de todos estos reinos de oro, plata, bronce y hierro, fue cortada una piedra, el Señor y Salvador, sin manos, es decir, sin coito y semilla

humana, del vientre virginal, y destruidos todos los reinos, se convirtió en un gran monte, y llenó toda la tierra: lo que los judíos y el impío Porfirio interpretan mal refiriéndolo al pueblo de Israel, que en el fin de los siglos será el más fuerte, y destruirá todos los reinos, y reinará eternamente.

(Vers. 45.) El gran Dios mostró al rey lo que sucederá después: y el sueño es verdadero, y fiel su interpretación. Nuevamente, dice que la revelación del sueño no es por su propio mérito, sino para que la interpretación se haga manifiesta al rey, y enseñe al rey que solo Dios debe ser adorado.

(Vers. 46.) Entonces el rey Nabucodonosor cayó sobre su rostro, y adoró a Daniel: y ordenó que le ofrecieran sacrificios e incienso. Hablando, pues, el rey dijo a Daniel. Porfirio calumnia este lugar, diciendo que nunca un rey tan orgulloso adoraría a un cautivo, como si los licaonios, por la magnitud de los signos, no hubieran querido ofrecer sacrificios a Pablo y Bernabé. Por lo tanto, el error de los gentiles, que consideran dioses todo lo que está por encima de ellos, no debe imputarse a la Escritura, que simplemente relata todo lo que sucedió. Pero también podemos decir que las causas de la adoración y de ofrecer sacrificios e incienso, y del sacrificio mismo, el rey las expuso, diciendo a Daniel:

(Vers. 47). Verdaderamente vuestro Dios es Dios de dioses, y Señor de reyes, y revelador de misterios, porque pudiste abrir este sacramento. Por lo tanto, no tanto adora a Daniel, como en Daniel adora a Dios, quien reveló los misterios. Lo que también leemos que Alejandro Magno, rey de los macedonios, hizo en el sumo sacerdote Joiada. Si esto no agrada, debemos decir que Nabucodonosor, confundido por la magnitud de los signos y el asombro, no sabía qué hacer, como quien entendía al verdadero Señor y Señor de los reyes, y adoraba a su siervo, y le ofrecía incienso.

(Vers. 48.) Entonces el rey elevó a Daniel en gran manera, y le dio muchos y grandes dones, y lo constituyó príncipe sobre todas las provincias de Babilonia, etc. Y en esto, el calumniador de la Iglesia intenta reprender al profeta, por qué no rechazó los dones, y aceptó con gusto el honor babilónico: no considerando que por eso el rey había visto el sueño, y los misterios de la interpretación fueron revelados a través del joven, para que Daniel creciera, y en el lugar de la cautividad se convirtiera en príncipe de todos los caldeos, y se conociera la omnipotencia de Dios. Lo cual también leemos que sucedió con José en Egipto ante el faraón (Gen. XLI): y con Mardoqueo ante Asuero (Esther, VIII), para que en ambas naciones los cautivos y peregrinos judíos tuvieran consuelo, viendo a un hombre de su pueblo ser príncipe de los egipcios o de los caldeos.

(Vers. 49.) Pero Daniel pidió al rey, y constituyó sobre los asuntos de la provincia de Babilonia a Sadrac, Mesac y Abednego. Pero Daniel estaba en las puertas del rey. No olvida a aquellos con quienes había rogado al Señor, y que habían estado en peligro con él. Por lo tanto, los hace jueces de las provincias: pero él no se aparta del lado del rey.

(Cap. III.---Vers. 1.) El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro de sesenta codos de altura, y seis codos de ancho. Rápido olvido de la verdad, que quien poco antes había adorado al siervo de Dios como a un dios, ahora ordena hacer una estatua para que él sea adorado en la estatua. Y que sea de oro y de peso infinito, es para crear asombro en los que la ven, y que la cosa inanimada sea adorada como Dios, mientras cada uno consagra su propia avaricia. Pero se da por ocasión de los cautivos a las naciones bárbaras la oportunidad de salvación (Coloss. III): para que quienes primero conocieron el poder del único Dios por la revelación

de Daniel, también aprendan en la fortaleza de los tres jóvenes a despreciar la muerte [Al. deben despreciar], y no adorar ídolos.

(Vers. 1.) Y la colocó en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia. Por Dura, Teodocio, Deira, Símaco Durau, los LXX tradujeron περιβόλον, que podemos llamar vivarium o lugar cerrado.

(Vers. 2.) Entonces el rey Nabucodonosor envió a reunir a los sátrapas, magistrados y jueces, duques y tiranos, y prefectos y todos los príncipes de las regiones. Las cosas elevadas están más peligrosamente en pie, y caen más rápidamente las que son sublimes. Se reúnen los príncipes para adorar la estatua, para que a través de los príncipes se seduzcan también las naciones. Porque los que son ricos y poderosos, mientras temen perder sus riquezas y poder, son más fácilmente engañados. Pero una vez seducidos los magistrados, los pueblos subordinados perecen por el ejemplo de sus mayores.

(Vers. 4, 5.) Y el pregonero clamaba fuertemente: Se os dice a vosotros, pueblos, tribus y lenguas, en la hora en que oigáis el sonido de la trompeta, etc. No porque todos los pueblos de todas las naciones pudieran reunirse en el campo de Dura y adorar la estatua de oro, sino porque en los príncipes de todas las naciones, se cree que todos los pueblos y naciones adoraron. Recorriendo toda la Escritura santa con la mente (a menos que me engañe el olvido) no encuentro que ninguno de los santos haya adorado a Dios cayendo: pero cualquiera que haya adorado ídolos, demonios y cosas ilícitas, se dice que adora cayendo, como en el presente lugar no una vez, sino repetidamente. Y en el Evangelio el diablo habla al Señor: Todo esto te daré, si postrado me adoras (Matth. IV, 9). Pero también debe decirse: todos los herejes que con el brillo de la elocuencia secular componen una falsa doctrina, hacen una estatua de oro, y en cuanto depende de ellos, persuaden a adorar el ídolo de la falsedad.

(Vers. 7.) Después de esto, pues, tan pronto como oyeron todos los pueblos el sonido de la trompeta, la flauta, etc. Debe entenderse en el mismo sentido que arriba, para que entendamos a todos los pueblos en los príncipes. Porque no podían estar presentes todas las naciones al mismo tiempo.

(Vers. 8.) Y en ese mismo momento, acercándose los hombres caldeos, acusaron a los judíos, etc. A quienes envidiaban por ser puestos sobre las obras del rey en Babilonia, y se ofendían por su culto extranjero y su aversión a los ídolos, aprovechando la ocasión, los acusan ante el rey. En efecto, sigue:

(Vers. 12.) Son, por tanto, hombres judíos a quienes has puesto sobre las obras de la región de Babilonia, Sadrac, Mesac y Abednego, que han despreciado tu decreto. Y de alguna manera hablan así: A quienes has preferido sobre nosotros, y has hecho príncipes a los cautivos y siervos, estos, en su soberbia, desprecian tus mandatos, no adoran a tus dioses, y no veneran la estatua de oro que has erigido. Lo que dijimos al principio de esta visión, aquí se aprueba más claramente, que hay otros dioses de Nabucodonosor, y otra estatua de oro que mandó erigir para su culto: pues incluso en lo que sigue, el mismo rey habla:

¿No adoráis a mis dioses, y no veneráis la estatua de oro que he establecido? etc. Otros dicen que esta es una costumbre de la Sagrada Escritura, llamar a un ídolo en plural, como en Éxodo sobre el becerro: Estos son tus dioses, Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto (Éxodo 32, 4). Y en el libro de los Reyes, Jeroboam, al poner un becerro de oro en Betel, se

narra que hizo ídolos (1 Reyes 12). Por el contrario, muchos demonios se llaman en singular, como en Isaías: Se inclina y lo adora, y haciendo un voto dice: Tú eres mi dios (Isaías 44, 17).

(Vers. 14.) Postraos y adorad la estatua que he hecho. Aunque en su furia ordenó traer a los jóvenes, sin embargo, les da un espacio para el arrepentimiento, para que si caen y adoran, la culpa anterior obtenga perdón: pero si desprecian adorar, la pena presente sea el horno ardiente.

(Vers. 15.) ¿Y quién es el dios que os librará de mi mano? etc. Aquel a quien antes adoraste como siervo, a quien dijiste ser verdaderamente Dios de dioses y Señor de reyes.

(Vers. 16.) Nabucodonosor rey, no es necesario que te respondamos sobre este asunto. En hebreo no tiene rey, como en los LXX, para que no parezca que adulan al impío, o llaman rey a quien los obliga a la iniquidad. Pero si alguien, por contención, también lee rey: diremos que no provocan al rey a derramar su sangre con insolencia, sino que rinden al rey el honor debido, de modo que el culto a Dios no se vea afectado. Lo que dicen: No es necesario que te respondamos sobre este asunto. El sentido es: no debes escuchar palabras, cuya fortaleza y constancia ya probarás con los hechos mismos.

(Vers. 17.) He aquí que nuestro Dios a quien servimos, puede librarnos del horno de fuego ardiente y de tus manos, oh rey, liberarnos. De donde pensaba asustar a los jóvenes, allí ve en ellos materia de fortaleza. No difieren en lo largo, sino que se prometen ayuda presente diciendo: He aquí que nuestro Dios a quien servimos, él mismo puede liberarnos tanto de lo que amenazas con el incendio, como de tus manos.

(Vers. 18.) Pero si no quiere: Hermosamente, a lo que dijeron: Puede librarnos, no añadieron lo contrario, si no puede, sino si no quiere: para que no sea por la imposibilidad de Dios, sino por su voluntad, si perecen.

Sepas, oh rey, que no adoramos a tus dioses, ni veneramos la estatua de oro que has erigido. Ya sea estatua, como Symmachus, o imagen de oro, como los demás tradujeron, queramos leer, los adoradores de Dios no deben adorarla. Por lo tanto, los jueces y príncipes del siglo, que adoran las estatuas de los emperadores y las imágenes, entiendan que hacen lo que los tres jóvenes, al no querer hacerlo, agradaron a Dios. Y se debe notar la propiedad, dicen que se adoran los dioses, y se venera la imagen, lo cual no conviene a los siervos de Dios.

(Vers. 19.) Entonces Nabucodonosor se llenó de furia, y el aspecto de su rostro cambió. En algunos salmos se preanuncian títulos: Para aquellos que serán cambiados. Por lo tanto, el discurso de la mutación es ambiguo, tanto de bueno a malo, como de malo a bueno. Pues la mutación del rostro de Nabucodonosor no puede ser atribuida a la buena parte. Aunque algunos también refieren la inscripción de los Salmos de bueno a malo: que aquellos que naturalmente debieron entender a Dios, contra Cristo y sus santos, fueron cambiados por perturbación de mente y furia.

(Vers. 20.) Y ordenó que se encendiera el horno siete veces más de lo acostumbrado: y a los hombres más fuertes de su ejército les mandó que, atados de pies Sadrac, Mesac y Abednego, los echaran en el horno de fuego ardiente. Como si el fuego simple y habitual no pudiera consumir los cuerpos de los tres jóvenes: pero la furia y la ira, que están próximas a la locura, no pueden mantener la medida. Y quiere asustarlos con la amenaza de un castigo múltiple, a quienes veía preparados para la muerte.

(Vers. 21.) Y de inmediato aquellos hombres atados con sus calzones, y tiaras, y calzados, y vestiduras, fueron lanzados al medio del horno de fuego ardiente, etc. Por calzones () que Symmachus interpretó como ἀναξυρίδας, Aquila y Theodotion dijeron saraballa: y no como se lee corruptamente sarabara. En la lengua de los caldeos, saraballa se llaman las piernas de los hombres y las tibias: y homónimamente también los calzones de aquellos que cubren las piernas y las tibias, como si fueran llamados crurales y tibiales. Tiara es una palabra griega, y por uso se ha convertido en latín; de la cual también Virgilio (Eneida VII): El cetro y la sagrada tiara. Es un tipo de gorro que usan los persas y los caldeos.

(Vers. 22.) Además, la llama del fuego mató a aquellos hombres que habían echado a Sadrac, Mesac y Abednego. A aquellos hombres, a saber, de quienes se dijo antes: Y a los hombres más fuertes de su ejército les mandó que, atados de pies Sadrac, Mesac y Abednego, los echaran en el horno de fuego ardiente. No perdió, por tanto, Nabucodonosor a cualquier ministro por casualidad, sino a hombres fuertes de todo su ejército y los más dispuestos para la guerra: para que no solo temiera el milagro, sino que sintiera las pérdidas de su ejército.

(Vers. 23.) Pero estos tres hombres, es decir, Sadrac, Mesac y Abednego, cayeron en medio del horno de fuego ardiente atados. Y caminaban en medio de la llama alabando a Dios y bendiciendo al Señor. Entonces Azarías oró así, y abriendo su boca en medio del fuego dijo: Gran milagro, son lanzados atados al horno, y caen en medio del fuego precipitadamente: se queman las ataduras con las que estaban atados, y la llama, temiendo, no toca los cuerpos de los atados. Hasta aquí leen los hebreos: los medios que siguen hasta el final del Cántico de los tres jóvenes, no se encuentran en hebreo: de los cuales, para no parecer que los hemos pasado por alto, se deben decir algunas cosas.

(Vers. 26.) Bendito eres, Señor Dios de nuestros padres, y tu nombre es digno de alabanza y glorioso por los siglos, porque eres justo en todo lo que has hecho con nosotros, etc. Cuando somos oprimidos por diversas angustias, hablemos esto con todo el afecto del corazón, y confesemos que lo que nos sucede, lo soportamos justamente, para que se cumpla en nosotros lo que está escrito: Se alegraron y se regocijaron las hijas de Judá en todos tus juicios, Señor (Salmo 96, 8).

(Vers. 29.) Porque hemos pecado y actuado inicualemente apartándonos de ti, y hemos cometido delitos en todo. Y ciertamente los tres jóvenes no habían pecado, ni eran de la edad cuando fueron llevados a Babilonia, para ser castigados por sus propios vicios. Entonces, ¿cómo hablan estos en nombre del pueblo? Así debe leerse aquello del Apóstol: Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago (Romanos 7, 19), y las demás cosas que están escritas en el mismo lugar.

(Vers. 37.) Porque, Señor, hemos sido disminuidos más que todas las naciones, y somos humildes en toda la tierra hoy por nuestros pecados, y no hay en este tiempo príncipe, ni profeta, ni líder, etc. Estos versículos deben usarse cuando la Iglesia, por los pecados del pueblo, sufre la escasez de hombres santos y maestros que son muy doctos en la ley de Dios, y cuando en las persecuciones no se ofrece sacrificio ni oblación. Algunos refieren este lugar también a la Jerusalén celestial, que las almas, al caer a lo terrenal, y puestas en el lugar de lágrimas y confusión, lamentan las antiguas faltas, y las demás cosas que el discurso profético abarca; pero esto no lo recibe la Iglesia de Dios.

(Vers. 39.) Pero con alma contrita y espíritu de humildad seamos recibidos, como en holocausto de carneros y toros, etc. Y de este lugar presente, y de lo que sigue: Bendecid, espíritus y almas de los justos, al Señor. Y en los Salmos: El sacrificio a Dios es un espíritu

contrito, un corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia (Salmo 50, 19), hay quienes quieren que haya otro espíritu en el hombre, excepto el Espíritu Santo, y otra alma. Pero tendrán que esforzarse para explicar cómo, sin carne y sin la gracia del Espíritu Santo, se dicen que hay dos sustancias, y dos hombres interiores en un solo hombre.

(Vers. 46.) Y no cesaban los ministros del rey que los habían echado de avivar el horno con naphtha y estopa. Salustio escribe en las historias que la naphtha es un tipo de combustible entre los persas con el que se nutren especialmente los incendios. Otros piensan que los huesos de las aceitunas que se arrojan con el alpechín seco se llaman naphtha: de donde también en griego se dice πυρίνη por el hecho de que nutre el fuego.

(Vers. 49.) Pero el ángel del Señor descendió con Azarías y sus compañeros en el horno, y sacudió la llama del fuego del horno, etc. El alma oprimida por perturbaciones, y ocupada por diversas molestias, cuando ha desesperado de la ayuda de los hombres, y toda su mente se ha vuelto al Señor, descende a ella el ángel del Señor, es decir, el discurso divino, y sacude los ardores de la llama ardiente: para que de ninguna manera las flechas encendidas del enemigo penetren en los secretos de nuestro corazón, ni seamos encerrados en su horno.

(Vers. 57, 58.) Bendecid, todas las obras del Señor, al Señor: alabad y exaltadlo sobre todo por los siglos. Bendecid, ángeles del Señor, al Señor: alabad y exaltadlo, etc. Después de la alabanza general, que toda criatura debe alabar al Señor, en lo que sigue exhorta por partes individuales a los ángeles y cielos, aguas y virtudes, sol y luna, lluvia y rocío, espíritu, fuego y calor, frío y ardor, y las demás cosas que es largo enumerar: de modo que también fuentes y mares, y cetáceos y aves, bestias y ganado sean provocados a la alabanza del Señor, y los hijos de los hombres, y después de todo el género humano, Israel, y de ese mismo Israel los sacerdotes y siervos del Señor, los espíritus y almas de los justos, los santos y humildes de corazón: Y al final Ananías, Azarías, Misael, que son provocados a la alabanza del Señor por el beneficio presente. Pero toda criatura no alaba al Señor con voz, sino con obra, porque de las criaturas se entiende consecuentemente al creador, y en cada obra y efecto se demuestra la magnificencia de Dios.

(Vers. 87.) Bendecid, santos y humildes de corazón, etc. Tener humildad de corazón lo enseña tanto este versículo presente, como aquello que se dice en el Evangelio: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas (Mateo 11, 29). Pero esa es la humildad del corazón, que en otro lugar se llama pobreza de espíritu: para que no nos elevemos con soberbia, ni busquemos la gloria con humildad fingida: sino que nos inclinemos con todo el corazón. Hasta aquí hemos tocado brevemente sobre la edición de Theodotion, de la confesión y alabanzas de los tres jóvenes que no se encuentran en hebreo: desde aquí sigamos la verdad hebrea.

(Vers. 91.) Entonces el rey Nabucodonosor se asombró, y se levantó apresuradamente, y dijo a sus nobles: ¿No echamos a tres hombres atados en medio del fuego? Castigados los príncipes, el rey es corregido, para que en vida glorifique a Dios. Pregunta a sus nobles, por cuya acusación y consejo había echado a los tres jóvenes en el fuego del horno, para que, respondiendo ellos que echaron a tres jóvenes en el horno, él les anuncie y muestre.

(Vers. 92.) Quienes respondiendo al rey dijeron: En verdad, oh rey. Respondió el rey, y dijo: He aquí que veo a cuatro hombres sueltos, y caminando en medio del fuego: y no hay corrupción en ellos, y la apariencia del cuarto es semejanza de hijo de Dios. Diré de nuevo: Oh, cuán sabio es el fuego, cuán inenarrable es el poder de Dios: los cuerpos están atados con cadenas, las cadenas se queman, los cuerpos no se queman. Pero la apariencia del cuarto, a

quien dice semejante a hijo de Dios, debemos entenderlo como un ángel, como tradujeron los Setenta, o ciertamente, como muchos piensan, al Señor Salvador. Pero no sé cómo el rey impío merezca ver al Hijo de Dios. Por lo tanto, según Symmachus, quien interpretó: La apariencia del cuarto es semejanza de hijos, no de Dios, sino de dioses; deben entenderse los ángeles, que a menudo se llaman dioses, o hijos de dioses o de Dios. Esto según la historia. Sin embargo, en tipo, este ángel o hijo de Dios prefigura a nuestro Señor Jesucristo, quien descendió al horno del infierno, en el cual estaban encerradas las almas de los pecadores y justos, para que sin quemarse, y sin daño, liberara a aquellos que estaban encerrados en las cadenas de la muerte.

(Vers. 93.) Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiente, y dijo: Sadrac, Mesac y Abednego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid. Y de inmediato salieron Sadrac, Mesac y Abednego de en medio del fuego. Aterrorizado por el miedo, no busca a los jóvenes por medio de mensajeros, sino que él mismo los llama por su nombre, llamándolos siervos del Dios Altísimo, y pidiendo que salgan a él aquellos que había echado atados en el horno.

(Vers. 95.) Bendito sea el Dios de Sadrac, Mesac y Abednego, que envió a su ángel, y libró a sus siervos que confiaron en él, etc. A quien antes llamó hijo de Dios, aquí llama ángel, aunque en lo anterior se llamó semejanza de hijo de Dios, no verdad. Por lo tanto, Nabucodonosor nuevamente recibe la confesión de Dios, y condenados los ídolos, alaba a los tres jóvenes, que no quisieron servir ni adorar a ningún dios, excepto a su Dios, y se maravilla de que el fuego no haya podido tocar a los santos de Dios. Pero lo que dice:

(Vers. 96.) Por lo tanto, de mí se ha propuesto este decreto: que todo pueblo, tribu y lengua que hable blasfemia contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abednego, perezca, y su casa sea devastada. Porque no hay otro dios que pueda salvar así. Algunos refieren esto muy mal al diablo, que en la consumación y fin del mundo incluso él recibirá el conocimiento de Dios, y exhortará a todos al arrepentimiento, y quieren que este sea el rey de Nínive que finalmente descendió del trono de la soberbia, y obtuvo las recompensas de la humildad.

(Vers. 97.) Entonces el rey promovió a Sadrac, Mesac y Abednego en la provincia de Babilonia. Quienes dicen que antes los tres jóvenes no eran jueces de las provincias, sino prefectos de las obras individuales en Babilonia, aquí quieren que también sean constituidos jueces de las provincias.

(Vers. 98 y siguientes.) Nabucodonosor rey a todos los pueblos, naciones y lenguas que habitan en toda la tierra: paz os sea multiplicada. Señales y maravillas ha hecho en mí el Dios Altísimo: por lo tanto, me ha complacido proclamar sus señales, porque son grandes, y sus maravillas, porque son poderosas, y su reino, porque es un reino eterno, y su poder, porque es de generación en generación. La epístola de Nabucodonosor se coloca en el volumen del profeta: para que no se crea que es un libro ficticio escrito por otro después, como el calumniador (Porfirio) miente, sino que se crea que es de Daniel mismo.

(Cap. IV.---Vers. 1.) Yo, Nabucodonosor, estaba tranquilo en mi casa, y floreciente en mi palacio. La historia es clara y no necesita gran interpretación, que por la ofensa a Dios Nabucodonosor, convertido en locura, vivió siete años entre los animales brutos, y fue alimentado con raíces de hierbas, y después, por la misericordia de Dios, fue restaurado en el reino, y alabó y glorificó al rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas; y sus caminos son juicios, y puede humillar a los que caminan en soberbia. Pero quienes quieren entender por Nabucodonosor la fortaleza contraria, de la cual el Señor habla en el Evangelio:

Veía a Satanás caer del cielo como un rayo (Lucas 10, 18). Y Juan en el Apocalipsis, que el dragón al caer a la tierra, arrastró consigo la tercera parte de las estrellas (Apocalipsis 12). Y Isaías: ¿Cómo caíste, lucero, que nacías por la mañana? (Isaías 14, 22). Aseguran que no pudo suceder que un hombre que fue criado en delicias comiera hierba durante siete años, y que durante siete años, sin ninguna laceración de su cuerpo, viviera entre las bestias. Y cómo a un hombre demente se le reservó el imperio durante siete años, y el reino más poderoso estuvo sin rey tanto tiempo: o si otro le sucedió en el reino, cuán insensato sería ceder el imperio, que poseía tanto tiempo: especialmente cuando las historias de los caldeos no contienen nada de esto; ni pudo suceder que quienes escribieron sobre cosas menores, callaran las mayores. Todo esto lo buscan y replican: para que, cuando la historia no se sostenga, por Nabucodonosor se signifique al diablo. Lo cual no aceptamos de ninguna manera, para que todo lo que leemos no parezca sombras y fábulas. Pues, ¿quién no ve a los hombres dementes vivir como animales brutos en los campos y lugares silvestres? Y para pasar por alto todo, cuando las historias griegas y romanas han relatado que sucedieron a los hombres cosas mucho más increíbles; también narran las fábulas que Escila y Quimera, Hidra y Centauros, aves y fieras, flores y árboles, estrellas y piedras fueron hechos de hombres: ¿qué maravilla es si para mostrar el poder de Dios, y humillar la soberbia de los reyes, esto se ha realizado por el juicio de Dios? Estaba tranquilo en mi casa, y floreciente en mi palacio, o en el trono, como lo interpretó Theodotion. Pero la casa del diablo, quienes siguen el sentido contrario, entienden este mundo. Del cual también en el Evangelio él mismo habla al Salvador: Todo esto me ha sido entregado (Mateo 4, 9). Y el Apóstol dice: El mundo está puesto en el maligno (1 Juan 5).

(Vers. 2.) Vi un sueño que me aterrorizó: y mis pensamientos en mi lecho, etc. Respondan qué sueño vio la fortaleza contraria: a menos que tal vez todo lo que parece tener en este mundo, sea sombra y sueño.

Y las visiones de mi cabeza me perturbaron. Nota que Nabucodonosor no conocía visiones de los ojos y del corazón, sino del cabeza: porque por la gloria de los siervos de Dios futuros, se le revelan los misterios. (Vers. 6.) Hasta que mi colega Daniel entró en mi presencia, a quien se le dio el nombre de Baltasar según el nombre de mi dios. Excepto los setenta traductores, que no sé por qué razón omitieron todo esto, los tres restantes interpretaron como colega. Por lo cual, por juicio de los maestros de la Iglesia, su edición fue rechazada en este volumen; y se lee comúnmente la de Teodoción, que concuerda con el hebreo y los demás traductores. Por eso, Orígenes en el noveno volumen de Stromata afirma que lo que sigue en el profeta Daniel, no lo discute según los setenta intérpretes, que difieren mucho de la verdad hebrea, sino según la edición de Teodoción.

Quien tiene el espíritu de los dioses santos en sí mismo: y el sueño le habló, etc. Por lo que aquí se dice, de los dioses santos, en lengua caldea, en la que está escrito Daniel, leemos ELAIN CADISIN (), que significa dioses santos, y no dios santo, como lo interpretó Teodoción. No es de extrañar que Nabucodonosor se equivoque; y lo que sea que vea por encima de sí mismo, no lo considere como Dios, sino como dioses. Finalmente, en lo que sigue: Baltasar, dice, príncipe de los adivinos, a quien yo sé que tienes el espíritu de los dioses santos en ti. Baltasar, príncipe de los adivinos o encantadores, como otros han interpretado. No es de extrañar que haya sido constituido príncipe de todos los adivinos, quien por mandato del rey había aprendido la sabiduría de los caldeos; y había sido hallado diez veces más sabio que todos. Preguntemos a aquellos que en esta visión no aceptan la historia, quién es este Nabucodonosor que vio el sueño; y quién es Daniel que interpretó su sueño y predice lo que vendrá; y cómo este mismo Daniel, que según ellos, debe entenderse

como la santa fortaleza, es constituido por Nabucodonosor como príncipe de sus adivinos y llamado colega.

(Vers. 7.) Veía, y he aquí un árbol en medio de la tierra, y su altura era inmensa, etc. El profeta no solo habla de Nabucodonosor, rey de los caldeos, sino de todos los impíos: Vi al impío exaltado, y elevado como los cedros del Líbano (Sal. XXXVI, 35): que no se elevan por la grandeza de las virtudes, sino por su propia soberbia: y por eso son cortados y caen. Por lo cual es bueno seguir lo que el Señor enseña en el Evangelio: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29). Pero lo que dice según Teodoción, τὸ κῦτος, es decir, su altura, o ἡ κυρεία, como él mismo interpretó después, es decir, dominio, por lo cual nosotros traducimos, su aspecto, los mismos que desprecian la historia critican, que de ninguna manera el dominio del rey Nabucodonosor poseyó el mundo entero. Pues no gobernó a los griegos y bárbaros, ni a todas las naciones del norte y del occidente, sino que solo tuvo las provincias del oriente, es decir, Asia; no Europa y Libia. Por lo cual quieren que se entienda todo referido al diablo: cuando todo esto debemos entenderlo hiperbólicamente, por la soberbia del rey impío, que se gloria tanto en Isaías (Cap. XIV), que se jacta de tener el cielo, y el mundo como un nido y huevos de aves.

(Vers. 10, 11.) Y he aquí un vigilante y santo descendió del cielo, clamó con fuerza, y así dijo: Cortad el árbol, y cortad sus ramas, etc. Por vigilante, Teodoción puso la misma palabra caldea HIR, que se escribe con tres letras AIN, IOD y RES: significa ángeles que siempre vigilan; y están preparados para el mandato de Dios. Por eso nosotros con frecuentes vigiliias imitamos los oficios de los ángeles. Y se dice del Señor: No se adormecerá, ni dormirá el que guarda a Israel (Sal. CXX, 4). Finalmente, en lo que sigue leemos, En la sentencia de los vigilantes, es decir, ángeles, el decreto: y la palabra de los santos y la petición. La costumbre del discurso griego y latino llama ἵπτιν, que se dice que desciende a la tierra a través del arco multicolor.

(Vers. 16.) Entonces Daniel, cuyo nombre es Baltasar, comenzó a pensar en silencio dentro de sí mismo como por una hora: y sus pensamientos lo perturbaban. Y el rey respondiendo dijo: Baltasar, el sueño y su interpretación no te perturben. Respondió Baltasar y dijo. Daniel entendió en silencio que el sueño era contra el rey: y el temor de su corazón se manifestaba en el palor de su rostro: y se dolía por aquel que le había conferido mucho honor. Y para no parecer que insultaba y se alegraba contra el rey enemigo: finalmente, detestando lo que entendía, le habla.

Señor mío, este sueño sea para los que te odian, y su interpretación para tus enemigos. Viendo entonces Nabucodonosor que él temía: para que no pareciera que iba a decir algo siniestro y contrario contra el rey: lo exhorta a que hable simplemente y con verdad lo que entiende; y que no tema nada.

(Vers. 17.) El árbol que viste alto y robusto, cuya altura llega al cielo, etc. Sin injuriar al rey explica la verdad: para que no parezca que lo acusa de soberbia, sino de poder.

(Vers. 20.) Y sea atado con hierro y bronce entre la hierba del campo, y sea rociado con el rocío del cielo: y con las bestias sea su alimento, hasta que pasen sobre él siete tiempos. Y arriba está escrito de manera similar. Preguntan entonces a nosotros quienes contradicen la historia: cómo fue Nabucodonosor atado con hierro y bronce: o quién lo ató y lo encadenó, cuando es evidente que todos los furiosos, para que no se precipiten y ataquen a otros con hierro, son atados con cadenas.

(Vers. 21, 22) Esta es la interpretación de la sentencia del Altísimo, que ha llegado sobre mi señor el rey: Te echarán de entre los hombres, y con las bestias y fieras será tu morada, etc. La severidad de la sentencia, la templa con palabras amables: para que [Al. y] cuando hayan precedido cosas duras, con promesas mejores alivie [Al. alivia] el ánimo del aterrorizado. Finalmente añade.

(Vers. 23.) Tu reino te será restituido, después que reconozcas que el poder es celestial. Por lo cual aquellos que contradicen la historia, y quieren que al diablo se le devuelva la dignidad original, en este lugar se esfuerzan: que después de los tormentos, después de la bestialidad, después de los alimentos de hierbas y heno, y los ciclos de siete años, confiese al Señor, y sea quien fue antes. Quienes deben responder cómo concuerda, que los ángeles que nunca cayeron, lo tengan de nuevo como príncipe a quien por penitencia ha regresado.

(Vers. 24.) Por lo tanto, rey, mi consejo te sea agradable, y redime tus pecados con limosnas, y tus iniquidades con misericordias hacia los pobres, tal vez Dios perdone tus delitos. Si predijo la sentencia de Dios, que no puede ser cambiada, ¿cómo exhorta a las limosnas y misericordias hacia los pobres, para que la sentencia de Dios sea cambiada? Lo cual se resuelve fácilmente con el ejemplo del rey Ezequías, a quien Isaías había dicho que iba a morir (Isa. XXXVIII); y de los ninivitas, a quienes se les dijo: Aún cuarenta días, y Nínive será destruida (Jonás III). Y sin embargo, a las oraciones de Ezequías, y de Nínive, la sentencia de Dios fue cambiada: no por la vanidad del juicio, sino por la conversión de aquellos que merecieron indulgencia. De lo contrario, también en Jeremías Dios habla de amenazar el mal sobre una nación (Jer. XVIII); y si hace el bien, cambiar las amenazas con clemencia. Nuevamente, al que hace el bien, se compromete a prometerle; y si hace el mal, dice que cambiará su sentencia: no en los hombres, sino en las obras que han cambiado. Pues Dios no se enoja con los hombres, sino con los vicios: que cuando no están en el hombre, de ninguna manera castiga lo que ha cambiado. Digamos también de otra manera:

Nabucodonosor hizo de hecho misericordias hacia los pobres según el consejo de Daniel; y por eso la sentencia fue diferida hasta el duodécimo mes: pero porque después, caminando en el palacio de Babilonia, se gloria y dice: ¿No es esta la gran Babilonia que yo he edificado para casa del reino, con la fuerza de mi poder y para la gloria de mi majestad? perdió el bien de la misericordia por el mal de la soberbia.

Tal vez Dios perdone tus delitos, Cuando el bienaventurado Daniel, presciente de lo futuro, duda de la sentencia de Dios, hacen una cosa temeraria, quienes audazmente prometen indulgencia a los pecadores. Y sin embargo, debe saberse que si a Nabucodonosor se le promete perdón por hacer buenas obras; mucho más se promete a otros que han cometido pecados más leves. Leemos también en Jeremías el mandato al pueblo de los judíos; para que oren por los babilonios; porque en su paz, está la paz de los cautivos.

(Vers. 28.) Mientras aún estaba la palabra en la boca del rey, una voz del cielo cayó: A ti se te dice, Nabucodonosor rey, tu reino pasará [Al. pasó] de ti; y te echarán de entre los hombres. La jactancia arrogante es inmediatamente castigada por el Señor. Y por eso no se difiere la sentencia, para que no parezca que la misericordia hacia los pobres no sirvió de nada. Pero tan pronto como habló por soberbia, perdió el reino que por las limosnas había sido reservado.

(Vers. 29.) Hasta que sepas que el Altísimo domina en el reino de los hombres. Gran consuelo en la miseria, cuando en los tormentos, sabe que vendrán cosas prósperas: aunque Nabucodonosor es de tal furia y locura, que en el tiempo de los males, no recordó los bienes que Dios le había prometido.

(Vers. 31.) Yo, Nabucodonosor, levanté mis ojos al cielo: y mi sentido me fue devuelto. Si no hubiera levantado los ojos al cielo, no habría recuperado su sentido original. Cuando dice que su sentido le fue devuelto, muestra que no perdió la forma, sino la mente.

Y su reino es de generación en generación. Si lo que se dice en las Escrituras, de generación en generación, lo tomamos simplemente por lo que es, en todos los tiempos futuros, no hay cuestión. Pero si (como hemos dicho a menudo) generación y generación, significa dos generaciones, la de la Ley y la del Evangelio, se debe preguntar cómo Nabucodonosor conoció los sacramentos de Dios. A menos que digamos esto, que después de que levantó los ojos al cielo, y recuperó su estado original, y exaltó y bendijo al Dios viviente para siempre, tampoco ignoró esto.

(Vers. 32.) Porque según su voluntad hace tanto en las virtudes del cielo, como en los habitantes de la tierra, etc. Y esto lo dice como un hombre del mundo. No es que lo que quiere, eso hace: sino que lo que es bueno, eso quiere Dios. Nabucodonosor, sin embargo, habló así, que mientras predica el poder de Dios, parece argumentar su justicia, que injustamente sufrió penas.

(Vers. 33.) Y mis nobles, y mis magistrados me buscaron, y fui restituido en mi reino: y se me añadió mayor magnificencia. Entonces, según aquellos que contradicen la historia, todas las fortalezas angélicas buscarán al diablo; y crecerá en tal poder, que quien una vez se enorgullecó contra Dios, será mayor de lo que fue antes del pecado.

(Vers. 34.) Ahora, pues, yo, Nabucodonosor, alabo, magnifico y glorifico al rey del cielo: porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos son justicia, y puede humillar a los que caminan en soberbia. Nabucodonosor entendió por qué sufrió las penas de siete años; y por eso se humilló, porque se había enorgullecido contra Dios.

(Cap. V.---Vers. 1.) El rey Baltasar hizo un gran banquete a sus mil nobles: y cada uno bebía según su edad. Debe saberse que este no es el hijo de Nabucodonosor, como comúnmente piensan los lectores; sino que según Beroso, quien escribió la historia de Caldea, y Josefo, quien sigue a Beroso, después de Nabucodonosor, quien reinó cuarenta y tres años, sucedió en su reino su hijo llamado Evilmerodac, de quien escribe Jeremías, que en el primer año de su reinado levantó la cabeza de Joaquín, rey de Judá, y lo sacó de la casa de la cárcel (Jerem. LII). El mismo Josefo relata que después de la muerte de Evilmerodac, su hijo Neglisar sucedió en el reino de su padre: después de él nuevamente su hijo Labosordac: muerto este, Baltasar su hijo mantuvo el reino, a quien ahora menciona la Escritura: quien fue asesinado por Darío, rey de los medos, quien fue tío de Ciro, rey de los persas, y Ciro el persa (que Isaías llama al ascensor del carro, camello y asno en el capítulo XXI) destruyó el imperio de los caldeos. Esto también lo escribe Jenofonte en la infancia de Ciro el mayor: y Pompeyo Trogo, y muchos otros que escribieron historias bárbaras. Este Darío en los volúmenes griegos algunos lo consideran hijo de Astiages [Al. Astiagea], otros lo llaman con otro nombre. Y cada uno de los príncipes invitados bebía según su edad: O como los demás intérpretes tradujeron: El mismo rey bebía vino delante de todos los príncipes que había invitado.

(Vers. 2.) Entonces, ya ebrio, ordenó que se trajeran los vasos de oro y plata, que Nabucodonosor su padre había llevado del templo que estaba en Jerusalén, para que bebieran en ellos el rey, etc. Los hebreos cuentan una fábula de este tipo: hasta el año setenta, cuando Jeremías había dicho que la cautividad del pueblo de los judíos sería liberada, de lo cual

también habla Zacarías al principio de su volumen, considerando Baltasar que la promesa de Dios era nula y falsa, convertido en alegría, hizo un gran banquete, insultando de alguna manera la esperanza de los judíos, y los vasos del templo de Dios, pero inmediatamente le siguió la venganza. Pero lo que llama a Nabucodonosor padre de Baltasar, no es un error para quienes conocen la costumbre de la Sagrada Escritura: que llama padres a todos los antepasados y mayores. Y esto debe considerarse, que no lo hace sobrio; sino ebrio, y olvidado de la pena que le sucedió a Nabucodonosor su antepasado.

(Vers. 4.) Bebían vino, y alababan a sus dioses de oro, y de plata, y de bronce, de hierro, de madera y de piedra. ¡Cuánta necedad! bebiendo en vasos de oro, alababan a dioses de madera y de piedra. Mientras los vasos estuvieron en el ídolo de Babilonia, el Señor no se enojó: pues parecían haber consagrado la cosa de Dios, según una opinión errónea, sin embargo, al culto divino: pero después de que contaminan lo divino con usos humanos, inmediatamente sigue el castigo después del sacrilegio. Alaban a sus dioses, insultando al Dios de los judíos; que dándoles la victoria, bebían en sus vasos. Según la tropología, esto debe decirse: que todos los herejes, y la doctrina contraria a la verdad, que asume las palabras de los profetas; y abusa de los testimonios de la Sagrada Escritura para su propio sentido; y da de beber a aquellos a quienes engaña, y con quienes ha fornicado: tome los vasos del templo de Dios, y embriáguese en ellos: y no alabe a Dios cuyos vasos son, sino a dioses de oro y de plata, y de bronce, y de hierro, de madera y de piedra. Los de oro me parecen aquellos que están compuestos con razón secular. Los de plata, que tienen la belleza del discurso, y están contruidos con arte retórico. Los que introducen fábulas de poetas, y usan tradiciones antiguas, teniendo entre ellos mucha diferencia ya sea de elegancia o de necedad, estos se llaman de bronce y de hierro. Los que proponen cosas completamente absurdas, se llaman de madera y de piedra. A todos estos, el Deuteronomio los divide en dos partes, escribiendo: Maldito el que hace una imagen esculpida, y fundida, obra de manos de artífice, y la pone en oculto (Deut. XXVII, 15). Pues todos los herejes esconden y cubren los dogmas de sus mentiras, para disparar en la oscuridad a los rectos de corazón.

(Vers. 5.) En la misma hora aparecieron dedos como de mano de hombre escribiendo frente al candelabro en la superficie de la pared del palacio real. Y el rey veía los dedos de la mano que escribía. Bien dijo: En la misma hora, como leímos arriba de Nabucodonosor: mientras aún estaba la palabra en la boca del rey, una voz del cielo cayó; para que conociera que no por otra cosa le fueron infligidos los castigos, sino por la blasfemia. Los dedos parecen escribir en la pared frente al candelabro: para que tanto la mano, como lo que se escribía, no estuvieran lejos de la luz y no se vieran. Y escriben en la pared del palacio real, para que el rey entienda que lo que se escribe le concierne.

(Vers. 6.) Entonces el rostro del rey cambió, etc. Y aquí se debe notar, por aquellos salmos que tienen títulos: Por aquellos que serán cambiados, que el cambio no solo es del santo, sino también del pecador. Pues también en lo que sigue leemos: El rey Baltasar estaba muy perturbado, y su rostro cambió.

(Vers. 7.) Entonces el rey exclamó fuertemente, para que introdujeran a los magos, caldeos y adivinos, etc. Olvidando lo que le había sucedido a Nabucodonosor, sigue el antiguo y arraigado error de su gente: para que no llame al profeta de Dios, sino a los magos, y caldeos y adivinos.

Será vestido de púrpura: y tendrá un collar de oro en su cuello. Hago una cosa ridícula, al discutir en la exposición de los profetas sobre los géneros de las palabras como un gramático: pero porque fui reprendido por alguien que no sabe nada, y promete todo, por qué traduzco

collar en género femenino, brevemente anotaré, que Cicerón y Marón dijeron collar en género femenino, Tito Livio en masculino.

Y será el tercero en mi reino, etc. O el tercero después de mí, o uno de los tres príncipes, que en otro lugar leemos τριστάτας.

La reina, por lo que le había sucedido al rey y a sus nobles, entró en la casa del banquete, etc. Josefo escribe que esta era la abuela de Baltasar, Orígenes la madre: por lo cual conoce lo pasado, que el rey ignoraba. Que despierte Porfirio, quien sueña que era la esposa de Baltasar, y se burla de saber más que su marido.

(Vers. 10.) Hay un hombre en tu reino, que tiene el espíritu de los dioses santos en él. Excepto Símaco, quien siguió la verdad caldea, los demás interpretaron espíritu de Dios.

Y en los días de tu padre se hallaron en él sabiduría y ciencia, etc. Llama padre a Nabucodonosor, como dijimos antes, su antepasado, según la costumbre de las Escrituras. Debe imitarse la conversación del hombre santo incluso entre los bárbaros, cuando la abuela o madre del rey lo eleva con tales alabanzas por la grandeza de sus virtudes.

(Vers. 11.) A lo cual respondiendo Daniel dijo ante el rey: Tus dones sean para ti: y da tus regalos a otro, etc. Emulemos a Daniel, despreciando la dignidad y los dones del rey, quien sin precio al ofrecer la verdad ya seguía el precepto evangélico: Gratis recibisteis, dad gratis. De lo contrario, y anunciando cosas tristes, era indecoroso recibir regalos con gusto.

(Vers. 19.) A quienes quería, mataba, y a quienes quería, hería: a quienes quería, exaltaba, y a quienes quería, humillaba. Nabucodonosor pone el ejemplo de su bisabuelo: para enseñar la justicia de Dios y confirmar que también su tataranieta soportará cosas similares debido a su soberbia. Si Nabucodonosor mataba a quienes quería, y hería a quienes quería; exaltaba a quienes quería, y humillaba a quienes quería: en estos honores, y castigos, exaltación y humillación, no está la providencia de Dios, ni su mandato: sino que su voluntad golpea a quienes desean, y exaltan, y lo demás. Siendo así, se debe preguntar en qué sentido se lee aquello: El corazón del rey está en la mano de Dios: a donde quiera lo inclinará (Prov. XXI, 1), a menos que digamos que cada santo es un rey, cuyo pecado no reina en su cuerpo mortal, y cuyo corazón se conserva porque está en la mano de Dios (Rom. VI). Sin embargo, lo que está en la mano de Dios Padre según el Evangelio, nadie puede arrebatarlo de ella y quienquiera que sea arrebatado, se entiende que no estaba en la mano de Dios.

(Vers. 22.) Tú también, su hijo Belsasar, no humillaste tu corazón cuando sabías todas estas cosas: sino que te elevaste contra el dominador del cielo, etc. Tu bisabuelo, porque su corazón se elevó y su espíritu se endureció en soberbia, fue depuesto de su trono real y su gloria fue quitada y lo demás (Jer. IV). Y tú, por tanto, habiendo conocido esto de tu pariente, y sabiendo que Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes, no debiste elevar tu corazón contra el dominador del cielo, ni insultar su majestad, ni hacer lo que hiciste. Algunos refieren este lugar al Anticristo, que imitando la soberbia de su padre el diablo, se levantó contra Dios. Pero se debe preguntarles quién es Daniel que les interprete la escritura de Dios, y quiénes son los medos y persas que lo matan y suceden en su reino. No hay duda de que después del Anticristo los santos reinarán.

(Vers. 25.) Esta es la escritura que fue escrita: MANE, THECEL, PHARES. Y esta es la interpretación del mensaje: MANE, Dios ha contado tu reino, y lo ha completado. THECEL, has sido pesado en la balanza, y hallado falto. PHARES, tu reino ha sido dividido, y dado a

los medos y persas. Solo tres palabras había escrito la escritura en la pared: Mane, Thecel, Phares, de las cuales la primera significa número, la segunda, peso, la tercera, división. No solo fue necesaria la lectura, sino la interpretación de lo que había leído: para que entendiera lo que estas palabras predecían: que Dios había contado su reino y lo había completado, y lo había pesado en la balanza de su juicio: y que la espada lo degollaría antes de que la naturaleza lo disolviera, y su imperio se dividiría entre los medos y los persas. Pues Ciro, como ya dijimos antes, rey de los persas, junto con Darío su tío, subvirtió el imperio de los caldeos.

(Vers. 29.) Entonces, por orden del rey, Daniel fue vestido de púrpura y se le puso un collar de oro en su cuello, y se proclamó que tendría poder como tercero en el reino. O de la tercera parte del reino. Recibió el emblema real, el collar y la púrpura, para hacerse más conocido por Darío, quien iba a suceder en el reino, y por el conocimiento más honrado. No es de extrañar que Belsasar, al escuchar cosas tristes, otorgara la recompensa que había prometido. O bien creyó que lo que se decía vendría después de mucho tiempo: o mientras honraba al profeta de Dios, esperaba obtener el perdón. Si no lo obtuvo, se debe creer que el sacrilegio contra Dios fue mayor que el honor al hombre.

(Vers. 30.) Esa misma noche fue asesinado Belsasar, rey de los caldeos, y Darío el medo sucedió en el reino, a la edad de sesenta y dos años. Josefo escribe en el décimo libro de las Antigüedades Judías, que, sitiada Babilonia por los medos y persas, a saber, Darío y Ciro, Belsasar, rey de Babilonia, cayó en tal olvido de sí mismo que celebró un banquete muy famoso, y bebió en los vasos del templo, y, sitiado, se dedicó a los banquetes. De ahí que la historia pueda sostenerse, que esa misma noche fue capturado y degollado: mientras todos estaban aterrados por la visión y la interpretación, o estaban ocupados con la festividad y la embriaguez del banquete. Pero que, venciendo Ciro, rey de los persas, y Darío, rey de los medos, solo Darío se escriba que sucedió en el reino, es por el orden de la edad, la proximidad y el reino. Pues Darío tenía sesenta y dos años: leemos que el reino de los medos era mayor que el de los persas: y el tío, que era anterior por derecho natural, debía ser contado como sucesor del reino. Por eso, en la visión que se lee contra Babilonia en Isaías, después de muchas cosas que sería largo enumerar, se narran estas futuras: He aquí que yo levantaré contra ellos a los medos, que no buscarán plata, ni desearán oro: sino que con flechas matarán a los niños, y no tendrán misericordia de los vientres lactantes (Is. XIII, 7). Y Jeremías: Santificad, dice, contra ella naciones, reyes de Media, sus príncipes, y todos sus magistrados y toda la tierra de su poder (Jer. LI, 28). Y en lo siguiente: La hija de Babilonia es como una era, el tiempo de su trilla: aún un poco, y vendrá el tiempo de su cosecha (Ibid., 33). Pero que Babilonia fue capturada en un banquete, Isaías lo escribe más claramente: Babilonia, mi amada, se ha convertido en un prodigio para mí: pon la mesa, observa en la atalaya a los que comen y beben: levántense príncipes, tomen el escudo (Is. XXI, 4, 5).

(Cap. VI---Vers. 1 y ss.) Agradó a Darío, y estableció sobre el reino a ciento veinte sátrapas, para que estuvieran en todo su reino: y sobre ellos tres príncipes, de los cuales Daniel era uno. Josefo, de quien hablamos antes, escribiendo la historia de este lugar, dijo así: Darío, quien destruyó el imperio de los babilonios, con la ayuda y lucha conjunta de Ciro, su pariente, tenía sesenta y dos años cuando tomó Babilonia: y era hijo de Astiages, quien era llamado con otro nombre entre los griegos: y llevó consigo al profeta Daniel, y lo llevó a Media, y lo hizo uno de los tres príncipes que gobernaban todo su reino. De lo cual entendemos que, con Babilonia subvertida, Darío regresó a su reino en Media, y llevó consigo a Daniel con el mismo honor que había recibido de Belsasar. No hay duda de que escuchó la señal y el prodigio que le sucedió a Belsasar, y la interpretación que Daniel expuso, y cómo predijo el reino de los medos y persas. Por lo tanto, nadie se perturbe, porque

ahora se dice que Daniel estuvo en el reino de Darío, ahora en el de Ciro. Por Darío, los Setenta lo interpretaron como Artajerjes. Pero el orden es inverso, para que primero se narre la historia bajo Darío, que bajo Belsasar, que después leeremos, quien fue asesinado por Darío, parece ser la causa de que inmediatamente unió la historia a la historia. Pues al final de la visión anterior había dicho: Y Darío el medo sucedió en el reino a la edad de sesenta y dos años. Bajo este Darío, quien mató a Belsasar, se llevaron a cabo las cosas que vamos a decir.

(Vers. 4.) Pero el rey pensaba en establecerlo sobre todo el reino, de donde los príncipes y sátrapas buscaban ocasión para encontrar a Daniel en el lado del rey, etc. Por príncipes, lo que Símaco tradujo: Teodocio interpretó como τακτικούς, Aquila como συνεκτικούς. Y cuando buscaba quiénes eran estos príncipes τακτικοί, o συνεκτικοί, leí más claramente en la edición de los Setenta, quienes dijeron: y dos hombres que estableció con él, y los ciento veinte sátrapas. Porque entre los dos príncipes, entre los cuales era el tercero, el rey pensaba en hacerlo primero, nació la ocasión de la envidia y las insidias. Buscaban ocasión para encontrar a Daniel en el lado del rey. Y en este lugar, los hebreos sospechan algo que no sé: el lado del rey es la reina, o sus concubinas y otras esposas, que duermen a su lado. Buscaban, por tanto, ocasión en estas cosas, si en palabra, toque, gesto, mensajero podían acusar a Daniel. Pero dicen que no podían encontrar ninguna causa ni sospecha: porque era eunuco, y no podían acusarlo de lujuria. Esto lo dicen aquellos que suelen tejer largas fábulas por la ocasión de una sola palabra. Nosotros interpretamos simplemente, que no encontraron ninguna ocasión contra él, en la que fuera nocivo al rey, porque era fiel, y no se encontraba en él ninguna sospecha de culpa. Por sospecha, Teodocio y Aquila interpretaron ἀμβλάκημα, que en caldeo se dice ESSAITHA. Y cuando pregunté a un hebreo qué significaba, respondió que el significado de la palabra sonaba como δέλεαρ, que podemos llamar atracción o σφάλμα, es decir, error: Por otro lado, Eurípides en Medea llama ἀπλακίας, con π y no con β, ἀμαρτίας, es decir, pecados.

(Vers. 5.) Entonces dijeron aquellos hombres: No encontraremos [Al. encontramos] ninguna ocasión contra Daniel, a menos que sea en la ley de su Dios. Feliz es la vida en la que los enemigos no encuentran ninguna ocasión, a menos que sea en los mandamientos de Dios.

(Vers. 6.) Entonces los príncipes y sátrapas se acercaron al rey, y así le hablaron. Dijo bien, se acercaron: No dijeron lo que pensaban hacer, sino que, por el honor del rey, traman insidias al enemigo.

(Vers. 8.) Ahora, pues, rey, confirma la sentencia y escribe el decreto, para que no se cambie, 659 lo que está establecido por los medos y persas. Es evidente [Al. sea] lo que dijimos antes, que había un solo reino bajo Darío y Ciro de los medos y persas.

(Vers. 10.) Cuando Daniel supo esto, es decir, la ley establecida, entró en su casa, y, con las ventanas abiertas en su aposento hacia Jerusalén, tres veces al día doblaba sus rodillas, y adoraba: y confesaba ante su Dios como solía hacer antes. De toda la Escritura santa se debe reunir rápidamente en la memoria, donde leamos δώματα, que en latín se llaman menia o techos, o solarios, y ἀνώγαια, es decir, aposentos. Pues nuestro Señor también celebra la Pascua en un aposento (Mat. XIV): y en los Hechos de los Apóstoles el Espíritu Santo descendió sobre más de ciento veinte almas creyentes en un aposento (Hech. I). Y ahora Daniel, despreciando las órdenes del rey, y confiando en Dios, no ora en un lugar bajo, sino en un lugar alto: y abre las ventanas hacia Jerusalén, donde estaba la visión de la paz. Ora según el mandato de Dios, y las palabras de Salomón, quien advirtió que se debía orar hacia el templo. Hay tres tiempos en los que se deben doblar las rodillas ante Dios: la tercera hora, la sexta y la novena, la tradición eclesiástica lo entiende. De hecho, a la tercera hora

descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles (Hech. III). A la sexta, Pedro, queriendo comer, subió a orar al aposento (Hech. X). A la novena, Pedro y Juan iban al templo (Hech. III).

(Vers. 11.) Por lo tanto, aquellos hombres, investigando con curiosidad, encontraron a Daniel orando y suplicando a su Dios. De este lugar, aprendemos a no exponernos temerariamente a los peligros: sino que, en la medida de lo posible, debemos evitar las insidias. Por eso Daniel no hacía esto en el foro, ni en las plazas, contra el mandato del rey: sino en secreto, para no descuidar las órdenes del verdadero Señor Dios todopoderoso.

(Vers. 12.) Rey, ¿no has establecido que todo hombre que pidiera a cualquier dios o hombre, hasta treinta días, a menos que sea a ti [Al. de ti], rey, sería arrojado al foso de los leones? A lo que el rey respondió: Callan sobre el nombre de Daniel, para que cuando el rey responda que lo ha ordenado en general, se vea obligado por su palabra: para que no haga otra cosa sobre Daniel que lo que ha dicho.

660 Es cierto el dicho según el decreto de los medos y persas, que no se puede violar. Anotamos con frecuencia, dondequiera que se menciona el reino de los medos y persas: para resolver la cuestión más difícil, por la cual ahora se dice que Daniel estuvo bajo Darío, ahora bajo Ciro.

(Vers. 13.) Entonces, respondiendo, dijeron ante el rey: Daniel, de los hijos de la cautividad de Judá [Vulg. Judá], no ha tenido en cuenta tu ley, etc. Para que sea mayor la indignidad del que desprecia, dicen que quien desprecia las órdenes del rey es un cautivo.

(Vers. 14.) Cuando el rey escuchó esta palabra, se entristeció mucho, y puso su corazón en liberar a Daniel. Entendió que había sido engañado por su propia respuesta: y que la causa de las insidias era la envidia. Por lo tanto, para no parecer que actuaba contra su propia ley, no con autoridad real, sino con razón y consejo, quiere liberar a Daniel del peligro. Y se esfuerza y trabaja tanto, que el rey poderosísimo no toma alimento hasta la puesta del sol: y ellos tienen tanta obstinación en el mal, que ni se conmueven por la voluntad del rey, ni por la injuria.

(Vers. 15.) Pero aquellos hombres, entendiendo al rey, le dijeron: Sabe, rey, que la ley de los medos y persas es que todo decreto que el rey ha establecido no se puede cambiar. Así como el rey entendía que los príncipes acusaban por envidia: así también ellos entendían el ánimo del rey, que quería liberar a Daniel de la muerte presente. Por eso, según la ley de los medos y persas, dicen que no se pueden invalidar las órdenes del rey.

(Vers. 16.) Entonces el rey ordenó, y trajeron a Daniel, y lo arrojaron al foso de los leones. Y el rey dijo a Daniel: Tu Dios, a quien sirves siempre, él te liberará. Cede a la multitud, y no se atreve a negar la muerte del amigo [Al. enemigo] a los adversarios que consienten: y lo que él mismo no pudo lograr, lo entrega al poder de Dios. Y no habla ambiguamente: para decir, si puede liberarte; sino audaz y confiadamente: Tu Dios, a quien sirves siempre, él te liberará. Pues había oído que tres jóvenes, que eran de un grado inferior a Daniel, vencieron las llamas babilónicas; y a Daniel se le habían revelado muchos misterios, por lo que también lo amaba, y tenía en gran honor al hombre cautivo.

Y fue traída una piedra, y puesta sobre la boca del foso, que el rey selló con su anillo, etc. Selló con su anillo la piedra que cerraba la boca del foso: para que los enemigos no tramen nada contra Daniel. Pues creyó en el poder de Dios: y quien está seguro de los leones, teme a

los hombres. Pero también lo selló con el anillo de sus nobles, para que no pareciera que tenía sospechas contra ellos.

(Vers. 18.) Y el rey fue a su casa, y durmió sin cenar, etc. Cuánta benevolencia del rey, que no tomara alimento ni de día ni de noche; que no concediera sueño a sus ojos: sino que, con el profeta en peligro, él mismo pendía de afecto. Si el rey, sin conocer a Dios, hace esto por otro, a quien quiere liberar del peligro: cuánto más nosotros, por nuestros propios pecados, debemos con ayuno y vigiliat inclinat a Dios a la clemencia.

(Vers. 19.) Entonces el rey, al amanecer, se levantó apresuradamente y fue al foso de los leones. Llama foso a una fosa profunda o cisterna seca, en la que se alimentaban los leones. Pero apresuradamente, al amanecer, va al foso, creyendo que él vive. Pero el foso en latín se llama congregación de aguas dulces, como el lago Benaco [Al. Venaco], y Lario, y otros, que los griegos llaman λίμνην, es decir, estanque.

(Vers. 20.) Y acercándose al foso, llamó a Daniel con voz llorosa, y le habló. Indica el afecto del corazón con lágrimas; y olvidando la dignidad real, el vencedor corre al cautivo, el señor al siervo.

Daniel, siervo del Dios viviente. Llama viviente, en distinción de los dioses de los gentiles, que son imágenes de hombres muertos.

¿Tu Dios, a quien sirves siempre, pudo liberarte de los leones? No porque dude del poder de Dios, de quien dijo antes: Tu Dios, a quien sirves siempre, él te liberará; sino que modera la sentencia ambigua, para que cuando Daniel aparezca ileso, cuanto más increíble es el hecho, tanto más justa sea la indignación contra los príncipes.

(Vers. 21.) Rey, vive para siempre. Honra al que lo honra: y le desea vida eterna.

(Vers. 22.) 662 Mi Dios envió a su ángel, y cerró la boca de los leones, y no me hicieron daño, etc. No se cambió la ferocidad de los leones: sino que sus bocas y su rabia fueron cerradas por el ángel, y por eso fueron cerradas, porque las buenas obras del profeta las precedieron: para que no sea tanto una gracia de liberación, como una retribución de justicia. Estas palabras, todo hombre santo las pronuncie, que ha sido librado de la boca de los leones invisibles, y del foso del infierno: porque creyó en su Dios.

(Vers. 25.) Entonces el rey Darío escribió a todos los pueblos, tribus y lenguas que habitan en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. De mí se ha establecido un decreto, que en todo mi imperio y reino, teman y tiemblen ante el Dios de Daniel. Porque él es el Dios viviente, y eterno por los siglos, y su reino no será destruido, y su poder hasta la eternidad. Él es el libertador y salvador, que hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra, quien liberó a Daniel del foso de los leones. Así como Nabucodonosor escribiendo a las lenguas y naciones, algunos lo interpretaron en las fuerzas contrarias, así también interpretan a Darío, que llama a todos al arrepentimiento. Y se pregunta [Al. se pregunta] si esto sucederá en este mundo, o en el otro, o ciertamente después de otros mundos. Lo cual consideramos como delirios, y cuentos vanos, decimos solo esto: que por eso se hacen señales a través de los siervos de Dios entre las naciones bárbaras, para que se predique el culto y la religión de un solo Dios.

(Vers 28.) Pero Daniel perseveró hasta el reino de Darío, y el reino de Ciro el persa. Por lo tanto, lo que leímos antes al final de la primera visión: Pero Daniel estuvo hasta el primer año del rey Ciro, no se debe entender como el tiempo de su vida. Pues en la última visión leemos: En el tercer año del rey Ciro de Persia, la palabra fue revelada a Daniel, llamado Belsasar:

pero esto significa que hasta el primer año del rey Ciro, quien destruyó el imperio de los caldeos, Daniel fue poderoso en Caldea: después fue trasladado por Darío a los medos.

(Cap. VII.---Vers. 1.) En el primer año de Belsasar, rey de Babilonia, Daniel tuvo un sueño. La visión de su cabeza fue en su lecho. Y escribiendo el sueño, lo comprendió en breves palabras, y resumiéndolo, dijo. Este pasaje, que ahora intentamos exponer, y el siguiente, del cual hablaremos, son anteriores, según la historia, a los dos anteriores. Pues este y el siguiente se recuerdan que ocurrieron en el primer y tercer año del rey Belsasar (Jer. XXXIX). Pero aquel que se leyó antes del anterior, se escribe en el último año, o más bien en el último día del reino de Belsasar. Y esto no solo lo leemos en Daniel, sino también en Jeremías y Ezequiel (Ezech. XVII): como en los mismos lugares, si la vida nos acompaña, podremos enseñar. Pero en los anteriores sigue el orden de la historia: qué sucedió bajo Nabucodonosor y Belsasar, y Darío, o Ciro, de señales milagrosas. En estos se narran los sueños que se vieron en tiempos individuales: de los cuales solo el profeta es consciente, y no tienen en las naciones bárbaras la magnitud de señal o revelación; sino que solo se escriben para que en la posteridad se conserve la memoria de lo que se vio.

(Vers. 2, 3.) Veía en mi visión de noche: y he aquí que los cuatro vientos del cielo combatían en el gran mar, y cuatro grandes bestias subían del mar, diferentes entre sí. Los cuatro vientos del cielo, considero que son cuatro potestades angélicas, a las cuales se les han confiado los reinos principales, según lo que leemos en el Deuteronomio: Cuando el Altísimo dividía las naciones: cuando separaba a los hijos de Adán, estableció los límites de los pueblos según el número de los ángeles de Dios. Pero la parte del Señor es su pueblo: Jacob es la cuerda de su heredad (Deut. XXXII, 8). El mar, sin embargo, significa este mundo, y la era, rebosante de olas saladas y amargas: como el Señor en la parábola de la red echada al mar lo interpreta (Matth. XIII). Por eso también el dragón se llama rey de todo lo que está en las aguas, y cuya cabeza se rompe en el mar según David (Psal. LXXIII). Y leemos en Amós: Si descendiere al fondo del mar, allí mandaré al dragón, y lo morderá (Amos IX, 3). Pero las cuatro bestias, que subían del mar, y eran diferentes entre sí, las conocemos por el ángel que las explica. Estas, dice, son cuatro grandes bestias, cuatro reinos que surgirán de la tierra. Y los cuatro vientos que combatían en el gran mar, por eso se dicen vientos del cielo: porque cada ángel actúa por el reino que le ha sido confiado. Y esto debe notarse, que la ferocidad y crueldad de los reinos se demuestra con el nombre de bestias.

(Vers. 4.) La primera era como una leona, y tenía alas de águila. Miraba hasta que le fueron arrancadas sus alas, y fue levantada de la tierra, y se puso de pie como un hombre, y se le dio corazón. El reino babilónico, por su ferocidad y crueldad, o por su lujo y vida servil a la lujuria, no se llama león, sino leona. Dicen aquellos que han escrito sobre las naturalezas de las bestias, que las leonas son más feroces, especialmente si crían cachorros, y siempre están ansiosas por el apareamiento. Pero el hecho de que tenía alas de águila, significa la soberbia del reino poderosísimo, cuyo príncipe habla por Isaías: Sobre las estrellas del cielo pondré mi trono: y seré semejante al Altísimo (Isai. XIV). Por eso se le dice: Si te elevas como el águila, de allí te derribaré (Abdías). De lo contrario, así como el león entre las bestias, así el águila entre las aves tiene el reino. Pero también debe decirse que el águila vive mucho tiempo, y el reino de los asirios dominó durante muchas edades. Pero el hecho de que le fueron arrancadas sus alas, es decir, de la leona, o del águila, significa los otros reinos, sobre los cuales antes imperaba, y volaba por el mundo. Y fue levantada, dice, de la tierra; evidentemente con el imperio de los caldeos subvertido. Y lo que sigue: Y se puso de pie como un hombre, y se le dio corazón, si lo entendemos de Nabucodonosor, es evidente que después de perder el reino, y su poder le fue quitado, fue restaurado a su estado anterior, y aprendió que no era una

leona, sino un hombre, y recuperó el corazón que había perdido. Pero si esto debe entenderse en general del reino de los caldeos, que al ser asesinado Belsasar, y sucediendo los medos y persas en el imperio, los babilonios entendieron que eran hombres, y de naturaleza humilde y frágil. Nota el orden: el que en la imagen se llama cabeza de oro, aquí se llama leona.

(Vers. 5.) Y he aquí otra bestia semejante a un oso, que se puso de pie de un lado, y tenía tres costillas en su boca, y entre sus dientes; y así le decían: Levántate, come mucha carne. La segunda bestia semejante a un oso, es la misma de la que leemos en la visión de la estatua (Supra II, 32): Su pecho y sus brazos de plata, esta por su dureza y ferocidad se compara con un oso. Pues el reino de los persas fue rígido y de costumbres de alimentación más escasas al modo de los lacedemonios, 665 usando en su comida sal y cardamomo. Leamos la infancia de Ciro el Grande (Educación o instrucción). Y lo que se dice: Se puso de pie de un lado, así lo interpretan los hebreos, que no hicieron nada cruel contra Israel. Por eso en el profeta Zacarías, se les llama caballos blancos (Zach. I). Pero las tres costillas, o filas que estaban en su boca, y entre sus dientes, algunos lo interpretaron así, que el reino de los persas estaba dividido en tres príncipes: como leemos en la sección de Belsasar y Darío, que había tres príncipes, que estaban al frente de ciento veinte sátrapas. Otros, sin embargo, afirman que después de Ciro hubo tres reyes de los persas, y no mencionan sus nombres. Pero nosotros, sabiendo que después de Ciro, que reinó treinta años, reinó en Persia Cambises su hijo, y los hermanos magos, y luego Darío, en cuyo segundo año se comenzó a construir el templo en Jerusalén. Quinto, Jerjes hijo de Darío: sexto, Artabano: séptimo, Artajerjes, que fue apodado μακρόχειρ, es decir, longimano: octavo, Jerjes: noveno, Sogdiano: décimo, Darío apodado νόθον: undécimo, Artajerjes, que fue llamado μνήμων, es decir, recordador: duodécimo, otro Artajerjes, que también fue apodado Oco: decimotercero, Arsés, hijo de Oco: decimocuarto, Darío hijo de Arsames, que fue superado por Alejandro, rey de los macedonios: ¿Cómo diremos que hubo tres reyes de los persas? a menos queelijamos algunos muy crueles, que no podemos encontrar en las historias. Por lo tanto, las tres costillas en la boca del reino de los persas, y entre sus dientes, debemos entender tres reinos, el de los babilonios, medos y persas: que se unieron en un solo reino. Y lo que se añade. Y así le decían: come mucha carne, significa aquel tiempo, cuando bajo Asuero, a quien los Setenta llaman Artajerjes, por sugerencia de Amán el agagita, se ordenó que todos los judíos fueran masacrados en un solo día (Esther. III). Y con acierto no dice, los devoraba; sino, así le decían: para que solo fuera un intento, y no se siguiera el resultado de la acción.

(Vers. 6.) Después de esto miraba, y he aquí otra como un leopardo, y tenía cuatro alas de ave sobre sí, y cuatro cabezas tenía la bestia, y se le dio poder. El tercer reino de los macedonios, del cual leemos en la estatua: Su vientre y sus muslos de bronce, se compara con el leopardo, bestia velocísima y ὀρμητικῇ, que se lanza precipitadamente a la sangre, y salta a la muerte. Y tenía cuatro alas. Pues nada fue más rápido que la victoria de Alejandro, que desde Iliria y el mar Adriático hasta el Océano Índico y el río Ganges, no tanto por batallas, como por victorias recorrió, y en seis años sometió parte de Europa y toda Asia. Pero las cuatro cabezas se refieren a los mismos generales suyos, que después fueron sucesores del reino, Ptolomeo, Seleuco, Filipo, Antígono. Y lo que se añade: Y se le dio poder, muestra que no fue por la fortaleza de Alejandro, sino por la voluntad del Señor.

(Vers. 7.) Después de esto miraba en la visión de la noche, y he aquí una cuarta bestia terrible y asombrosa, y muy fuerte: tenía grandes dientes de hierro, devorando y triturando, y pisoteando con sus pies lo que quedaba. El cuarto que ahora tiene la ciudad de las tierras, es el imperio de los romanos, del cual se dice en la estatua: Sus piernas de hierro: parte de sus pies de hierro, parte de barro; y sin embargo, ahora recuerda parte de ese hierro, testificando que sus dientes son de hierro y grandes. Y me sorprende bastante, que habiendo puesto arriba

a la leona, al oso y al leopardo, en tres reinos, no haya comparado el reino romano con ninguna bestia: a menos que para hacer temible a la bestia, haya omitido el nombre, para que cualquier cosa más feroz que pensemos en las bestias, entendamos que son los romanos. Esto que aquí está tácito, los hebreos creen que se dice en los Salmos; La devastó el jabalí del bosque; y la bestia solitaria la devoró (Ps. LXXIX, 14). Para lo cual en hebreo tiene: Todas las bestias del campo la desgarraron; mientras en un solo imperio de los romanos, conocemos todos los reinos juntos, que antes estaban separados. Pero lo que sigue: Devorando y triturando, y pisoteando con sus pies lo que quedaba, significa todas las naciones, o asesinadas por ellos, o sometidas a tributo y servidumbre.

Pero era diferente de las otras bestias que había visto antes [Vulg. ante ella]. Pues en las bestias anteriores había señales individuales de terror, en esta están todas.

667 Y tenía diez cuernos. Porfirio pone las dos últimas bestias, de los macedonios y romanos, en un solo reino de los macedonios, y lo divide: Queriendo que el leopardo se entienda como el mismo Alejandro: pero la bestia diferente de las otras bestias, los cuatro sucesores de Alejandro, y luego hasta Antíoco apodado Epífanes, enumera diez reyes, que fueron muy crueles: y esos mismos reyes no los pone de un solo reino, por ejemplo, de Macedonia, Siria, Asia y Egipto, sino que de diferentes reinos hace un solo orden de reino, para que lo que está escrito: Una boca que habla grandes cosas, no se crea dicho de Anticristo, sino de Antíoco.

(Vers. 8.) Consideraba los cuernos, y he aquí que otro cuerno pequeño surgió de en medio de ellos, y tres de los primeros cuernos fueron arrancados de su cara. Y he aquí que había ojos como ojos de hombre en este cuerno, y una boca que hablaba grandes cosas. En vano Porfirio sospecha que el cuerno pequeño, que surgió después de los diez cuernos, es Antíoco Epífanes, y que los tres cuernos arrancados, son el sexto Ptolomeo apodado Filométor, el séptimo Ptolomeo Evergetes, y Artaxias rey de Armenia, de los cuales los primeros murieron mucho antes de que naciera Antíoco. Contra Artaxias sabemos que Antíoco luchó: pero que él permaneció en su reino original. Por lo tanto, digamos lo que todos los escritores eclesiásticos han transmitido: en la consumación del mundo, cuando el reino de los romanos será destruido, habrá diez reyes, que dividirán entre sí el mundo romano, y un undécimo rey pequeño surgirá, que superará a tres reyes de los diez reyes, es decir, al rey de los egipcios, y de África y Etiopía, como diremos más claramente en lo que sigue. Una vez asesinados, también los otros siete reyes someterán sus cuellos al vencedor. Y he aquí, dice, había ojos como ojos de hombre en este cuerno. Para que no pensemos, según la opinión de algunos, que es el diablo, o un demonio; sino uno de los hombres, en quien todo Satanás habitará corporalmente. Y una boca que hablaba grandes cosas (II. Thes. II). Pues es el hombre de pecado, hijo 668 de perdición, de modo que se atreverá a sentarse en el templo de Dios, haciéndose pasar por Dios.

(Vers. 9.) Miraba hasta que fueron colocados tronos, y el anciano de días se sentó. Su vestidura era blanca como la nieve, y los cabellos de su cabeza como lana pura. Su trono era llama de fuego: sus ruedas fuego encendido: un río de fuego rápido salía de su presencia. Algo similar leemos en el Apocalipsis de Juan (Apoc. IV, 2 y ss.). Después de esto, inmediatamente en espíritu, y he aquí un trono estaba puesto en el cielo, y uno sentado en el trono, y el que estaba sentado tenía la apariencia de una piedra de jaspe y sardio, y un arco iris estaba alrededor del trono semejante en aspecto a una esmeralda, y alrededor del trono otros tronos veinticuatro y sobre los veinticuatro tronos, veinticuatro ancianos sentados, vestidos con vestiduras blancas, y sobre sus cabezas una corona de oro, y del trono salían relámpagos, y voces, y truenos. Y siete lámparas de fuego ardiente delante del trono, que son los siete espíritus de Dios. Y delante del trono, como un mar de vidrio semejante al cristal.

Por lo tanto, los muchos tronos que vio Daniel, me parecen ser estos, que Juan llama veinticuatro tronos. Pero el anciano de días es aquel que en Juan está sentado solo en el trono. El hijo del hombre, que viene al anciano de días, es el que en Juan se llama león de la tribu de Judá (Apoc. V); raíz de David, y otras cosas similares: Creo que estos tronos son aquellos de los que habla el apóstol Pablo: Ya sean tronos, ya sean dominios (Coloss. I, 16). Y leemos en el Evangelio: Pero vosotros os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Matth. X, 28). Pero se dice que está sentado y es llamado anciano de días, para mostrar el hábito del juez eterno. Su vestidura es blanca como la nieve, y los cabellos de su cabeza, como lana pura. Y el Salvador transformado en el monte, y asumiendo la gloria de la majestad divina, se ve en vestiduras blancas (Matth. XVII). Y el hecho de que sus cabellos se comparen con la lana más pura, muestra un juicio puro y sincero, y que no recibe a ninguna persona al juzgar. También se describe como anciano, para que se compruebe la madurez de la sentencia. Su trono es llama de fuego, para que los pecadores teman la magnitud de los tormentos, y los justos sean salvados, aunque como por fuego. Sus ruedas son fuego encendido, o su carro. Y en Ezequiel se introduce a Dios sentado en un carro (Ezech. I), y todo lo de Dios es llameante. De lo cual también se dice en otro lugar: Dios es fuego consumidor (Deut. IV, 24): para que sepamos que la madera, el heno, la paja, arderán en el día del juicio. Y leemos en los Salmos: Un fuego irá delante de él, y quemará a su alrededor a todos sus enemigos (Ps. XCVI, 3). Un río de fuego rápido salía de su presencia, para arrastrar a los pecadores al infierno.

(Vers. 10.) Mil millares le servían, y diez mil veces diez mil estaban delante de él. No porque este número de ministros de Dios esté definido, sino porque el lenguaje humano no pudo explicar una mayor multitud. Estos son los millares, y estas son las miríadas, de las que leemos en los Salmos: Los carros de Dios son diez mil, múltiples millares de los que se alegran, el Señor está en ellos (Ps. LXVII, 18). Y en otro lugar: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego (Ps. CIII, 4). Pero el oficio de los ángeles es doble: algunos que otorgan premios a los justos, otros que presiden los tormentos individuales.

El juicio se sentó, y los libros fueron abiertos. Las conciencias y las obras de cada uno, ya sean buenas o malas, se revelan a todos. El buen libro es aquel que leemos a menudo, el libro de los vivientes. El mal libro, que está en la mano del acusador, que es enemigo y vengador, del cual también leemos en el Apocalipsis: El acusador de nuestros hermanos (Apos. XII, 10). Este libro es terrenal, del cual también dice el profeta: Que sean escritos en la tierra (Jer. XVII, 13).

(Vers. 11.) Miraba a causa de la voz de las grandes palabras que hablaba aquel cuerno. El juicio de Dios viene para humillar la soberbia. Por eso el imperio romano será destruido, porque aquel cuerno hablaba grandes cosas.

Y vi que la bestia fue muerta, y su cuerpo pereció. En un solo imperio romano, por causa del Anticristo blasfemante, todos los reinos serán destruidos a la vez, 670 y no habrá más imperio terrenal, sino la conversación de los santos, y la venida del Hijo de Dios triunfante, de quien se dice:

(Vers. 13.) Y he aquí que con las nubes del cielo venía como un hijo de hombre. El que en el sueño de Nabucodonosor se escribe como una piedra cortada sin manos, y creció hasta convertirse en un gran monte, y desmenuzó el barro, el hierro, el bronce, la plata y el oro, ahora se introduce bajo la persona del hijo del hombre, para que se signifique la asunción de la carne humana en el hijo de Dios, según lo que leemos en los Hechos de los Apóstoles:

Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que ha sido tomado de vosotros al cielo: así vendrá como le habéis visto ir al cielo (Actor. I, 11).

(Vers. 14.) Y llegó hasta el anciano de días, y en su presencia lo presentaron, y le dio poder, y honor, y reino. Todo lo que se dice, que fue presentado al Dios omnipotente, y que recibió poder, y honor, y reino, debe entenderse según lo que dice el apóstol: El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse: sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y hallado en forma como hombre: se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Philipp. II, 6-8). Todo lo cual, si la herejía de los arrianos quisiera considerar con sentido piadoso, no movería calumnia de desigualdad al Hijo de Dios.

Y todos los pueblos [Al. todo el pueblo], tribus, y lenguas le servirán. Su poder es un poder eterno, que no será quitado, y su reino, que no será corrompido, etc. ¿A quién puede convenir esto de los hombres, que responda Porfirio: o quién es este tan poderoso, que quebrará y destruirá el cuerno pequeño, que interpreta como Antíoco? Si responde que los príncipes de Antíoco fueron superados por Judas Macabeo, debe enseñar cómo vendrá con las nubes del cielo, como hijo de hombre, y será presentado al anciano de días, y se le dará poder, y reino, y 671 todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán, y su poder será eterno, que no tendrá fin.

(Vers. 17.) Estas cuatro grandes bestias, son cuatro reinos que surgirán [Vulg. cuatro reinos surgirán] de la tierra. Pero recibirán el reino los santos del Altísimo. Los cuatro reinos, de los que hablamos antes, fueron terrenales. Pues todo lo que es de la tierra, volverá a la tierra (Eccl. III, 20): pero los santos no tendrán un reino terrenal, sino celestial. Cese, por lo tanto, la fábula de los mil años.

Y obtendrán el reino por los siglos de los siglos, etc. Si esto se entiende de los Macabeos, que explique quien lo sostiene, cómo es que su reino es eterno.

(Vers. 25.) Y hablará palabras contra el Altísimo. O como lo interpretó Símaco: Hablará como si fuera Dios, de modo que, al asumir el poder de Dios, también se atribuirá las palabras de la majestad divina.

Y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará que puede cambiar los tiempos y las leyes. Pues el Anticristo luchará contra los santos y los vencerá: y se elevará a tal soberbia que intentará cambiar las leyes de Dios y las ceremonias, y se exaltará sobre todo lo que se llama Dios, sometiendo toda religión a su poder.

Y serán entregados en su mano hasta un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo. Tiempo significa un año. Tiempos, según la propiedad del idioma hebreo, que también tiene número dual, prefiguran dos años. Y la mitad de un tiempo, seis meses: durante los cuales los santos serán permitidos bajo el poder del Anticristo, para que sean condenados los judíos, que no creyendo en la verdad, aceptaron la mentira. De este tiempo también habla el Salvador en el Evangelio. Si aquellos días no fueran acortados, ninguna carne se salvaría (Mat. XXIV, 22). Diremos en la visión final que estos tiempos no se refieren a Antíoco.

(Vers. 6.) Y se sentará el juicio, para que sea quitado el poder, y sea destruido y desaparezca hasta el fin. Esto se refiere al Anticristo, es decir, al pequeño cuerno que hablaba grandes cosas, porque su reino será destruido para siempre.

(Vers. 27.) Pero el reino y el poder, y la grandeza del reino que está bajo todo el cielo, será dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es un reino eterno, y todos los reyes le servirán y obedecerán. Esto habla del imperio de Cristo, que es eterno.

Hasta aquí el fin de la palabra. De esta palabra y discurso que el Señor me reveló en la presente visión.

(Vers. 28.) Yo, Daniel, estaba muy turbado en mis pensamientos, y mi rostro cambió, pero guardé la palabra en mi corazón. Hasta aquí el libro de Daniel está escrito en lengua caldea y siríaca. Lo que sigue hasta el final del volumen lo leemos en hebreo.

(Cap. VIII.---Vers. 1.) En el tercer año del reinado del rey Belsasar, me apareció una visión. Yo, Daniel, después de lo que había visto al principio. Después de dos años de la revelación anterior, esta visión. Aquella fue en el primer año de Belsasar: esta se ve en el tercero. De ahí que añade: Después de lo que había visto al principio.

(Vers. 2.) Vi en mi visión, cuando estaba en la fortaleza de Susa, que está en la región de Elam [Vulg. ciudad]. O como lo interpretó Símaco, ciudad, de la cual también la región tomó su nombre, como de Babilonia, los babilonios, y de Elam, los elamitas, para lo cual los Setenta interpretaron la región de Elimaida. Susa es la metrópoli de la región de los elamitas, donde según la historia de Josefo, Daniel construyó una torre alta, edificada con mármol cuadrado, de tal magnitud y belleza que hasta el presente parece nueva. En ella se guardan las reliquias de los reyes de Persia y Media, y el custodio o sacerdote de ese lugar es judío. Cuando estaba en la fortaleza de Susa. No porque la ciudad misma sea una fortaleza, como dijimos, metrópoli y poderosísima, sino porque está construida con tal firmeza que parece ser una fortaleza.

Vi en la visión que estaba sobre la puerta de Ulai. Para lo cual Aquila tradujo, sobre Ubal Ulai; Teodocio, sobre Ubal; Símaco, sobre el pantano de Ulai; los Setenta, sobre la puerta de Ulai. Debe saberse que Ulai es el nombre de un lugar; o de una puerta, como en Troya, la puerta σκαῖα, y entre los romanos, se llama Carmentalis: cada una tiene su origen de nombres por causas propias.

Y levanté mis ojos y vi. Aunque en sueños se ven cosas que se ven en sombra, es decir, en imagen: sin embargo, ni siquiera podemos verlas.

(Vers. 3.) Y he aquí un carnero estaba delante del pantano (o delante de la puerta, que en hebreo se dice UBAL) con cuernos altos, y uno más alto que el otro y creciendo. Llama carnero a Darío, tío de Ciro, quien después de Astiages su padre reinó en Media. El cuerno más alto que el otro y creciendo, significa a Ciro mismo, quien después de Astiages su abuelo materno, con su tío Darío, a quien los griegos llaman κυάξαρεν, gobernó sobre los medos y los persas.

(Vers. 4.) Después vi al carnero con los cuernos embistiendo hacia el occidente, y hacia el norte, y hacia el sur, etc. No al carnero mismo, es decir, Ciro o Darío, sino al carnero de ese reino, es decir, al otro Darío, que fue el último rey del poder persa, y a quien Alejandro, hijo de Filipo, rey de Macedonia, venció. Que este Darío fue un rey poderosísimo y riquísimo, lo narran tanto las historias griegas como las latinas y bárbaras.

Y yo entendía. Pues de las visiones anteriores, en las que el segundo reino fue significado por el carnero y el macho cabrío, ahora también entiende que ve el imperio de los medos y los persas.

(Vers. 5.) Pero he aquí un macho cabrío venía del occidente sobre la faz de toda la tierra, y no tocaba la tierra, etc. Para que nadie piense que pongo mi propio sentido, digamos las palabras de Gabriel explicando la visión al profeta: El carnero, dice, que viste con dos cuernos, es el rey de los medos y los persas. Es decir, Darío, hijo de Arsames, en quien el reino de los medos y los persas fue destruido. Por otro lado, el macho cabrío que venía del occidente, y por su gran velocidad no parecía tocar la tierra, es Alejandro, rey de los griegos, quien, después de subvertir Tebas, tomó las armas contra los persas, y en la batalla del río Gránico venció a los generales de Darío, y finalmente golpeó al carnero y rompió sus dos cuernos, los medos y los persas: y lo puso bajo sus pies, y sometió ambos cuernos a su imperio. El gran cuerno es el primer rey Alejandro, quien murió a los treinta y dos años de edad en Babilonia, y se levantaron en su lugar cuatro de sus generales, quienes se dividieron el imperio. Ptolomeo, hijo de Lágida, tomó Egipto: Filipo, también llamado Arideo, hermano de Alejandro, tomó Macedonia: Seleuco Nicátor tomó Siria, Babilonia y todos los reinos de Oriente: Antígono gobernó Asia. Pero no, dice, en su fortaleza. Pues nadie pudo igualar la grandeza de Alejandro. Y después de mucho tiempo, se levantará un rey de Siria, impudente de rostro y entendido en enigmas, Antíoco Epífanes, hijo de Seleuco, también llamado Filopátor. Quien, habiendo sido rehén en Roma, y habiendo tomado el imperio por engaño sin que el senado lo supiera, luchó contra Ptolomeo Filométor, es decir, contra el sur, y contra los egipcios. Nuevamente hacia el oriente, y contra aquellos que tramaban novedades en Persia; finalmente luchando contra los judíos, capturó Judea, entró en Jerusalén; y en el templo de Dios colocó una estatua de Júpiter Olímpico: y hasta la fortaleza del cielo, es decir, los hijos de Israel, que estaban protegidos por la ayuda de los ángeles, elevó su magnificencia, de modo que sometió a muchos de los santos a la idolatría; y como estrellas del cielo los pisoteó con sus pies. Y así sucedió que el sur y el oriente, es decir, Egipto y Persia, estuvieron bajo su imperio. Y lo que dice: Hasta el príncipe de la fortaleza se magnificó, significa que se levantó contra Dios, y persiguió a sus santos; y quitó el sacrificio perpetuo, que se ofrecía por la mañana y por la tarde, y profanó y derribó el lugar de su santificación. Y esto no por su propia fuerza, sino por los pecados del pueblo. Y así sucedió que la verdad fue echada por tierra, y floreciendo el culto a los ídolos, la religión de Dios quedó en reposo.

(Vers. 13.) Y oí a uno de los santos hablando: y uno de los santos dijo a otro no sé quién, al que hablaba. Por otro no sé quién, que Símaco interpretó como τινί ποτε, a quien también seguimos, Aquila y Teodocio, y los Setenta () φελμονί, pusieron la misma palabra hebrea. Por lo tanto, al callar el nombre del ángel, indicó en general a cualquiera de los ángeles.

¿Hasta cuándo la visión y el sacrificio perpetuo, y el pecado de desolación que se ha hecho, y el santuario, y la fortaleza serán pisoteados? Un ángel pregunta a otro ángel hasta qué tiempo, por el juicio de Dios bajo el rey Antíoco de Siria, el templo estará desolado, y la estatua de Júpiter estará en el templo de Dios, según lo que añadió, diciendo: Y el santuario y la fortaleza serán pisoteados.

(Vers. 14.) Y le dijo: Hasta la tarde y la mañana dos mil trescientos días, y el santuario será purificado. Leamos los libros de los Macabeos y la historia de Josefo, y allí encontraremos escrito que en el año ciento cuarenta y tres desde Seleuco, quien primero reinó en Siria después de Alejandro, Antíoco entró en Jerusalén y devastó todo, y regresó en el tercer año, y en el templo colocó la estatua de Júpiter, y hasta Judas Macabeo, es decir, hasta el año ciento cuarenta y ocho, durante seis años de devastación de Jerusalén, y tres años de contaminación del templo, se completaron dos mil trescientos días y tres meses; después de los cuales el templo fue purificado. Algunos leen dos mil doscientos en lugar de dos mil trescientos: para

que no parezca que sobran seis años y tres meses. Muchos de los nuestros refieren este lugar al Anticristo, y dicen que lo que se hizo bajo Antíoco en tipo, se cumplirá en verdad bajo él. Pero lo que añade: El santuario será purificado, significa los tiempos de Judas Macabeo, quien del pueblo de Modín, con sus hermanos y parientes apoyándolo, y muchos del pueblo de los judíos, venció a los generales de Antíoco cerca de Emaús, que ahora se llama Nicópolis. Al oír esto Antíoco, quien se había levantado contra el príncipe de los príncipes, es decir, el Señor de los señores y el rey de los reyes, en Elimaida, que es una región de Persia, deseando saquear el templo de Diana, que tenía preciosas ofrendas, y habiendo perdido allí también su ejército, fue destruido sin manos, es decir, murió de una enfermedad de tristeza. La tarde y la mañana significan la sucesión del día y la noche.

(Vers. 15.) Pero sucedió que cuando yo, Daniel, vi la visión, y buscaba la inteligencia. Veía la visión por imagen y figura, y no conocía su inteligencia. No todos los que ven entienden: como si leemos la Escritura santa con los ojos y no la entendemos con el corazón.

Y he aquí que se presentó ante mí como la apariencia de un hombre. Pues los ángeles no son hombres, pero se ven en la apariencia de hombres. Como Abraham en el encinar de Mambré vio a tres hombres (Gen. VIII), que ciertamente no eran hombres; de los cuales uno es adorado como el Señor. De donde también el Salvador habla en el Evangelio: Abraham vio mi día; lo vio y se alegró (Juan VIII, 56).

(Vers. 16 y 17.) Y oí la voz de un hombre entre Ulai, y clamó, y dijo: Gabriel, haz entender esta visión. Y vino y se paró donde yo estaba. Y cuando vino, temblando caí sobre mi rostro. Los judíos creen que este hombre que ordenó a Gabriel que hiciera entender la visión a Daniel es Miguel. Consecuentemente, porque la visión era sobre batallas, y luchas de reyes, más bien sucesiones de reinos, Gabriel, que está a cargo de las batallas, es asignado a este oficio. Gabriel se traduce en nuestro idioma como fortaleza, o robusto de Dios. Por lo cual, en el tiempo en que el Señor iba a nacer, y a declarar la guerra a los demonios, y a triunfar sobre el mundo, Gabriel vino a Zacarías y a María (Luc. I). Y después leemos en los Salmos sobre el Señor triunfante: ¿Quién es este rey de gloria? El Señor fuerte y poderoso, el Señor fuerte en batalla; él es el rey de gloria (Sal. XXIII, 8). Pero donde se necesita medicina y sanación, se envía a Rafael, que se interpreta como curación; o medicina de Dios: si a alguien le agrada recibir el libro de Tobías. Por otro lado, donde se prometen cosas prósperas al pueblo, y se necesita expiación, que podemos llamar propiciación o expiación, se envía a Miguel, que se interpreta como ¿quién como Dios? esto significando con la interpretación del nombre, que en Dios está la verdadera medicina.

Y me dijo: Entiende, hijo de hombre, porque en el tiempo del fin se cumplirá la visión, etc. Ezequiel, Daniel y Zacarías: porque a menudo se ven entre los ángeles, para que no se eleven en soberbia, y crean que son de naturaleza o dignidad angelical, se les recuerda su fragilidad, y se les llama hijos de hombres, para que sepan que son hombres.

(Vers. 18.) Y me tocó; y me puso en mi lugar. Y me dijo, etc. El profeta que por el miedo había caído, cuadrúpedo y postrado en tierra: al toque del ángel se levanta, para poder escuchar e entender sin temor lo que se dice.

(Vers. 26.) Tú, pues, guarda la visión: porque será para muchos días. El ángel Gabriel, habiendo expuesto la visión, que arriba discutimos como pudimos, pone al final: Tú, pues, guarda la visión: porque será para muchos días. Mostrando con la palabra del sello, que las cosas que se decían eran oscuras, y no estaban abiertas al oído de muchos, ni podían entenderse antes, sino que se cumplirían con hechos y obras.

(Vers. 27.) Y yo, Daniel, languidecí y estuve enfermo por días. Y cuando me levanté, hice las obras del rey. Esto es lo que leemos en Génesis sobre Abraham: que después de haber oído al Señor hablándole, dijo que era tierra y ceniza (Gen. XVIII). Por lo tanto, Daniel dice que languideció y enfermó por el horror de la visión: y cuando se levantó, hizo las obras que le habían sido ordenadas por el rey, devolviendo a todos todo, y sabiendo aquello del Evangelio: Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios (Luc. XX, 25).

Y me asombraba de la visión, y no había quien la interpretara. Si no había quien la interpretara, ¿cómo es que el ángel la interpretó antes? Pero lo que dice es esto, que había oído de los reyes, y no conocía sus nombres: había conocido lo que sucedería, y dudaba en qué tiempo sucedería. Así que lo único que podía hacer era asombrarse de la visión, y dejar todo al conocimiento de Dios.

(Cap. IX.---Vers. 1.) En el primer año de Darío, hijo de Asuero, de la descendencia de los medos, que reinó sobre el reino de los caldeos, en el primer año de su reinado. Este es Darío, quien con Ciro venció a los caldeos y babilonios, para que no pensemos que es aquel Darío, en cuyo segundo año se construyó el templo (que Porfirio sospecha, para extender los años de Daniel) o aquel que fue vencido por Alejandro, rey de los macedonios. Añade, pues, el nombre del padre, y añade la victoria, porque fue el primero de la descendencia de los medos que subvirtió el reino de los caldeos, para evitar el error de la lectura debido a la similitud del nombre.

(Vers. 2.) Yo, Daniel, entendí en los libros el número de los años de los que se habló el Señor a Jeremías el profeta, para que se cumplieran las desolaciones de Jerusalén setenta años. Jeremías había predicho setenta años de desolación del templo (Jer. LII, 29): después de los cuales el pueblo volvería a Judea, y se edificarían el templo y Jerusalén: lo cual no hace a Daniel negligente, sino que más bien lo impulsa a rogar: para que lo que Dios prometió por su clemencia, lo cumpla por las oraciones de este, no sea que la negligencia engendre soberbia, y la soberbia engendre ofensa. Finalmente, leemos en Génesis (Gen. IX), que se establecieron ciento veinte años de penitencia antes del diluvio: que porque no quisieron hacer penitencia en tanto tiempo, es decir, en cien años, no esperó que se completaran también los otros veinte: sino que trajo antes lo que después había amenazado. Por lo cual también se dice a Jeremías, debido a la dureza del corazón del pueblo de los judíos: No ores por este pueblo: porque no te escucharé (Jer. VII, 16). Y a Samuel: ¿Hasta cuándo llorarás por Saúl? y yo lo he desechado (I Sam. XVI, 1). En ceniza y saco pide que se cumpla lo que Dios había prometido: no porque fuera incrédulo de lo que vendría; sino para que la seguridad no engendre negligencia, y la negligencia engendre ofensa.

Te ruego, Señor Dios grande y terrible. Contra aquellos que desprecian tus mandamientos.

(Vers. 4.) Guardando el pacto y la misericordia a los que te aman, y guardan tus mandamientos. No todo lo que Dios promete se cumple de inmediato; sino que cumple sus promesas en aquellos que guardan sus mandamientos.

(Vers. 5.) Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos actuado impíamente, y nos hemos apartado, etc. Enumera los pecados del pueblo, porque es uno del pueblo, desde su propia persona, lo cual también leemos que el Apóstol hace en la epístola a los Romanos.

(Vers. 7.) A ti, Señor, la justicia: a nosotros, la confusión de rostro, etc. Pues justamente sufrimos lo que merecemos.

(Vers. 8.) A ti, Señor Dios nuestro, la misericordia y el perdón: etc. De lo que dijo antes: A ti, Señor, la justicia; ahora porque el Señor no solo es justo, sino también misericordioso, dice: A ti, Señor, la misericordia, para que después de la sentencia del juez, lo provoque a la clemencia.

(Vers. 11.) Y ha llovido sobre nosotros. No derramaste sobre nosotros toda tu ira, que no podíamos soportar; sino una gota de tu furor, para que corregidos en la plaga, volviéramos a ti.

La maldición y la detestación que está escrita en el libro de Moisés, siervo de Dios, etc. En Deuteronomio leemos las maldiciones y bendiciones de Dios (Deut. XXVII), que después fueron dichas en el monte Garizim y Ebal, sobre los justos y los pecadores.

(Vers. 13.) Todo este mal vino sobre nosotros: y no rogamos a tu rostro, Señor Dios nuestro, para que nos volviéramos de nuestras iniquidades, y pensáramos en tu verdad. Gran dureza, que estando en las plagas, no rogaran a Dios, lo cual, aunque rogaron, por eso no rogaron, porque no se volvieron de sus iniquidades. La conversión de la iniquidad es pensar en la verdad de Dios.

(Vers. 14.) Y el Señor vigiló sobre la maldad, y la trajo sobre nosotros, etc. Cuando somos corregidos por nuestros pecados, Dios vigila sobre nosotros y nos visita. Pero cuando somos abandonados por Dios y no somos juzgados, y somos indignos de la corrección del Señor, entonces se dice que duerme. Por eso leemos en los Salmos: Se levantó como dormido el Señor, y como embriagado de vino (Salmo LXXVII). Pues nuestra maldad e iniquidad embriagan a Dios: cuando son corregidas en nosotros, se dice que despierta y se levanta de su embriaguez; para que nosotros, ebrios de pecado, despertemos a la justicia.

(Vers. 15.) Y ahora, Señor Dios nuestro, etc. Recuerda el antiguo beneficio, para provocar a Dios a una similar clemencia.

(Vers. 17.) Y muestra tu rostro sobre tu santuario, que está desierto. Cumple con la obra que prometiste con la palabra: el tiempo cercano de la desolación se cumple.

(Vers. 18.) Por ti mismo inclina, Dios mío, tu oído, y escucha: abre tus ojos, y ve nuestra desolación, etc. Habla de manera antropomórfica, para que cuando somos escuchados, Dios parezca inclinar su oído: cuando Dios se digna mirarnos, parece abrir sus ojos: pero cuando aparta su rostro, parecemos indignos de sus ojos y oídos.

(Vers. 20.) Y mientras aún hablaba, y oraba, y confesaba mis pecados, y los pecados de mi pueblo Israel: para que presentara mis súplicas ante mi Dios por el monte santo de mi Dios. Así que, como dijimos antes, no solo repite los pecados del pueblo, sino también los suyos; porque es uno del pueblo: o humildemente, aunque él no haya cometido pecado, se une al pueblo pecador, para obtener perdón por humildad. Nota que aquí dice, confesaba mis pecados. En muchos lugares de la Sagrada Escritura, confesión no significa penitencia, sino alabanza.

(Vers. 21.) Aún mientras hablaba en oración: he aquí el hombre Gabriel, a quien había visto al principio de la visión. Llama principio a la visión pasada, a la que esta sigue. Y es un gran efecto de la oración; y se cumple la promesa del Señor que dice: Aún mientras hablas diré, he aquí estoy (Isaías LVIII, 9). Sin embargo, Gabriel aparece, no como ángel o arcángel, sino como hombre: para mostrar no el sexo, sino el nombre de la virtud.

Rápidamente volando me tocó en el tiempo del sacrificio vespertino. Se dice que vuela, porque apareció como hombre, y en el tiempo del sacrificio vespertino: porque la oración del profeta perseveró desde el sacrificio matutino hasta el sacrificio vespertino: y por eso atrajo la misericordia de Dios sobre él.

(Vers. 22.) Y me enseñó, y me habló, y dijo. Tan oscura es la visión, que el profeta necesita la enseñanza del ángel.

Daniel, ahora he salido para enseñarte, y que entiendas. Ahora he sido enviado a ti, y he salido, no de la presencia de Dios para alejarme de Él, sino para venir a ti.

(Vers. 23.) Desde el comienzo de tus súplicas salió la palabra: pero yo he venido para declarártela, porque eres un hombre de deseos. Tan pronto como comenzaste a rogar, obtuviste la misericordia de Dios: y salió la sentencia, y por eso he sido enviado, para explicarte lo que ignoras: porque eres un hombre de deseos, o amable, y digno del amor de Dios, como Salomón fue llamado Idida [Al. Jedida], o un hombre de deseos, porque por tu deseo, mereces escuchar los secretos de Dios, y ser consciente de lo que está por venir.

Por lo tanto, presta atención al Discurso, y entiende la visión. Si a Daniel se le dice: presta atención diligente, para que escuches y entiendas lo que ves: ¿qué debemos hacer nosotros, cuyos ojos están cegados por las tinieblas de la ignorancia y la oscuridad de los vicios?

(Vers. 24.) Setenta semanas están decretadas sobre tu pueblo y sobre tu ciudad santa: para que se termine la transgresión, y se ponga fin al pecado, y se expie la iniquidad, y se traiga la justicia eterna: y se cumpla la visión y la profecía, y se unja al Santo de los santos. Sabe, pues, y entiende que desde la salida de la palabra para restaurar y edificar Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas: y de nuevo se edificará la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas, el Mesías será muerto: y no será su pueblo el que lo negará, y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario: y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra está decretada la desolación. Confirmará un pacto con muchos por una semana: y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Y en el templo habrá abominación desoladora, y la desolación persistirá hasta la consumación y el fin. Porque el Profeta había dicho: Sacaste a tu pueblo, y tu nombre fue invocado sobre tu ciudad, y sobre tu pueblo, por eso Gabriel habla en nombre de Dios: No es el pueblo de Dios, sino tu pueblo: ni la ciudad santa de Dios, sino la santa, como dices [Al. aprendes] para ti. Algo similar leemos en Éxodo, cuando Dios habla a Moisés: Desciende, porque tu pueblo ha pecado (Éxodo XXXII, 7), es decir, no mi pueblo, porque me ha abandonado. Por lo tanto, ya que pides por Jerusalén y oras por el pueblo de los judíos, escucha lo que sucederá a tu pueblo y a tu ciudad en las setenta semanas de años que siguen. Sé que sobre esta cuestión han discutido de diversas maneras hombres muy eruditos, y cada uno ha dicho lo que pensaba según su capacidad. Por lo tanto, ya que es peligroso juzgar las opiniones de los maestros de la Iglesia y preferir una sobre otra, diré lo que cada uno ha pensado, dejando al juicio del lector cuál exposición debe seguir. Africano en el quinto volumen de los Tiempos, ha hablado de las setenta semanas de esta manera, palabra por palabra. «El capítulo que leemos en Daniel sobre las setenta semanas contiene muchas y maravillosas cosas, que ahora sería largo de decir: por lo tanto, en lo que respecta a la obra presente, se debe discutir sobre los tiempos. No hay duda de que es una predicción sobre la venida de Cristo, quien apareció al mundo después de setenta semanas, después de lo cual se consumaron las transgresiones, se puso fin al pecado, y se expió la iniquidad: y se anunció la

justicia eterna, que superaría la justicia de la ley: y se cumplió la visión y la profecía: porque la ley y los Profetas fueron hasta Juan el Bautista (Lucas, XVI). Y fue ungido el Santo de los santos: todo lo cual se esperaba más que se poseía antes de que Cristo asumiera el cuerpo humano. El mismo Ángel dice setenta semanas de años, es decir, cuatrocientos noventa años, desde la salida de la palabra para responder y para edificar Jerusalén, que tiene su principio en el vigésimo año de Artajerjes, rey de los persas. Pues Nehemías, su copero (Nehemías I), como leemos en el libro de Esdras, pidió al rey y recibió respuesta para que se edificara Jerusalén. Y esta fue la palabra que dio licencia para construir la ciudad y rodearla de muros: que hasta ese tiempo estaba expuesta a los ataques de las naciones vecinas. En efecto, en el imperio del rey Ciro, quien dio poder a los que querían regresar a Jerusalén, el Sumo Sacerdote Jesús y Zorobabel, y después Esdras el Sacerdote, y los demás que quisieron partir con ellos, intentaron edificar el Templo y la ciudad, y sus muros, siendo impedidos por las naciones circundantes para que no se completara la obra, como si el rey no lo hubiera ordenado. Así que la obra permaneció incompleta hasta Nehemías y el vigésimo año del rey Artajerjes: [Por lo tanto, el cautiverio antes del reino de los persas duró 70 años.] en cuyo tiempo del reino de los persas, habían transcurrido ciento quince años, y del cautiverio de Jerusalén, era el año ciento ochenta y cinco: entonces por primera vez Artajerjes ordenó construir los muros de Jerusalén: a cuya obra presidió Nehemías, y se edificó la plaza, y los muros fueron rodeados: y desde ese tiempo si deseas contar las setenta semanas de años hasta Cristo podrás encontrarlo. Pero si queremos tomar el principio de estas desde otro tiempo, los tiempos no coincidirán, y encontraremos muchas contradicciones. Pues si desde Ciro, y su primera indulgencia, que liberó el cautiverio de los judíos, se cuentan setenta semanas, encontraremos más de cien años que exceden el número establecido de setenta semanas: y mucho más si desde el día en que el ángel habló a Daniel: se añade un número mayor, si deseas tener el principio de las semanas desde el inicio del cautiverio. Pues el reino de los persas permaneció hasta el inicio de los macedonios, doscientos treinta años: y los mismos macedonios reinaron trescientos años: y desde entonces hasta el año (ἑκκαίδεκατον) decimoquinto de Tiberio César, cuando Cristo sufrió, se cuentan sesenta años, que juntos hacen quinientos noventa años, de modo que sobran cien años. Desde el vigésimo año del rey Artajerjes hasta Cristo, se completan setenta semanas, según el cómputo lunar de los hebreos, que cuentan los meses no según el curso del sol, sino según el de la luna. Pues desde el año ciento quince del reino de los persas, cuando Artajerjes, rey de ese imperio, tenía el vigésimo año de su reinado, y era el cuarto año de la octogésima tercera Olimpiada, hasta la ducentésima [Al. centésima] segunda Olimpiada, y el segundo año de esa misma Olimpiada, y el decimoquinto año de Tiberio César, se reúnen cuatrocientos setenta y cinco años, que hacen años hebreos cuatrocientos noventa, según los meses lunares (como dijimos). Que según su cómputo pueden hacer por cada mes veintinueve días [Al. veintiocho], y medio: de modo que el círculo del sol por cuatrocientos noventa años tiene más días trescientos sesenta y cinco, y una cuarta parte del día: y por doce meses de cada año se encuentra más once días y una cuarta parte del día. Por lo cual los griegos y judíos, cada ocho años hacen intercalaciones de tres meses. 684 Si deseas calcular ocho veces once, y una cuarta parte, harás noventa días, es decir, tres meses, y en cuatrocientos setenta [Al. cuarenta] y cinco años se encontrarán cincuenta y nueve años de ocho, y tres meses: que juntos hacen más o menos quince años: que si deseas añadir a cuatrocientos setenta y cinco años, harás setenta semanas de años, es decir, juntos cuatrocientos noventa años.» Esto es lo que Africano ha dicho con las mismas palabras que hemos expresado. Pasemos a Eusebio de Cesarea, quien en el octavo libro de la demostración evangélica sospecha algo así: «No me parece que la división de las setenta semanas se haya hecho en vano: para que primero se dijera siete, luego sesenta y dos, y al final se añadiera una semana, que también está dividida en dos partes. Pues está escrito: Sabrás y entenderás desde la salida de la palabra para responder y edificar Jerusalén hasta el

Mesías Príncipe, siete semanas, y sesenta y dos semanas. Y después de otras cosas que narró en medio, pone al final: confirmará el pacto con muchos por una semana. Esto no es en vano y sin inspiración de Dios que el ángel haya respondido. Esta observación parece requerir una razón cauta y diligente, para que el lector preste atención cuidadosamente, e investigue la causa de la división [Al. visión]. Pero si es necesario que digamos lo que sentimos, según otra exposición, que está presente en la lectura, en lo que el ángel dice: Desde la salida de la palabra para responder y edificar Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, no creemos que sean otros que los príncipes, que después de esta profecía, y el regreso de Babilonia, estuvieron al frente del pueblo judío, es decir, los sumos sacerdotes, y pontífices que la Escritura llama Cristos, porque fueron ungidos: cuyo príncipe fue Jesús hijo de Josadac, el gran sacerdote: y los que fueron hasta la venida del Señor Salvador. Y esto es lo que significa la profecía, diciendo: Desde la salida de la palabra para responder y edificar Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, siete semanas, y sesenta y dos semanas, 685 es decir, que siete semanas, y después sesenta y dos, que hacen cuatrocientos ochenta y tres años desde Ciro se cuentan. Y para que no parezca que llevamos una opinión atrevida, y no probamos lo que decimos, contemos a los que después de Jesús hijo de Josadac hasta la venida del Señor estuvieron al frente del pueblo como Cristos, es decir, ungidos en el pontificado. El primero, pues, como ya dijimos antes, después de la profecía de Daniel, que se hizo bajo el rey Ciro, después de que el pueblo regresó de Babilonia, fue Jesús hijo de Josadac, el gran sacerdote, y Zorobabel hijo de Salatiel, quienes pusieron los cimientos del templo: y con la obra impedida por los samaritanos, y otras naciones circundantes, se completaron los años de siete semanas, es decir, cuarenta y nueve, en los cuales la obra del templo fue imperfecta: y que la profecía separa de las otras sesenta y dos semanas. De hecho, los judíos en el Evangelio hablan al Señor desde esta opinión [Al. opinión]: Cuarenta y seis años se edificó este templo, y tú en tres días lo levantarás (Juan II, 20)? Pues esos son los años desde el primer año del rey Ciro, quien dio libertad a los judíos que querían regresar a su patria, hasta el sexto año del rey Darío, bajo quien se completó toda la obra del templo. Además, Josefo, y otros tres años añadió, en los cuales los recintos del templo, y algunas otras cosas que quedaron fueron completadas: que añadidos a los cuarenta y seis años, hacen cuarenta y nueve años, es decir, siete semanas de años. Las otras sesenta y dos semanas las cuentan desde el séptimo año del mismo Darío. En cuyo tiempo Jesús hijo de Josadac, y Zorobabel ya de mayor edad estaban al frente del pueblo: bajo quienes profetizaron Hageo, y Zacarías: después de los cuales Esdras y Nehemías viniendo de Babilonia, construyeron los muros de la ciudad, teniendo el pontificado Joaquín, hijo de Jesús, llamado Josadac: después de quien sucedió en el sacerdocio Eliasib, y luego Joiada, y después Juan: después de quien Jadúa, en cuya época Alejandro, rey de los macedonios, fundó Alejandría, 686 como Josefo habla en los libros de Antigüedades: y vino a Jerusalén, e inmoló víctimas en el templo. Pero muerto Alejandro, en la centésima tercera Olimpiada, en el año doscientos treinta y seis del reino de los persas: que comenzó en el primer año de la quincuagésima quinta Olimpiada: en cuyo tiempo Ciro, rey de los persas, venció a los babilonios y caldeos, y después de la muerte del sacerdote Jadúa, quien estuvo al frente del templo bajo Alejandro, asumió el pontificado Onías: en cuyo tiempo Seleuco, habiendo subyugado Babilonia, se puso la diadema de toda Siria y Asia en su cabeza, en el duodécimo año de la muerte de Alejandro. En cuyo tiempo se cuentan todos los años desde el imperio de Ciro, doscientos cuarenta y ocho. Desde esa época la Escritura de los Macabeos enumera el reino de los griegos. Después de Onías estuvo al frente de los judíos el pontífice Eleazar. En cuyo tiempo se dice que los Setenta Traductores tradujeron las Escrituras sagradas en Alejandría al griego: después de quien otro Onías, a quien sucedió Simón, bajo cuyo gobierno del pueblo, Jesús hijo de Sirac escribió el libro que en griego se llama panaretos, y que muchos falsamente atribuyen a Salomón. A quien sucedió en el pontificado otro Onías, en cuyo tiempo Antíoco obligaba a los judíos a sacrificar a los dioses

de las naciones. Muerto este, Judas Macabeo purificó el templo, y destruyó las imágenes de los ídolos. A quien sucedió su hermano Jonatán: y después de él gobernó el pueblo Simón, hermano de ambos, en cuya muerte se completó el año doscientos setenta y siete del reino de Siria: y hasta este tiempo, el primer libro de los Macabeos contiene la historia. Y se cuentan desde el primer año del rey Ciro de los persas, hasta el final del primer volumen de los Macabeos, y la muerte del pontífice Simón, cuatrocientos veinticinco años. Después de quien Juan tuvo el Pontificado, veintinueve años: muerto este, Aristóbulo, un año estuvo al frente del pueblo: quien primero regresó de Babilonia, asumió la diadema, insignia del poder real con el honor del pontificado. Su sucesor fue Alejandro, rey 687 igualmente, y pontífice, quien gobernó el pueblo veintisiete años: y hasta aquí, desde el primer año del rey Ciro, y el regreso de los cautivos, que quisieron venir a Judea, se cuentan cuatrocientos ochenta y tres años: que siete, y sesenta y dos semanas, es decir, sesenta y nueve juntas hacen. Y en todo este tiempo los pontífices gobernaron al pueblo de los judíos, a quienes ahora creo que se les llama Cristos príncipes. Pero muerto el último de ellos Alejandro, aquí y allá en varias partes sin ningún líder, la nación de los judíos fue atormentada por sediciones, tanto que Alejandra, que también se llamaba Salina, esposa del mismo Alejandro, obtuvo el poder, y reservó el pontificado a su hijo Hircano: pero entregó el reino a Aristóbulo, su otro hijo, que lo obtuvo diez años. Pero luchando entre sí con sedición interna los hermanos, y arrastrando a la nación de los judíos a diferentes facciones, llegó Cneo Pompeyo, líder del ejército romano, y habiendo capturado Jerusalén, entró hasta el santuario del templo, que se llamaba santo de los santos: y envió a Aristóbulo, vencido [Al. vencido], a Roma para su triunfo, y entregó el pontificado a Hircano, su hermano. Entonces por primera vez la nación de los judíos se hizo tributaria de los romanos. Después de quien Herodes, hijo de Antípatro, habiendo matado a Hircano, recibió el reino de los judíos por decreto del senado, y fue el primer extranjero que gobernó a los judíos. Quien tampoco entregaba el pontificado según la ley de Moisés, a los hijos de los padres muertos, sino a extraños, y ni siquiera a ellos por mucho tiempo, sino por gracia y precio, despreciando los mandatos de la ley divina.» Eusebio también presenta otra explicación, que si quisiéramos traducir al latín, extenderíamos la magnitud del libro. Esta es, pues, la opinión de su interpretación: Desde el sexto año de Darío, quien después de Ciro, y Cambises su hijo, reinó en Persia, cuando las obras del templo fueron completadas, hasta Herodes, y César Augusto, cuenta siete semanas y sesenta y dos, que hacen cuatrocientos ochenta y tres años: cuando Cristo, es decir, Hircano, el último pontífice del linaje de los Macabeos, fue asesinado por Herodes, y cesó según la ley de Dios la sucesión de los pontífices. También la ciudad y el mismo santuario bajo un líder romano, el ejército romano devastó, o el mismo Herodes, quien a través de los romanos tomó indebidamente el poder sobre los judíos. Y lo que añade: Confirmará el pacto con muchos por una semana. Una, y a la mitad de la semana cesará el sacrificio y la ofrenda, lo interpreta así, que también reinando Herodes en Judea, y Augusto en Roma, nació Cristo, quien por tres años, y seis meses según el evangelista Juan predicó el Evangelio, y confirmó el culto del verdadero Dios a muchos: sin duda con los apóstoles, y los creyentes, cuando después de la pasión del Señor en la mitad de la semana cesó el sacrificio y la ofrenda. Pues lo que se hizo después en el templo, no fue sacrificio de Dios, sino culto del diablo, clamando todos en común: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mateo.

XXVII, 25). Y: No tenemos rey, sino a César. El lector diligente podrá encontrar este pasaje más ampliamente explicado en la Crónica del mismo Eusebio, que traducimos al latín hace muchos años. Pero que desde la perfección del templo hasta el décimo año del emperador Augusto, cuando, tras la muerte de Hircano, Herodes obtuvo Judea, se cuentan sesenta y dos semanas, es decir, cuatrocientos ochenta y tres años, podemos probarlo así: en el primer año

de la sexagésima sexta [léase en ambos casos séptima] Olimpiada, es decir, en el sexto de Darío, se completó la edificación del templo, y en el tercer año de la centésima octogésima sexta Olimpiada, es decir, en el décimo de Augusto, Herodes tomó el poder sobre los judíos: lo que hace cuatrocientos ochenta y tres años, calculando cada Olimpiada en un cuatrienio. Eusebio también menciona otra opinión, que en parte no desapruuebo: que muchos extienden una semana de años a setenta años, calculando cada año de la semana en una década. Y quieren que desde la pasión del Señor hasta el imperio de Nerón, haya treinta y cinco años; cuando por primera vez se levantaron las armas romanas contra los judíos, y que esta sea la mitad de la semana de setenta años. Después, desde Vespasiano y Tito, y luego cuando Jerusalén y el templo fueron incendiados, hasta Trajano, hay otros treinta y cinco años, y esta es la semana de la que el ángel habla a Daniel: Confirmará el pacto con muchos en una semana. Porque el Evangelio fue predicado en todo el mundo por los apóstoles, quienes perseveraron hasta ese tiempo, según las historias eclesiásticas, Juan el evangelista vivió hasta los tiempos de Trajano. Pero no sé cómo podemos aceptar las semanas anteriores, siete y sesenta y dos, por siete años cada una, y esta una por diez, es decir, en setenta años. Esto dice Eusebio. Hipólito, sin embargo, opinó sobre estas mismas semanas de esta manera: cuenta siete semanas antes del regreso del pueblo, y sesenta y dos después del regreso, hasta el nacimiento de Cristo; cuyos tiempos no coinciden en absoluto. De hecho, se cuentan doscientos treinta años del reino de los persas, y trescientos de los macedonios, y después de ellos hasta el nacimiento del Señor, treinta años, es decir, desde el inicio del rey Ciro de Persia hasta la venida del Salvador, quinientos sesenta años. También coloca la última semana en la consumación del mundo, que divide en los tiempos de Elías y del anticristo, para que en tres años y medio de la última semana, se confirme el conocimiento de Dios. De la cual se ha dicho: Confirmará el pacto con muchos en una semana (Dan. IX, 27): Y en otros tres años bajo el anticristo cesará la ofrenda y el sacrificio. Pero cuando venga Cristo, y mate al impío con el espíritu de su boca, hasta la consumación y el fin, la desolación perseverará. Apolinar de Laodicea, liberándose de toda cuestión de tiempos pasados, extiende sus deseos hacia el futuro, y peligrosamente emite un juicio sobre lo incierto. Si acaso aquellos que vivan después de nosotros no ven cumplido en el tiempo establecido, se verán obligados a buscar otra solución, y a acusar al maestro de error. Dice, pues, para interpretar palabra por palabra, para que no parezca que hago calumnia al que no habla: En cuatrocientos noventa años deben ser reprimidos los pecados, y todos los vicios que surgen de los pecados: después de los cuales vendrán los bienes, y el mundo será reconciliado con Dios en la venida de Cristo su Hijo. Desde la salida del Verbo, cuando Cristo fue engendrado de la Virgen María, hasta el año cuarenta y nueve, es decir, el fin de las siete semanas, se esperaba el arrepentimiento de Israel. Después, desde el octavo año de Claudio César, se tomaron las armas romanas contra los judíos. Pues en el trigésimo año de su vida, según el evangelista Lucas, el Señor comenzó a predicar el Evangelio en la carne (Luc. I), y según Juan el evangelista (Juan II, y XI), después cumplió dos años en tres pascuas, y desde entonces se cuentan seis años de Tiberio, y cuatro de C. César, apodado Calígula, y ocho de Claudio, es decir, en total cuarenta y nueve años, que hacen siete semanas de años. Pero cuando hayan transcurrido cuatrocientos treinta y cuatro años después de esto, es decir, sesenta y dos semanas, entonces desde Elías, que vendrá según la palabra del Señor Salvador (Luc. I), para restaurar el corazón de los padres a los hijos, en la última semana se edificará Jerusalén y el templo, durante tres años y medio: y vendrá el Anticristo, y según el apóstol, se sentará en el templo de Dios (II Tes. II), y será muerto por el espíritu del Señor Salvador, después de que haya luchado contra los santos: y así será, que la media semana confirmará el testamento de Dios con los santos, y nuevamente la media anunciará la cesación de las víctimas bajo el Anticristo, quien pondrá la abominación de la desolación, es decir, el ídolo y la estatua de su propio Dios en el templo, y habrá extrema devastación, y condenación del pueblo judío, que

despreciando la verdad de Cristo, aceptaron la mentira del Anticristo. Afirma también Apolinar que toma esta conjetura de los tiempos, porque Africano, escritor de tiempos, cuya exposición puse arriba, testifica que la última semana será al final del mundo: y que no puede ser que se dividan las edades unidas; sino que todos los tiempos deben ser unidos según la profecía de Daniel. Clemente, hombre muy erudito, presbítero de la Iglesia de Alejandría, despreciando el número de años, dice que desde el rey Ciro de Persia hasta Vespasiano y Tito, emperadores romanos, se completan las semanas de setenta años, es decir, cuatrocientos noventa años, añadiendo en ese número dos mil trescientos días, de los cuales hablamos antes: y trata de enumerar en estas semanas los tiempos de los persas, macedonios y césares, aunque según el cálculo más diligente, desde el primer año del rey Ciro de Persia y de los medos, en el que también reinó Darío, hasta Vespasiano y la destrucción del templo, se cuentan seiscientos treinta años. Orígenes, habiendo tratado este mismo capítulo, nos exhortó a buscar lo que no entendemos, y porque no tenía lugar la alegoría, en la que hay libre discusión, concluyó brevemente en el décimo volumen de los Stromata: «Deben buscarse con más diligencia los tiempos desde el primer año de Darío, hijo de Asuero, hasta la venida de Cristo, cuántos años son, y qué se dice que ocurrió en ellos, y ver si podemos adaptarlos a la venida del Señor». Podremos saber lo que dijo Tertuliano de ese libro que escribió contra los judíos, cuyas palabras deben ser brevemente expuestas: «¿De dónde, pues, mostraremos que Cristo vino dentro de las sesenta y dos semanas? Contemos desde el primer año de Darío, ya que en ese tiempo se muestra la visión a Daniel. Pues le dice: Entiende, y considera que desde la profecía de la palabra te respondo estas cosas. Por lo tanto, debemos contar desde el primer año de Darío, cuando Daniel vio esta visión. Veamos, pues, cómo se cumplen los años hasta la venida de Cristo. Darío reinó diecinueve años; Artajerjes cuarenta años; Oco, que también es Ciro, veinticuatro años; Argus un año. Otro Darío, que también fue llamado Melas, veintiún años. Alejandro Magno doce años. Luego, después de Alejandro (que también había reinado sobre los medos y persas, a quienes había vencido, y había establecido su reino en Alejandría, cuando también la llamó con su nombre) reinó allí en Alejandría Soter treinta y cinco años: a quien sucedió Filadelfo, reinando treinta y ocho años. Después de este, Evergetes reinó veinticinco años: luego Filopator diecisiete años, y después de este Epífanés veinticuatro años. Otro Evergetes veintinueve años. Soter treinta y ocho años. Ptolomeo treinta y siete años. Cleopatra veinte años y cinco meses. Cleopatra también co-reinó con Augusto trece años. Después de Cleopatra, Augusto reinó otros cuarenta y tres años. Pues todos los años del imperio de Augusto fueron en total cincuenta y seis. Veamos, pues, que en el año cuarenta y uno del imperio de Augusto, que reinó después de la muerte de Cleopatra, nace Cristo, y el mismo Augusto sobrevivió, desde que nació Cristo, quince años. Y serán los tiempos restantes de años hasta el día del nacimiento de Cristo, en el año cuarenta y uno de Augusto, después de la muerte de Cleopatra, cuatrocientos treinta y siete años, cinco meses. Por lo tanto, se cumplen sesenta y dos semanas y media, que hacen cuatrocientos treinta y siete años, seis meses hasta el día del nacimiento de Cristo. Y se manifestó la justicia eterna, y fue ungido el santo de los santos, es decir, Cristo, y se selló la visión y la profecía, y se perdonaron los pecados, que se otorgan a todos los que creen en él por la fe en el nombre de Cristo. ¿Qué significa que dice, sellar la visión y la profecía? Porque todos los profetas anunciaban de él que vendría, y que habría de sufrir. Por lo tanto, porque la profecía se cumplió con su venida, por eso decía sellar la visión y la profecía, porque él es el sello de todos los profetas, cumpliendo todo lo que los profetas anunciaban de él. Pues después de su venida y pasión [de Cristo], ya no hay visión, ni profecía [ni profeta] que anuncie que Cristo ha de venir. Y poco después: Veamos, dice, qué otras siete y media semanas que están subdivididas en la interrupción de las semanas anteriores, en qué acto se han cumplido. Pues después de Augusto, que sobrevivió quince años después del nacimiento de Cristo. A quien sucedió Tiberio César, y tuvo el imperio veintidós años, siete meses, veintiocho días. En el

decimoquinto año de su imperio, Cristo sufre, teniendo casi treinta y tres años cuando sufrió. También Cayo César, que es Calígula, tres años, ocho meses, trece días. Nerón nueve años, nueve meses, trece días. Galba siete meses, veintiocho días. Otón tres meses, cinco días. Vitelio ocho meses, veintiocho días. Vespasiano en el primer año de su imperio derrotó a los judíos, y son en total cincuenta y dos años, seis meses. Pues reinó once años, y así en el día de su conquista, los judíos cumplieron las setenta semanas predichas por Daniel».

Brevemente expondré lo que los hebreos piensan de este pasaje, dejando la fe de lo dicho a aquellos por quienes fue dicho. Digamos, pues, parafrásticamente, para que el sentido sea más claro. Oh Daniel, sabe que desde este día en que ahora te hablo (era el primer año de Darío, quien mató a Belsasar, y trasladó el reino de los caldeos a los persas y medos) hasta la septuagésima semana de años, es decir, cuatrocientos noventa años, estas cosas sucederán a tu pueblo en partes. Primero, Dios se propiciará contigo, a quien ahora suplicas intensamente, y el pecado será borrado, y la transgresión llegará a su fin. Pues ahora, con la ciudad desierta y el templo destruido hasta los cimientos, el pueblo está en luto: pero no mucho tiempo después será restaurado. Y no solo esto sucederá en estas setenta semanas para que se edifique la ciudad y se restaure el templo, sino que nacerá Cristo, es decir, la justicia eterna. Y se sellará la visión y la profecía, para que no se encuentre profeta en Israel, y será ungido el santo de los santos. De quien leemos en el Salterio: Por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría sobre tus compañeros (Sal. XLIV, 8). Quien también en otro lugar dice de sí mismo: Sed santos, porque yo soy santo (Lev. XIX, 2). Sabe, pues, que desde este día en que te hablo esto, y prometo por la palabra de Dios que el pueblo regresará, y Jerusalén será restaurada, hasta Cristo el príncipe, y la desolación perpetua del templo, se contarán sesenta y dos semanas, así como otras siete semanas, en las cuales según su orden se harán dos cosas, de las cuales ya he dicho antes, que el pueblo regresará, y se edificará la plaza por Nehemías y Esdras. Al final, pues, de las semanas se cumplirá la sentencia de Dios en la angustia de los tiempos, cuando nuevamente el templo será destruido, y la ciudad será tomada. Pues después de sesenta y dos semanas, Cristo será muerto, y no será su pueblo el que lo negará, o como ellos dicen, no será su imperio, que pensaban retener. ¿Y qué digo de Cristo siendo muerto, y el pueblo completamente abandonado por la ayuda de Dios, cuando el pueblo romano, con el líder venidero Vespasiano, destruirá la ciudad y el santuario? Al morir este, después de siete semanas, es decir, cuarenta y nueve años, Aelio Adriano, y después de que la ciudad de Aelia fue fundada sobre las ruinas de Jerusalén, venció a los judíos rebeldes, con Timo Rufo como maestro del ejército, y entonces cesará la ofrenda y el sacrificio, y hasta la consumación del mundo, y el fin, la desolación perseverará. Ni nos debe mover, dicen, que primero se cuenten siete semanas, y luego sesenta y dos, y nuevamente una, que se divide en dos partes. Pues este es el idioma del discurso hebreo, y del antiguo discurso latino, que antes cuentan el número menor, y luego el mayor. Por ejemplo, no decimos ahora según la propiedad de nuestra lengua: Abraham vivió ciento setenta y cinco años: ellos, por el contrario, dicen: vivió Abraham cinco años, y setenta, y cien. No se cumple, pues, como se lee, sino que al sumar todo junto, así llega a su fin. Tampoco ignoramos que algunos de ellos dicen que una semana, de la cual está escrito: Confirmará el pacto con muchos en una semana: se divide en Vespasiano y en Adriano: que según la historia de Josefo, Vespasiano y Tito hicieron la paz con los judíos durante tres años y seis meses. Tres años y seis meses se cuentan bajo Adriano, cuando Jerusalén fue completamente destruida, y la nación judía fue masacrada en masa; de modo que también fueron expulsados de los límites de Judea. Esto dicen los hebreos, sin preocuparse mucho de que desde el primer año del rey Darío de Persia, hasta la última subversión de Jerusalén, que les ocurrió bajo Adriano, se cuenten ciento setenta y cuatro Olimpiadas, es decir, seiscientos noventa y seis años, que hacen noventa y nueve semanas hebreas, y tres años: cuando Cohebas, líder de los judíos, fue oprimido, y Jerusalén fue arrasada hasta el suelo.

(Cap. X.---Vers. 1.) En el tercer año de Ciro, rey de Persia, fue revelada una palabra a Daniel, llamado Belsasar, y la palabra era verdadera, y de gran fortaleza: y entendió el discurso. Pues la inteligencia es necesaria en la visión. ¿Y cómo al final de la primera leemos la visión: Y Daniel estuvo hasta el primer año del rey Ciro? Entendemos, pues, que estuvo entre los caldeos en su antigua dignidad vestido de púrpura y lino fino, hasta el primer año del rey Ciro, cuando subvirtió a los caldeos, y después comenzó a estar con Darío, hijo de Asuero, de la simiente de los medos, quien reinó sobre el reino de los caldeos. O ciertamente ya muerto Darío, en cuyo primer año conoció los misterios de las setenta semanas; ahora en el tercer año del rey Ciro se narra que vio estas cosas. Y la palabra verdadera, y de gran fortaleza. Ya sea de Dios, que hará estas cosas, o del profeta, que las entenderá.

(Vers. 2.) En aquellos días yo, Daniel, estuve de luto durante tres semanas: no comí pan deseable, ni carne ni vino entraron en mi boca: ni tampoco me unguí con ungüento, hasta que se cumplieron los días de las tres semanas. Con este ejemplo se nos enseña a abstenernos de alimentos más delicados durante el tiempo de ayuno (lo que creo que ahora se llama pan deseable), ni comer carne, ni beber vino: además, no buscar ungüentos. Esta costumbre se mantiene hoy entre los persas e indios, que usan ungüentos en lugar de baños. Une, pues, tres semanas afligiendo su alma: para que la súplica no parezca transitoria y fortuita. Según la anagogía, esto debe decirse que quien está de luto, y llora la ausencia del esposo, no come el pan deseable, que desciende del cielo; ni toma alimento sólido, que se entiende en la carne, ni bebe el vino, que alegra el corazón del hombre, ni alegra su rostro con aceite, según lo que leemos en los salmos: Para alegrar el rostro con aceite (Sal. CIII, 15). Con este ayuno, la esposa hace que las lágrimas sean efectivas, cuando el esposo le ha sido quitado. También Daniel se atreve a suplicar al Señor, porque ya en parte en el primer año del rey Ciro, la cautividad de los judíos había sido liberada.

(Vers. 4.) El día veinticuatro del primer mes, estaba junto al gran río que es el Tigris. Y Ezequiel vio una gran visión junto al río Quebar (Ezeq. I). Y al Señor Salvador, y a Juan el Bautista, se les abrieron los cielos sobre las aguas del Jordán (Mat. III). Por lo tanto, que callen sus delirios, quienes buscando sombras e imágenes en la verdad, intentan subvertir la misma verdad, pensando que los ríos, los árboles y el paraíso deben ser socavados por las leyes de la alegoría.

(Vers. 5.) Y alcé mis ojos, y vi. Se necesita elevación de los ojos, para que podamos ver la visión mística.

Y he aquí un hombre vestido de lino. En lugar de lino, lo que Aquila interpretó, Teodocio puso BADDIM, los Setenta, byssina, Símaco ἐξάιρετα, es decir, excelentes. En lugar de lo que nosotros, según el hebreo, traducimos: he aquí un hombre, Símaco puso, como un hombre: pues no era un hombre, sino que tenía la semejanza de un hombre.

Y sus lomos ceñidos con oro de Ofir. En hebreo se lee OPHAZ, que Aquila interpretó así: Y sus lomos estaban ceñidos con color ὀφάζ.

(Vers. 6.) Y su cuerpo era como el crisólito. En lugar de crisólito, que es una de las doce piedras que se colocan en el Logio del Sumo Sacerdote, en hebreo tiene THARSIS, que Teodocio y Símaco interpretaron con la misma palabra: los Setenta lo llamaron mar, según lo que leemos en el salmo: Con viento violento romperás las naves de Tarsis (Sal. XLVII, 8), es decir, del mar. Y Jonás deseaba huir no a Tarsis, ciudad de Cilicia, como muchos piensan,

tomando la letra por la letra, o la región de la India, como piensa Josefo: sino absolutamente al mar (Jon. I).

(Vers. 7.) Pero yo, Daniel, vi solo la visión: los hombres que estaban conmigo no la vieron: pero cayó sobre ellos un gran terror, y huyeron a esconderse. Y el apóstol Pablo sufrió algo similar en los Hechos de los Apóstoles, que, mientras los demás no veían, él solo vio la visión (Hechos XXII).

(Vers. 10.) Y he aquí que una mano me tocó y me levantó sobre mis rodillas, etc. En la figura de un hombre se aparece el ángel, y extiende su mano humana hacia el profeta que yace, para que al ver un cuerpo de su misma especie no se asuste.

(Vers. 11.) Y me dijo: Daniel, hombre de deseos, etc. Apropiadamente se le llama hombre de deseos, quien con insistencia en la oración y aflicción del cuerpo, y la dureza de los ayunos, desea conocer lo que vendrá y los secretos de Dios. Symmachus ha interpretado como hombre deseable al hombre de deseos. Pues todo santo que tiene en sí la belleza del alma es amado por el Señor.

(Vers. 12.) Y me dijo: No temas, Daniel, porque desde el primer día en que pusiste tu corazón para entender, para afligirte en la presencia de tu Dios, tus palabras fueron escuchadas, y yo he salido a causa de tus palabras. El día veinticuatro del primer mes, es decir, Nisán, después de tres semanas, es decir, veintiún días, ve esta visión: y escucha del ángel que desde el primer día en que comenzó a orar y a afligirse en la presencia de Dios, sus palabras fueron escuchadas. Se pregunta, si fue escuchado de inmediato, ¿por qué no fue enviado el ángel de inmediato? Se le dio la oportunidad de suplicar más a Dios a través de la demora, para que, al desear más, mereciera escuchar más a través del esfuerzo. Lo que dice: Y yo he entrado a causa de tus palabras, tiene este sentido: Después de que comenzaste con buenas obras, lágrimas y ayuno a invocar la misericordia de Dios, yo también tuve la oportunidad de entrar en la presencia de Dios y orar por ti.

(Vers. 13.) Pero el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días. Me parece que aquí se trata del ángel al que se le confió Persia, según lo que leemos en el Deuteronomio: Cuando el Altísimo dividió las naciones y dispersó a los hijos de Adán, estableció los límites de las naciones según el número de los ángeles de Dios (Deut. XXXII, 8). Estos son los príncipes de los que también habla el apóstol Pablo: Hablamos sabiduría entre los perfectos, que ninguno de los príncipes de este siglo conoció. Porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 6). Pero el príncipe, es decir, el ángel de los persas, se opuso, actuando por la provincia que se le confió, para que no se liberara a todo el pueblo de los cautivos. Y tal vez, aunque el profeta fue escuchado desde el primer día en que puso su corazón para entender, el ángel no fue enviado de inmediato para anunciarle el perdón de Dios, porque durante veintiún días el príncipe de Persia se le opuso, enumerando los pecados del pueblo judío, que justamente estaban cautivos y no debían ser liberados.

Y he aquí que Miguel, uno de los primeros príncipes, vino en mi ayuda. Resistiendo el ángel de los persas a tus oraciones y a mi misión, que ofrecía tus oraciones a Dios, vino en mi ayuda el ángel Miguel, que está al frente del pueblo de Israel. Entendemos por primeros príncipes a los arcángeles.

Y yo me quedé allí junto al rey de Persia. Llama rey de Persia al ángel, es decir, al príncipe, y muestra que se quedó un poco junto a Miguel, quien hablaba contra el príncipe de Persia.

(Vers. 14.) Pero he venido para enseñarte lo que sucederá a tu pueblo en los últimos días. Lo que Daniel suplicó, esto merece escuchar de Dios, lo que sucederá al pueblo de Israel no en un tiempo cercano, sino en los últimos días, es decir, en la consumación del siglo.

(Vers. 16.) Señor mío, en tu visión se disolvieron mis entrañas, etc. Así lo interpretó Teodocio, según lo que leemos en el salmo ciento dos: Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi interior, su santo nombre. Pues antes de que merezcamos ver la visión de Dios, nuestro interior mira hacia afuera; pero cuando hemos visto la visión de Dios, nuestro interior se vuelve hacia nosotros, estamos completamente en ellos, de los cuales también se escribe en otro salmo: Toda la gloria de la hija del rey es interior, en bordados de oro (Sal. XLIV, 41).

(Vers. 19.) Y mientras hablaba conmigo, recobré fuerzas y dije: Habla, Señor mío, porque me has fortalecido. Y dijo. Pues si no lo hubiera fortalecido el toque como de hijo de hombre, y el temor no hubiera desaparecido de su corazón, no podría escuchar los sacramentos de Dios, y por eso ahora dice: Porque me has fortalecido, habla, Señor. Tú has hecho que pueda escuchar y entender lo que hablas.

(Vers. 20.) ¿Sabes por qué he venido a ti? y ahora volveré para luchar contra el príncipe de Persia. Lo que dice es esto: Vine para enseñarte que tus oraciones han sido escuchadas, pero volveré de nuevo para luchar contra el príncipe de Persia en la presencia de Dios, quien no quiere que tu pueblo sea liberado del cautiverio.

Porque cuando salía, apareció el príncipe de los griegos entrando. Yo, dice, salía de la presencia de Dios para anunciarte lo que sucederá a tu pueblo en los últimos días: aunque aún no estoy seguro, estando el príncipe de Persia, y contradiciendo tus oraciones y mi misión. Y he aquí que el príncipe de los griegos, es decir, de los macedonios, venía, y entró en la presencia de Dios para acusar al príncipe de los persas y de los medos: para que en su lugar, el reino de los macedonios sucediera. Y en verdad, los sacramentos de Dios son maravillosos; pues liberado el pueblo judío del cautiverio, el reino de los persas y de los medos, con Darío muerto, fue subvertido por Alejandro, rey de los macedonios, y el príncipe de los griegos venció al príncipe de los persas.

Sin embargo, te anunciaré lo que está escrito en la escritura de la verdad. Este es el orden de la lectura: Aún la cosa está en duda. Pues tú suplicando al Señor, y yo ofreciendo tus oraciones, está enfrente el príncipe de Persia, y no quiere que tu pueblo sea liberado del cautiverio. Pero yo, porque ha venido el príncipe de los griegos, y mientras tanto lucha contra el príncipe de Persia, teniendo allí a Miguel como ayuda, mientras ellos luchan entre sí, te referiré lo que Dios me ha predicho que sucederá, y me ha ordenado que te lo narre. Que a nadie le surja la duda de por qué por el príncipe de Macedonia, dijo el príncipe de los griegos, esto es, Ἑλλήνων. Pues Alejandro, rey de los macedonios, primero subyugó Grecia y la sometió a su poder, y luego tomó las armas contra los persas.

Y no hay nadie que me ayude en todo esto, excepto Miguel, vuestro príncipe. Yo soy, dice, el ángel que ofrece a Dios tus oraciones, y no hay otro que sea mi ayudante para rogar a Dios por vosotros, excepto Miguel el arcángel, a quien se le ha confiado el pueblo de los judíos. Y mientras tanto, en este tiempo, yo y el príncipe de los griegos luchamos juntos contra el príncipe de Persia. Deben revisarse las antiguas historias, y considerar si tal vez significa el tiempo cuando los persas fueron vencidos por los griegos. Según la edición Vulgata, hasta el

final del libro se considera una sola visión, que apareció a Daniel en el tercer año de Ciro, rey de Persia. Pero según la verdad hebrea, lo que sigue está separado y escrito en un orden diferente. De cuyas causas hemos hablado antes: Pues no bajo el tercer año de Ciro, sino bajo el primero de Darío, quien subvirtió a Belsasar, se narran estas cosas que están escritas.

(Cap. XI.---Vers. 1.) Pero yo, desde el primer año de Darío el medo, estaba firme para que se fortaleciera y se robusteciera. Yo, dice Daniel, desde el primer año del rey Darío, quien subvirtió a los caldeos, y me liberó de la mano de los enemigos, en cuanto a él se refiere (incluso sellando con su anillo el foso de los leones para que mis adversarios no me mataran), estaba en la presencia de Dios, y rogaba su clemencia por aquel que me amaba, para que se fortaleciera, ya sea él o su reino, y se robusteciera. Y mientras persistía en la oración, conocí estas cosas, respondiendo el Señor. Es costumbre de los profetas introducir de repente personas sin ninguna introducción de palabras: como es aquello en el salmo treinta y dos; pues cuando el profeta había rogado al Señor, y había dicho: Tú eres mi refugio en mi tribulación que me rodea; mi exultación, líbrame de los que me rodean, de repente se introduce la persona de Dios respondiendo: Te daré entendimiento, y te instruiré en el camino en que debes andar: fijaré mis ojos sobre ti (Vers. 7, 8). Así que ahora, mientras el profeta narra: Desde el primer año de Darío el medo, estaba y suplicaba para que se fortaleciera y se robusteciera su imperio, Dios de repente respondió:

(Vers. 2.) Y ahora te anunciaré la verdad. Y el sentido es: Porque deseas saber sobre los reyes de Persia lo que sucederá, escucha el orden de las cosas, y escucha lo que preguntas.

Y he aquí que aún tres reyes se levantarán en Persia: y el cuarto se enriquecerá con grandes riquezas sobre todos: y cuando haya crecido en sus riquezas, incitará a todos contra el reino de Grecia. Habla de cuatro reyes que se levantarán en Persia después de Ciro, Cambises hijo de Ciro, y Smerdis el mago que tomó por esposa a Pantaptes, hija de Cambises. Quien, después de ser asesinado por siete magos, y en su lugar Darío asumió el poder, la misma Pantaptes se casó con Darío, y de él engendró a Jerjes, quien fue el rey más poderoso y rico, y llevó un ejército innumerable contra Grecia, y realizó aquellas cosas que narran las historias de los griegos. Pues incendió Atenas bajo el príncipe Calias, y se libró una guerra en ese tiempo en las Termópilas, y en Salamina una batalla naval: cuando Sófocles y Eurípides eran famosos, y Temístocles, huyendo a los persas, murió al beber sangre de toro. Por lo tanto, es en vano que algunos escriban que Darío fue el cuarto rey, quien fue vencido por Alejandro; quien no fue el cuarto, sino el decimocuarto rey de los persas después de Ciro: a quien Alejandro venció y mató en el séptimo año de su reinado. Y es de notar que, habiendo enumerado cuatro reyes de los persas después de Ciro, pasó por alto a nueve y pasó a Alejandro. Pues no fue preocupación del espíritu profético seguir el orden de la historia, sino destacar las cosas notables.

(Vers. 3.) Se levantará un rey fuerte, y dominará con gran poder: y hará lo que le plazca. Y cuando haya estado firme, su reino será quebrantado. Habla claramente del gran Alejandro, rey de los macedonios, quien fue hijo de Filipo: pues este, habiendo vencido a los ilirios y tracios, y conquistada Grecia y subvertidas Tebas, pasó a Asia: y habiendo derrotado a los generales de Darío, tomó la ciudad de Sardes: y después de conquistar la India, y fundada la ciudad de Alejandría, cuando tenía treinta y dos años de edad, y el duodécimo año de su reinado, murió en Babilonia envenenado.

(Vers. 4.) Y su reino será dividido hacia los cuatro vientos del cielo; pero no entre sus descendientes, ni según el poder con que dominó. Después de Alejandro, su reino fue dividido hacia los cuatro vientos del cielo: oriente, occidente, sur y norte. En Egipto, el

primero en reinar fue Ptolomeo, hijo de Lagos, es decir, hacia el sur. En Macedonia, Filipo, también llamado Arideo, hermano de Alejandro, es decir, hacia el oeste. En Siria y Babilonia, y las regiones superiores, Seleuco Nicanor, es decir, hacia el este. En Asia y Ponto y otras provincias en esa región, Antígono, es decir, hacia el norte. Decimos esto según las regiones del mundo. Sin embargo, quien está en Judea tiene a Siria al norte, y a Egipto al sur. Lo que dice: pero no entre sus descendientes, significa que no tuvo hijos: sino que su reino fue desgarrado entre extraños: excepto su hermano Filipo, quien gobernó Macedonia. Ni según el poder con que dominó. Pues el reino dividido en cuatro partes fue más débil: mientras luchaban entre sí, y se agitaban con furia interna.

Porque su reino será desgarrado también entre otros: excepto estos. Además de los cuatro reinos, Macedonia, Asia, Siria y Egipto, también fue desgarrado el reino de los macedonios entre otros reyes más oscuros y menores. Significa a Pérdicas, y Crátero, y Lisímaco. Pues Capadocia, y Armenia, Bitinia, y Heraclea, el Bósforo y otras provincias, al separarse del poder de los macedonios, se constituyeron diversos reyes.

(Vers. 5.) Y se fortalecerá el rey del sur. Indica a Ptolomeo, hijo de Lagos, quien fue el primero en reinar en Egipto, y fue un hombre muy prudente, fuerte y rico, y de tal poder que restauró al rey Pirro de los epirotas, expulsado, en su reino, y obtuvo Chipre y Fenicia: y habiendo vencido a Demetrio, hijo de Antígono, devolvió a Seleuco la parte de su reino que había sido arrebatada por Antígono: también obtuvo Caria, y muchas islas, ciudades y regiones, de las cuales no es el momento de escribir. Por eso, dejando de lado los otros reinos, Macedonia y Asia, solo narra sobre los reyes de Egipto y Siria: porque estando Judea en medio, a veces era gobernada por unos, a veces por otros. Y el propósito de la Sagrada Escritura no es tejer una historia externa sin los judíos, sino aquella que está unida al pueblo de Israel.

Y de sus príncipes prevalecerá sobre él: y dominará con gran dominio. Pues su dominio será grande. Este es Ptolomeo Filadelfo, segundo rey de Egipto, hijo del anterior Ptolomeo: bajo quien se dice que los setenta intérpretes tradujeron la Sagrada Escritura al griego en Alejandría: quien también envió muchos dones a Jerusalén y al templo a Eleazar el sumo sacerdote: cuya biblioteca fue dirigida por Demetrio Falereo, el mismo orador y filósofo entre los griegos: y se dice que fue de tal poder que superó a su padre Ptolomeo. Pues las historias narran que tenía doscientos mil infantes, veinte mil jinetes, dos mil carros, elefantes que primero sacó de Etiopía, cuatrocientos. Naves largas, que ahora llaman liburnas, mil quinientas; otras para transportar víveres para los soldados, mil: también una gran cantidad de oro y plata: de modo que de Egipto recibía cada año catorce mil ochocientos talentos de plata: y artabas de trigo (medida que tiene tres modios y un tercio de modio) quinientas mil.

(Vers. 6.) Y al cabo de años se unirán (o, como Teodocio ha interpretado: Y después de sus años se mezclarán). Y la hija del rey del sur vendrá al rey del norte para hacer amistad: y no obtendrá la fortaleza del brazo, ni permanecerá su descendencia; y será entregada ella, y los que la trajeron, sus jóvenes: quienes la fortalecían en tiempos. Primero reinó en Siria, como hemos dicho, Seleuco, con el sobrenombre de Nicanor. Segundo Antíoco, quien fue llamado Soter. Tercero y también Antíoco, quien fue llamado Θεός, es decir, Dios. Este libró muchas guerras contra Ptolomeo Filadelfo, quien era el segundo en gobernar a los egipcios, y luchó con todas las fuerzas de Babilonia y Oriente. Deseando, pues, Ptolomeo Filadelfo, después de muchos años, terminar la molesta contienda, dio a su hija llamada Berenice como esposa a Antíoco, quien tenía de su anterior esposa llamada Laodice, dos hijos, Seleuco, quien fue llamado Calinico, y otro Antíoco. La llevó hasta Pelusio: y dio innumerables miles de oro y plata en nombre de dote: Por lo cual fue llamado φορνοφόρος, es decir, dotal. Antíoco,

diciendo que Berenice era su consorte en el reino, y Laodice en el lugar de concubina, después de mucho tiempo, superado por el amor, trae de nuevo a Laodice con sus hijos a la corte. Quien, temiendo el ánimo ambiguo de su marido, no fuera a traer de nuevo a Berenice, mató a su marido con veneno a través de sus ministros. Y entregó a Berenice con el hijo que había tenido de Antíoco, a los príncipes de Antioquía, Icadion y Genneo, para que la mataran: y constituyó a su hijo mayor Seleuco Calinico como rey en lugar de su padre. Y esto es lo que ahora se dice: Después de muchos años, Ptolomeo Filadelfo y Antíoco Θεὸς harán amistades: y la hija del rey del sur, es decir, de Ptolomeo, vendrá al rey del norte, es decir, a Antíoco, para unir amistades entre su padre y su marido. Y no podrá, dice, obtener, ni su descendencia permanecer en el reino de Siria; sino que también Berenice, y quienes la trajeron, serán asesinados. También el rey Antíoco, quien la fortalecía, es decir, por quien podía prevalecer, fue asesinado por el veneno de su esposa.

(Vers. 7-9.) Y se levantará de la raíz de sus raíces una plantación: y vendrá con un ejército, e ingresará en la provincia del rey del norte, y abusará de ellos, y prevalecerá. Además, llevará cautivos a Egipto a sus dioses, y sus imágenes, y también los vasos preciosos de oro y plata: él prevalecerá contra el rey del norte. Y entrará en el reino el rey del sur, y volverá a su tierra. Muerta Berenice, y muerto Ptolomeo Filadelfo su padre en Egipto, su hermano, también llamado Ptolomeo, con el sobrenombre de Evergetes, fue el tercero en suceder en el reino, de la plantación y de la raíz de su raíz, porque era su hermano: y vino con un gran ejército, e ingresó en la provincia del rey del norte, es decir, de Seleuco con el sobrenombre de Calinico, quien reinaba en Siria con su madre Laodice, y abusó de ellos, y prevaleció, hasta el punto de que capturó Siria, Cilicia, y las partes superiores más allá del Éufrates, y casi toda Asia. Y cuando escuchó que en Egipto se levantaba una sedición, saqueando el reino de Seleuco, se llevó cuarenta mil talentos de plata, y vasos preciosos y estatuas de dioses, dos mil quinientas: entre las cuales estaban también aquellas que Cambises, habiendo capturado Egipto, había llevado a Persia. Finalmente, el pueblo egipcio, dado a la idolatría, porque después de muchos años había recuperado sus dioses, lo llamó Evergetes. Y él obtuvo Siria; pero entregó Cilicia a su amigo Antíoco para que la gobernara, y a Xantipo, otro líder, las provincias más allá del Éufrates.

(Vers. 10.) Los hijos de él serán provocados: y reunirán una multitud de muchos ejércitos: y vendrá apresuradamente, e inundará, y volverá, y será incitado: y se enfrentará con su fuerza. Después de la huida y muerte de Seleuco Calinico, sus dos hijos, Seleuco apodado Cerauno y Antíoco, llamado el Grande, provocados por la esperanza de victoria y venganza de su padre, reunieron un ejército contra Ptolomeo Filopátor y tomaron las armas. Y cuando Seleuco, el hermano mayor, fue asesinado en el tercer año de su reinado en Frigia por la traición de Nicanor y Apaturio, el ejército que estaba en Siria llamó a su hermano Antíoco, apodado el Grande, desde Babilonia para el reino. Y por eso ahora se dice que los dos hijos fueron provocados y reunieron una multitud de muchos ejércitos. Pero que uno, Antíoco el Grande, vino de Babilonia a Siria, que en ese tiempo estaba bajo el control de Ptolomeo Filopátor, hijo de Evergetes, quien fue el cuarto en reinar en Egipto; y habiendo luchado contra sus generales, o más bien, habiendo obtenido Siria por la traición de Teodoto, que ya estaba en manos de los reyes de Egipto por sucesión, llegó a tal audacia, despreciando la lujuria de Filopátor y las artes mágicas a las que se decía que servía, que intentó llevar la guerra a los egipcios por su propia cuenta.

(Vers. 11, 12.) Y el rey del Sur, provocado, saldrá y luchará contra el rey del Norte: y preparará una multitud inmensa, y la multitud será entregada en su mano. Y capturará la multitud, y su corazón se exaltará: porque derribará a muchos miles: pero no prevalecerá.

Ptolomeo, apodado Filopátor, habiendo perdido Siria por la traición de Teodoto, reunió una gran multitud y se dirigió contra Antíoco el Grande, a quien ahora llama rey del Norte, según la ubicación de Egipto y la provincia de Judea; porque el mismo lugar, dependiendo de la región, está al sur para unos y al norte para otros. Por ejemplo: si hablamos desde Judea, está al norte para los egipcios y al sur para los sirios. Así que, habiendo iniciado la batalla cerca de la ciudad de Rafia, que está en las puertas de Egipto, Antíoco perdió todo su ejército y, huyendo por el desierto, casi fue capturado. Y habiendo cedido Siria, al final la batalla terminó con un tratado y ciertas condiciones. Y esto es lo que la Escritura ahora dice: Derribará a muchos miles, Ptolomeo Filopátor; pero no prevalecerá. Porque no pudo capturar a su adversario. Y lo que sigue.

(Vers. 13, 14.) Y el rey del Norte se volverá, y preparará una multitud mucho mayor que antes, y al final de los tiempos, de los años, vendrá apresuradamente con un gran ejército y riquezas inmensas. Y en esos tiempos, muchos se levantarán contra el rey del Sur. Se refiere a Antíoco el Grande, quien, despreciando la negligencia de Ptolomeo Filopátor, debido a que estaba enamorado de Agatoclea, la tañedora de salterio, y tenía a su hermano, el mismo Agatocles, como concubino, a quien más tarde nombró líder de Egipto, reunió un ejército increíble de las regiones superiores de Babilonia. Y tras la muerte de Ptolomeo Filopátor, se levantó contra su hijo, que entonces tenía cuatro años y se llamaba Ptolomeo Epífanés, rompiendo el tratado. Porque Agatocles fue de tal disolución y soberbia que las provincias antes sometidas a Egipto se rebelaron: y la misma Egipto fue atormentada por sediciones. También Felipe, rey de los macedonios, y Antíoco el Grande, habiendo hecho la paz, lucharon contra Agatocles y Ptolomeo Epífanés, bajo la condición de que cada uno uniera a su reino las ciudades cercanas del reino de Ptolomeo. Y esto es lo que ahora dice, que muchos se levantarán contra el rey del Sur, es decir, Ptolomeo Epífanés, que era de edad infantil.

También se levantarán los hijos de los transgresores de tu pueblo, para cumplir la visión, y caerán. Mientras luchaban entre sí Antíoco el Grande y los generales de Ptolomeo, Judea, situada en medio, se dividía en facciones opuestas: unos favoreciendo a Antíoco, otros a Ptolomeo. Finalmente, el sacerdote Onías, tomando consigo a muchos judíos, huyó a Egipto, y fue recibido honorablemente por Ptolomeo, y recibió la región que se llamaba Heliópolis: y con el consentimiento del rey, construyó un templo en Egipto similar al templo de los judíos, que permaneció hasta el imperio de Vespasiano, doscientos cincuenta años. Pero la misma ciudad que se llamaba Onías, cuando los judíos lucharon después contra los romanos, fue destruida hasta los cimientos: y no queda vestigio alguno de la ciudad ni del templo. Bajo el pretexto del sumo sacerdote Onías, innumerables enjambres de judíos huyeron a Egipto. En ese tiempo también se llenó de multitud de Cireneos. Pues Onías afirmaba que estaba cumpliendo la profecía de Isaías que decía: Habrá un altar del Señor en Egipto, y un monumento al Señor en sus fronteras (Isaías XIX, 19). Y esto es lo que ahora dice: Los hijos de los transgresores de tu pueblo, que abandonaron la ley del Señor, queriendo ofrecer sacrificios a Dios en un lugar distinto al que se les había ordenado, se levantarán en soberbia, y proclamarán que están cumpliendo la visión, es decir, el mandato del Señor. Pero caerán: porque tanto el templo como la ciudad serán destruidos después. Y cuando Antíoco tenía Judea, Escopas el Etolio, general de las fuerzas de Ptolomeo, fue enviado contra Antíoco y luchó valientemente, capturó Judea, y llevándose consigo a los principales partidarios de Ptolomeo, regresó a Egipto.

(Vers. 15, 16.) Y vendrá el rey del Norte, y levantará un terraplén, y capturará ciudades fortificadas, y los brazos del Sur no resistirán: y se levantarán sus elegidos para resistir, y no habrá fuerza. Y hará lo que quiera al venir sobre él, y no habrá quien se le oponga: y estará en

la tierra gloriosa, y será consumido en su mano. Porque Antíoco, queriendo recuperar Judea y muchas ciudades de Siria, derrotó a Escopas, general de Ptolomeo, cerca de las fuentes del Jordán, donde ahora está Paneas, y lo sitió con diez mil soldados en Sidón. Para liberarlo, Ptolomeo envió a los ilustres generales Eropo, Menocles y Damoxeno. Pero no pudieron levantar el sitio: hasta que Escopas, vencido por el hambre, se rindió, y fue liberado desnudo con sus compañeros. Y lo que dice, Levantará un terraplén, significa que asedió durante mucho tiempo la guarnición de Escopas en la fortaleza de Jerusalén, con la ayuda de los judíos, y capturó otras ciudades que antes estaban en manos de los partidarios de Ptolomeo, en Siria, Cilicia y Licia. En ese tiempo fueron capturadas Afrodisias, Solos, Zephyrion, Mallos, Anemurio, Seleno, Coracesio, Corico, Andriace, Limira, Patara, Xanthus, y finalmente Éfeso: de todas las cuales narran tanto la historia griega como la romana. Y lo que añade: Y estará en la tierra gloriosa, y será consumido, o perfeccionado en su mano; la tierra gloriosa, o como lo interpretaron los Setenta, de la voluntad, es decir, que agrada a Dios, significa Judea, y propiamente Jerusalén, donde recibió honorablemente a los que eran partidarios de Escopas. Por tierra gloriosa, que interpretó Aquila, a quien seguimos en este lugar, Teodocio puso la misma palabra hebrea sabin, por la cual Símaco traduce, tierra de fortaleza.

(Vers. 17.) Y pondrá su rostro para venir a tomar todo su reino, y hará recto con él. Y le dará la hija de las mujeres, para destruirlo. Para destruirlo, es decir, a Ptolomeo, o eso, es decir, su reino. Antíoco, queriendo no solo poseer Siria, Cilicia, Licia y otras provincias que habían sido de los partidarios de Ptolomeo, sino también extender su reino a Egipto, prometió a su hija Cleopatra a Ptolomeo a través de Eucles el Rodio en el séptimo año del reinado del joven, y en el decimotercer año se la entregó, dándole como dote toda Celesiria y Judea. Llama a la hija de las mujeres por pleonasma, como en el poema: Así habló con su boca... Y con estos oídos escuché su voz.

(Vers. 18, 19.) Y no permanecerá, ni será de él. Y volverá su rostro hacia las islas, y capturará muchas: y hará cesar al príncipe de su oprobio, y su oprobio se volverá sobre él. Y volverá su rostro hacia el imperio de su tierra, y tropezará, y caerá, y no será hallado. Porque no pudo obtener Egipto: ya que Ptolomeo Epífanes y sus generales, al percibir el engaño, actuaron con más cautela, y Cleopatra favoreció más las partes de su esposo que las de su padre. Por lo cual se dirigió a Asia, y luchando en una batalla naval contra muchas islas, capturó Rodas, Samos, Colofón, Focea y muchas otras islas. Pero se le enfrentó L. Escipión Nasica con su hermano Publio Escipión Africano, quien había vencido a Aníbal. Pues cuando el cónsul Nasica, hermano del Africano, era de ingenio más débil, y el senado no quería confiarle la guerra contra un rey tan poderoso, Africano ofreció una embajada espontánea por la injuria a su hermano. Así que, vencido Antíoco, se le ordenó reinar dentro del Tauro, y de allí huyó a Apamea, Susa y las últimas ciudades de su reino. Y cuando luchaba contra los elimeos, fue destruido con todo su ejército. Y esto es lo que ahora dice la Escritura, que capturó muchas islas: y al vencer el romano, perdió el reino de Asia: y su oprobio se volvió sobre su cabeza: y al final, huyendo de Asia, regresó al imperio de su tierra, y tropezó y cayó, y no se halló su lugar.

(Vers. 20.) Y en su lugar se levantará uno vil, indigno del honor real: y en pocos días será destruido, no con furia, ni en batalla. Se refiere a Seleuco, apodado Filopátor, hijo de Antíoco el Grande, quien no hizo nada digno del imperio de Siria y de su padre, y pereció sin gloria y sin batallas. Porfirio, sin embargo, no quiere que este sea Seleuco, sino Ptolomeo Epífanes, quien intentó insidias contra Seleuco y preparó un ejército contra él, y por eso fue asesinado con veneno por sus generales. Cuando uno le preguntó, ¿dónde tenía dinero para tales empresas? respondió que sus amigos eran su riqueza. Cuando esto se divulgó entre la gente,

los generales temieron que les quitara sus bienes, y por eso lo mataron con artes mágicas. Pero, ¿cómo puede Ptolomeo estar en el lugar de Antíoco el Grande, si no hizo esto en absoluto? especialmente cuando los Setenta interpretaron, y se levantará de su raíz una plantación, es decir, de su descendencia y semilla, golpeando la dignidad del imperio: y en pocos días será destruido sin ira y sin batalla. Los hebreos quieren que se entienda a Trifón, vil e indigno del honor real, quien como tutor del niño usurpó la tiranía.

(Vers. 21 y siguientes.) Y en su lugar se levantará uno despreciado: y no se le dará honor real, y vendrá en secreto, y obtendrá el reino con fraude. Y los brazos del que lucha serán derrotados ante él, y serán destruidos, incluso el príncipe del pacto. Y después de la amistad con él, hará engaño, y ascenderá, y vencerá con un pequeño pueblo. Y entrará en ciudades abundantes y ricas: y hará lo que no hicieron sus padres, ni los padres de sus padres: repartirá botines, despojos y riquezas, y contra las más firmes ideas tomará medidas, y esto hasta el tiempo. Hasta aquí sigue el orden de la historia, y entre Porfirio y los nuestros, no hay disputa. Lo que sigue hasta el final del volumen, él lo interpreta sobre la persona de Antíoco, llamado Epífanés, hermano de Seleuco, hijo de Antíoco el Grande, quien después de Seleuco reinó once años en Siria, y obtuvo Judea, bajo quien se narra la persecución de la Ley de Dios y las guerras de los Macabeos. Pero los nuestros creen que todo esto se profetiza sobre el Anticristo que vendrá en el último tiempo. Y cuando parece que se les objeta: ¿por qué el discurso profético dejó tantos en medio, desde Seleuco hasta la consumación del mundo? responden que también en la historia anterior, donde se hablaba de los reyes persas, solo mencionó cuatro reyes después de Ciro, y saltando muchos en medio, de repente llegó a Alejandro, rey de Macedonia: y que esta es la costumbre de la Escritura santa, no narrar todo, sino exponer lo que parece más importante. Y aunque muchas cosas que después leeremos y expondremos, concuerdan con la persona de Antíoco, quieren que él sea un tipo del Anticristo: y que lo que en él ocurrió en parte, en el Anticristo se cumplirá por completo. Y que esta es la costumbre de la Escritura santa, prefigurar la verdad futura en tipos, según aquello que se dice del Señor Salvador en el salmo setenta y uno, que se prefigura de Salomón, y todo lo que se dice de él, no puede aplicarse a Salomón: Pues no permaneció él con el sol y antes de la luna de generación en generación (Salmo LXXI): ni dominó de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra, ni todas las naciones le sirvieron, ni su nombre permaneció antes del sol: ni en él fueron benditas todas las tribus de la tierra, ni todas las naciones lo magnificaron. Pero en parte y como en sombra, y en imagen de la verdad, se prefiguraron en Salomón, para que se cumplieran más perfectamente en el Señor Salvador. Así como el Salvador tiene a Salomón y a otros santos como tipo de su venida, así también el Anticristo debe ser creído que tuvo al malvado rey Antíoco, quien persiguió a los santos y violó el templo, como tipo de sí mismo. Sigamos, pues, el orden de la exposición, y según ambas explicaciones, anotemos brevemente lo que parece a los adversarios y a los nuestros. Se levantará, dicen, en el lugar de Seleuco, su hermano Antíoco Epífanés, a quien primero no se le dio el honor real por aquellos que en Siria favorecían a Ptolomeo, pero después, con la simulación de clemencia, obtuvo el reino de Siria. Y los brazos del que lucha, Ptolomeo, y de todo el que devasta, fueron derrotados ante Antíoco y destruidos. Llama brazos a la fortaleza: de donde también se llama mano a la multitud del ejército. Y no solo, dice, venció a Ptolomeo con fraude, sino también al príncipe del pacto, es decir, a Judas Macabeo, lo superó con engaños. O lo que dice es esto: Cuando él mismo ofreció paz a Ptolomeo, y fue el príncipe del pacto, después le tendió insidias. Pero aquí no se refiere a Ptolomeo Epífanés, quien fue el quinto en reinar en Egipto, sino a Ptolomeo Filométor, hijo de Cleopatra, hermana de Antíoco, de quien él fue tío. Y cuando después de la muerte de Cleopatra, Eulayo el eunuco, tutor de Filométor, y Leneo gobernaban Egipto, y reclamaban Siria que Antíoco había ocupado con fraude, surgió una batalla entre el tío y el joven Ptolomeo. Y habiendo

librado la batalla entre Pelusio y el monte Casio, los generales de Ptolomeo fueron derrotados. Pero Antíoco, perdonando al joven, y simulando amistad, ascendió a Menfis, y allí, según la costumbre de Egipto, tomando el reino, diciendo que proveía a los asuntos del joven, con un pequeño pueblo subyugó toda Egipto a sí mismo, y entró en ciudades abundantes y ricas. E hizo lo que no hicieron sus padres, ni los padres de sus padres. Ninguno del reino de Siria devastó tanto Egipto; y dispersó todas sus riquezas; y fue astuto, para subvertir con su fraude las prudentes ideas de los que eran generales del joven. Porfirio, siguiendo esto, lo ha expuesto en un discurso muy prolijo, que nosotros hemos dicho en breve compendio. Pero los nuestros interpretan mejor y más correctamente: que al final del mundo esto lo hará el Anticristo, que ha de surgir de un pueblo pequeño, es decir, del pueblo de los judíos, y será tan humilde y despreciado, que no se le dará honor real, y por insidias y fraude obtendrá el principado, y los brazos del pueblo romano que lucha serán derrotados por él, y destruidos: y esto lo hará porque simulará ser el príncipe del pacto, es decir, de la Ley y el Testamento de Dios. Y entrará en ciudades ricas, y hará lo que no hicieron sus padres, ni los padres de sus padres. Ninguno de los judíos, excepto el Anticristo, ha reinado jamás en todo el mundo. Y contra las más firmes ideas de los santos tomará consejo, y hará todo hasta el tiempo: hasta que la voluntad de Dios le permita hacer estas cosas.

(Vers. 25, 26.) Y se incitará su fortaleza, y su corazón contra el rey del Sur en un gran ejército. Y el rey del Sur será provocado a la guerra con muchas ayudas, y muy fuertes: y no resistirán, porque tomarán consejos contra él. Y los que comen pan con él lo destruirán: y su ejército será oprimido, y caerán muchos muertos. Porfirio interpreta esto sobre Antíoco, quien se dirigió contra Ptolomeo, hijo de su hermana, con un gran ejército. Pero también el rey del Sur, es decir, los generales de Ptolomeo, fueron provocados a la guerra con muchas ayudas, y muy fuertes, y no pudieron resistir los consejos fraudulentos de Antíoco; quien simuló paz con el hijo de su hermana, y comió pan con él, y después ocupó Egipto. Pero los nuestros, según el sentido anterior, interpretan todo sobre el Anticristo, que ha de nacer del pueblo de los judíos, y vendrá de Babilonia, primero superará al rey de Egipto, que es uno de los tres cuernos, de los cuales ya hemos hablado antes.

(Vers. 27, 28.) También el corazón de los dos reyes será para hacer el mal, y en una mesa hablarán mentira, y no prosperarán: porque aún el fin es para otro tiempo. Y volverá a su tierra con muchas riquezas. No hay duda de que Antíoco hizo paz con Ptolomeo, y celebró un banquete con él, y tramó engaños, y no prosperó: porque no pudo obtener su reino, sino que fue expulsado por los soldados de Ptolomeo. Pero debido a que la Escritura ahora dice que hubo dos reyes, cuyo corazón fue fraudulento, para hacerse mutuamente el mal, esto según la historia no puede demostrarse. Porque Ptolomeo era pequeño de edad, y engañado por el fraude de Antíoco, ¿qué mal pudo haberle pensado? Por lo cual, los nuestros quieren referir todo esto al Anticristo y al rey de Egipto, a quien primero superará.

(Vers. 29, 30.) Y su corazón estará en contra del Testamento santo, y actuará, y regresará a su tierra. En el tiempo señalado regresará, y vendrá al Sur: y el último no será como el primero. Y vendrán contra él naves, y los romanos, y será golpeado. O como otro lo ha interpretado: y le amenazarán. Y la historia griega y romana narra que, después de que Antíoco fue expulsado por los egipcios, vino a Judea, es decir, contra el Testamento santo, y saqueó el templo, llevándose mucho oro, y colocando una guarnición de macedonios en la fortaleza, regresó a su tierra. Y después de dos años, nuevamente reunió un ejército contra Ptolomeo y vino al Sur. Y cuando los dos hermanos de Ptolomeo, hijos de Cleopatra, de quienes era tío, estaban sitiados en Alejandría, llegaron enviados romanos: uno de ellos, Marco Popilio Lenas, al encontrarlo de pie en la orilla, le entregó un decreto del Senado, en el que se le

ordenaba retirarse de los amigos del pueblo romano y contentarse con su propio dominio, y cuando él pospuso la respuesta para consultar con sus amigos, se dice que hizo un círculo en la arena con el bastón que sostenía en su mano, y rodeó al rey y le dijo: El Senado y el pueblo romano ordenan que respondas en este lugar qué decisión tomarás. Al escuchar esto, él, aterrorizado, dijo: Si esto agrada al Senado y al pueblo romano, debemos retirarnos, y así movió inmediatamente su ejército. Se dice que fue golpeado, no porque muriera, sino porque perdió toda su arrogancia. Nadie duda que el Anticristo luchará contra el Testamento santo, y primero, al luchar contra el rey de Egipto, será inmediatamente aterrorizado por la ayuda de los romanos. Estas cosas ocurrieron bajo Antíoco Epífanes como una imagen, para que el rey más malvado, que persiguió al pueblo de Dios, prefigurara al Anticristo, que perseguirá al pueblo de Cristo. Por eso muchos de los nuestros piensan que, debido a la magnitud de su crueldad y vileza, Domiciano Nerón será el Anticristo.

Y regresará, y se indignará contra el Testamento del santuario, y actuará y pensará en aquellos que abandonaron el Testamento del santuario. Leemos esto más plenamente en los hechos de los Macabeos (I Mac. I): que después de que los romanos lo expulsaron de Egipto, vino indignado contra el Testamento del santuario, y fue invitado por aquellos que habían abandonado la Ley de Dios y se habían mezclado con las ceremonias de los gentiles. Esto se cumplirá más plenamente bajo el Anticristo, que se indignará contra el Testamento de Dios, y pensará contra aquellos a quienes quiere que abandonen la Ley de Dios. Por eso Aquila lo interpretó más significativamente: Y pensará, para que se abandone el pacto del santuario.

(Vers. 31.) Y se levantarán de él brazos, y profanarán el santuario de la fortaleza, y quitarán el sacrificio continuo, y pondrán la abominación en desolación. Por brazos, otro interpretó semillas, para significar descendencia y progenie. Quieren que se signifique a aquellos que fueron enviados por Antíoco después de dos años de haber saqueado el templo, para exigir tributos a los judíos, y quitar el culto a Dios, y en el templo de Jerusalén, colocar la imagen de Júpiter Olímpico y las estatuas de Antíoco, que ahora llama abominación de desolación, cuando se quitó el holocausto y el sacrificio continuo. Todos estos eventos, dicen, precedieron en tipo al Anticristo, quien se sentará en el templo de Dios y se hará pasar por Dios. Sin embargo, los judíos no quieren entender esto ni de Antíoco Epífanes ni del Anticristo, sino de los romanos, de quienes se dijo antes: Y vendrán naves, o italianos y romanos, y será humillado. Después de mucho tiempo, dice, de esos mismos romanos que vinieron en ayuda de Ptolomeo y amenazaron a Antíoco, se levantará el rey Vespasiano, se levantarán sus brazos y su descendencia, Tito su hijo con el ejército, y profanarán el santuario, quitarán el sacrificio continuo, y entregarán el templo a la soledad eterna. SIIM (), y CHETHIM () que hemos interpretado como naves y romanos, los hebreos quieren entender como italianos y romanos.

(Vers. 32.) Y los impíos en el testamento simularán fraudulentamente. Pero el pueblo que conoce a su Dios, prevalecerá y actuará. Y esto lo leemos en los Macabeos, que algunos simulaban ser guardianes de la Ley de Dios, y luego hicieron un pacto con los gentiles: pero otros permanecieron en la religión; lo cual también creo que sucederá en los tiempos del Anticristo, cuando el amor de muchos se enfriará. De los cuales el Señor habla en el Evangelio: ¿Crees que cuando venga el Hijo del Hombre encontrará fe en la tierra? (Luc. XVIII, 8).

Y los sabios del pueblo enseñarán a muchos, y caerán por la espada, y en la llama, y en el cautiverio, y en el saqueo de días. Cuánto sufrieron los judíos por parte de Antíoco, lo relatan los libros de los Macabeos, y son testimonio de sus triunfos: quienes por guardar la ley de Dios, soportaron llamas, espadas, esclavitud, saqueos y los últimos castigos. Nadie duda que

esto sucederá bajo el Anticristo, con muchos resistiendo su poder y huyendo en diferentes direcciones. Los hebreos interpretan esto en la última destrucción del templo, que ocurrió bajo Vespasiano y Tito, que hubo muchos del pueblo que conocían a su Señor, y por guardar Su Ley fueron asesinados.

(Vers. 34, 35.) Y cuando caigan, serán ayudados con poca ayuda, y muchos se unirán a ellos fraudulentamente. Y de los sabios caerán, para ser purificados, y elegidos, y emblanquecidos hasta el tiempo determinado, porque aún habrá otro tiempo. Porfirio cree que la pequeña ayuda se refiere a Matatías, del pueblo de Modín; quien se rebeló contra los líderes de Antíoco y trató de mantener el culto al verdadero Dios (I Mac. II). Llama pequeña ayuda, dice, porque Matatías fue asesinado en la batalla, y después su hijo Judas, llamado Macabeo, cayó luchando, y sus otros hermanos fueron engañados por la traición de los adversarios. Lee los libros de los Macabeos. Dice que todo esto sucedió para que los santos fueran probados y elegidos, y emblanquecidos hasta el tiempo determinado, porque la victoria fue pospuesta para otro tiempo. Nuestros intérpretes creen que la pequeña ayuda se refiere a los santos que se reunirán para resistir al Anticristo, y usarán una pequeña ayuda, y después muchos de los sabios caerán. Y esto sucederá para que sean purificados como en un horno, y emblanquecidos, y elegidos hasta que llegue el tiempo determinado, porque la verdadera victoria será en la venida de Cristo. Algunos hebreos interpretan esto sobre los emperadores Severo y Antonino, que amaron mucho a los judíos. Otros sobre el emperador Juliano: que cuando sean oprimidos por Cayo César, y sufran mucho en las angustias del cautiverio, él se levantará, simulando amar a los judíos, y prometiendo que sacrificará en su templo: en lo cual tendrán una pequeña esperanza de ayuda, y muchos gentiles se unirán a ellos, no en verdad, sino en mentira. Porque por el culto a los ídolos, simularán su amistad. Y harán esto para que los probados se manifiesten. Porque el tiempo de su verdadera salvación y ayuda será Cristo, a quien falsamente creen que vendrá: cuando recibirán al Anticristo (I Cor. XI).

(Vers. 36.) Y el rey hará según su voluntad, y se exaltará, y se engrandecerá contra todo dios, y hablará cosas grandiosas contra el Dios de los dioses: y prosperará hasta que se cumpla la ira, porque la determinación está hecha. O como otro lo ha interpretado; porque en él será la consumación. Desde este punto, los judíos creen que se habla del Anticristo, que después de la pequeña ayuda de Juliano se levantará un rey que hará según su voluntad, y se exaltará contra todo lo que se llama dios, y hablará cosas grandiosas contra el Dios de los dioses: de modo que se sentará en el templo de Dios, y se hará pasar por Dios, y prosperará su voluntad, hasta que se cumpla la ira de Dios, porque en él será la consumación. Esto también lo entendemos nosotros sobre el Anticristo. Porfirio y los demás que lo siguen, creen que se dice de Antíoco Epifanes que se levantó contra el culto a Dios, y llegó a tal soberbia que ordenó que se colocara su imagen en el templo de Jerusalén. Lo que sigue: y prosperará hasta que se cumpla la ira, porque en él será la consumación, lo entienden así, que él podrá tanto tiempo hasta que Dios se enoje con él, y ordene que sea asesinado. De hecho, Polibio y Diodoro, que escriben las historias de las Bibliotecas, narran que no solo actuó contra el Dios de Judea, sino que, encendido por la avaricia, también intentó saquear el templo de Diana en Elimaida, que era muy rico: y fue oprimido por los guardianes del templo y las naciones vecinas, y por ciertas fantasías y terrores cayó en la locura, y finalmente murió de enfermedad, y esto le sucedió, dicen, porque intentó violar el templo de Diana. Pero nosotros decimos que, aunque le sucedió, le sucedió porque ejerció mucha crueldad contra los santos de Dios, y profanó su templo. No porque intentó hacerlo, y después de arrepentirse, dejó de cumplirlo, sino porque lo hizo, se cree que fue castigado.

(Vers. 37 y siguientes.) Y no tendrá en cuenta al Dios de sus padres, y estará en los deseos de las mujeres: ni se preocupará por ningún dios, porque se levantará contra todos. Pero venerará

en su lugar al Dios MAOZIM; y al dios que sus padres no conocieron, lo honrará con oro y plata, y con piedras preciosas, y cosas preciosas. Y hará que fortalezca MAOZIM con un dios extraño que conoció, y multiplicará la gloria, y les dará poder sobre muchos, y dividirá la tierra gratuitamente. Por lo que hemos interpretado, y estará en los deseos de las mujeres, los LXX tradujeron, y no estará sujeto a los deseos de las mujeres. Nuevamente, por el Dios MAOZIM (), que se encuentra en hebreo, Aquila tradujo, Dios de las fortalezas; los LXX, Dios fortísimo. Porque en hebreo, por lo que dijimos: y estará en los deseos de las mujeres, está ambiguamente puesto, diciendo Aquila, quien expresó la palabra de la palabra: καὶ ἐπὶ Θεὸν πατέρων αὐτοῦ οὐ συνήσει, καὶ ἐπὶ ἐπιθυμίαν γυναικῶν, καὶ ἐπὶ πάντα θεὸν οὐ συνήσει, es decir, y sobre el Dios de sus padres no entenderá, y sobre el deseo de las mujeres, y sobre todo dios no entenderá. Con estas palabras se entiende que tiene el deseo de las mujeres, y no lo tiene. Si leemos y entendemos ἀπὸ κοινοῦ, y sobre el deseo de las mujeres no entenderá, la interpretación del Anticristo es más fácil: que simulará la castidad para engañar a muchos. Pero si leemos así, y sobre el deseo de las mujeres, para que se entienda que estará, se adaptará más a la persona de Antíoco, quien se dice que fue muy lujurioso, y llegó a tal deshonor por sus lujurias y corrupciones de la dignidad real, que incluso se unió públicamente a mimos y prostitutas, y cumplió su lujuria en presencia del pueblo. Porfirio interpretó ridículamente al Dios MAOZIM, diciendo que en el pueblo de Modín, de donde era Matatías y sus hijos, los líderes de Antíoco, colocó una estatua de Júpiter: y obligó a los judíos a ofrecerle sacrificios, es decir, al dios de Modín. Pero lo que sigue, y al dios que sus padres no conocieron, lo honrará, esto se adapta más al Anticristo que a Antíoco. Leemos que Antíoco tuvo el culto de los ídolos de Grecia, y obligó a los judíos y samaritanos a venerar a sus dioses. También lo que sigue, y hará que fortalezca MAOZIM con un dios extraño que conoció: y multiplicará la gloria, y les dará poder sobre muchos, y dividirá la tierra gratuitamente, Teodocio lo interpretó: Y hará estas cosas para fortalecer las fortalezas con un dios extraño: y cuando se lo muestre, multiplicará el honor, y los hará dominar sobre muchos, y dividirá la tierra gratis. Por fortalezas, refugios interpretó Símaco: lo que Porfirio explica así: hará todas estas cosas para fortalecer la fortaleza de Jerusalén, y en las otras ciudades pondrá guarniciones, y enseñará a los judíos a adorar a un dios extraño: sin duda se refiere a Júpiter. Cuando se lo muestre a ellos, y les persuada de que debe ser adorado: entonces dará honor y mucha gloria a los engañados, y hará que dominen sobre los demás que estén en Judea, y por la transgresión dividirá posesiones, y distribuirá dones. El Anticristo también otorgará muchos dones a los engañados, y dividirá la tierra a su ejército: y a quienes no pueda someter por el terror, los subyugará con la avaricia.

(Vers. 40, 41.) Y en el tiempo determinado, el rey del Sur luchará contra él: y como una tormenta vendrá contra él el rey del Norte en carros, y en jinetes, y en una gran flota: e ingresará a las tierras, y las destruirá, y pasará. Y entrará en la tierra gloriosa, y muchos caerán. Por lo que interpretó Símaco: y caerán muchas millas: Teodocio, y muchos se debilitarán. Pero entiende que muchas caen según Aquila, ya sean ciudades, regiones o provincias. Y Porfirio refiere esto a Antíoco: que en el undécimo año de su reinado nuevamente luchó contra su sobrino Ptolomeo Filométor. Quien al escuchar que Antíoco venía, reunió muchas miles de personas. Pero Antíoco, como una fuerte tormenta en carros, y en jinetes, y en una gran flota, ingresó a muchas tierras, y al pasar las devastó todas: y llegó a la tierra ilustre, es decir, Judea, que Símaco interpretó como tierra de fortaleza: por la cual Teodocio puso la misma palabra hebrea SABAI [Al. SABAM y SABA] (): y fortificó la ciudadela con las ruinas de los muros de la ciudad, y así continuó hacia Egipto. Nuestros intérpretes, refiriéndose también a esto al Anticristo, dicen que primero luchará contra el rey del Sur, es decir, Egipto, y después conquistará Libia y Etiopía: que de los diez cuernos

leímos que tres cuernos fueron quebrados; y porque vendrá a la tierra de Israel, y muchas ciudades o provincias le darán la mano.

Pero estas solas se salvarán de sus manos, Edom, Moab, y el principio de los hijos de Amón. Dicen que Antíoco, apresurándose contra Ptolomeo, rey del Sur, no tocó a los idumeos, moabitas y amonitas que estaban al lado de Judea [Al. Idumea]: para no fortalecer a Ptolomeo al estar ocupado en otra batalla. El Anticristo también dejará intacta a Idumea, Moab y los hijos de Amón, es decir, Arabia: porque allí los santos huirán al desierto.

(Vers. 42, 43.) Y extenderá su mano sobre las tierras, y la tierra de Egipto no escapará: y dominará los tesoros de oro y plata, y en todas las cosas preciosas de Egipto. También pasará por Libia y Etiopía. Leemos que Antíoco hizo esto en parte. Pero lo que sigue, pasará por Libia y Etiopía, nuestros intérpretes creen que se adapta más al Anticristo. Porque Antíoco no conquistó Libia, que muchos entienden como África, ni Etiopía: a menos que, porque en el mismo clima están las provincias de Egipto, y al estar cerca por los desiertos, al ser capturados los egipcios, también estas provincias fueron perturbadas. Por eso no dice que las conquistó: sino que pasó por Libia y Etiopía.

(Vers. 44, 45.) Y la fama lo turbará desde el Oriente y desde el Norte. Y vendrá con gran multitud, para destruir y matar a muchos. Y plantará su tienda en Apedno: entre dos mares sobre el monte ilustre y santo, y llegará hasta su cima, y nadie le ayudará. Y en este lugar Porfirio sueña algo sobre Antíoco: Luchando, dice, contra los egipcios, y atravesando Libia y Etiopía, oírás que desde el Norte y el Oriente se levantan guerras contra él, por lo que regresando capturará a los aradios que resisten, y devastará toda la provincia en la costa de Fenicia. Y enseguida se dirigirá a Artaxias, rey de Armenia, que se moverá desde las partes del Oriente, y después de matar a muchos de su ejército, plantará su tienda en el lugar Apedno, que está situado entre dos ríos muy anchos, el Tigris y el Éufrates. Y aunque haya llegado hasta aquí, no puede decir en qué monte ilustre se asentará y santo, aunque no puede probar que se asentó entre dos mares, y es absurdo interpretar los dos ríos de Mesopotamia como dos mares. Sin embargo, omitió el monte ilustre porque siguió la interpretación de Teodoción, quien dijo: entre los mares sobre el monte Saba santo. Y aunque piensa que Saba es el nombre de un monte, ya sea de Armenia o de Mesopotamia, no puede decir por qué es santo: incluso con esta licencia de mentir, podemos añadir lo que él calló: que el monte se dice santo porque según el error de los armenios está consagrado a los ídolos. Y llegará, dice, hasta la cima de ese monte, en la provincia de Elimaida, que es la última región de los persas hacia el Oriente; y allí, queriendo saquear el templo de Diana, que tenía infinitas ofrendas, fue expulsado por los bárbaros, que veneraban ese santuario con gran devoción, y murió consumido por la tristeza en Tabes, una ciudad de Persia. Él compuso esto en burla nuestra con un discurso muy artificioso, que aunque pudiera probarlo, no se dice del Anticristo, sino de Antíoco, ¿qué nos importa a nosotros, que no probamos la venida de Cristo y la mentira del Anticristo de todos los lugares de las Escrituras? Supongamos que esto se dice de Antíoco, ¿qué daño hace a nuestra religión? ¿Acaso en la visión anterior, donde la profecía se cumplió en Antíoco, se dice algo del Anticristo? Por lo tanto, deje lo dudoso y aférrese a lo manifiesto: y diga quién es esa piedra que fue cortada del monte sin manos, creció en un gran monte, y llenó el mundo, y trituró la imagen cuadriforme: quién es ese hijo del hombre, que vendrá con las nubes, y estará ante el anciano de días, y se le dará un reino que no tendrá fin: y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán. Esto que es manifiesto lo pasa por alto, y afirma que se profetiza sobre los judíos, a quienes hasta hoy conocemos que sirven. Y dice que el que escribió el libro bajo el nombre de Daniel, mintió para reavivar la esperanza de los suyos. No porque pudiera conocer toda la historia futura, sino porque ya recordaba los

hechos; y se detiene en las calumnias de la última visión, poniendo ríos en lugar de mar, y el monte ilustre y santo Apedno, que donde lo haya leído, no puede ofrecer ninguna historia. Sin embargo, nuestros exponen el último capítulo de esta visión sobre el Anticristo de esta manera, que luchando contra los egipcios y los libios, y los etíopes, y destruyendo tres cuernos de los diez cuernos, oirá que desde las partes del Norte y del Oriente se levantan guerras contra él, que viniendo con gran multitud, para destruir y matar a muchos, plantará su tienda en Apedno junto a Nicópolis, que antes se llamaba Emaús: donde comienzan a levantarse las montañas de la provincia de Judea. Finalmente, desde allí se levantará hasta el monte de los Olivos, se asciende a la región de Jerusalén; y esto es lo que ahora dice la Escritura: Y cuando haya plantado su tienda en las raíces de la provincia montañosa entre dos mares, a saber, el mar que ahora se llama Muerto al Oriente, y el mar Grande en cuya costa están situadas Cesarea, Joppe, Ascalón y Gaza. Entonces llegará hasta la cima de su monte, es decir, de la provincia montañosa, es decir, la cima del monte de los Olivos, que se llama ilustre, porque desde allí el Señor y Salvador ascendió al Padre, y nadie podrá ayudar al Anticristo, con el Señor enfurecido contra él. Y afirman que allí perecerá el Anticristo, de donde el Señor ascendió a los cielos. Apedno es una palabra compuesta, que si se divide, puede entenderse como θρόνου αὐτοῦ, es decir, de su trono. Y el sentido es: Y plantará su tienda y su trono entre los mares sobre el monte ilustre y santo. Este lugar lo interpretó Símaco de esta manera: καὶ ἐκτενεῖ τὰς σκηναὶς τοῦ ἱπποστασίου αὐτοῦ μεταξὺ τῶν θαλασσῶν εἰς τὸ ὄρος τῆς δυνάμεως τὸ ἅγιον, καὶ ἥξει ἕως ἄκρου αὐτοῦ, que en latín suena: y extenderá [Al. extiende] las tiendas de su caballería entre los mares, sobre el monte de la fortaleza santo, y llegará hasta la cima del monte. Teodoción: Y plantará su tienda en Aphedano entre los mares en el monte Saba santo, y llegará hasta su parte. Aquila: Y plantará la tienda de su cuartel en Ἀφιδανῶ entre los mares, en el monte glorioso y santo, y llegará hasta su fin. Solo los Setenta, liberándose de toda cuestión de nombre, interpretaron: Y plantará su tienda entonces entre los mares, y el monte de la voluntad santo, y llegará la hora de su consumación. A quienes Apolinario siguió, callando completamente sobre el nombre Apedno. Esto lo he puesto más extensamente para mostrar la calumnia de Porfirio, que ignoró todas estas cosas, o fingió no saberlas, y la dificultad de la Sagrada Escritura: cuya comprensión sin la gracia de Dios y la enseñanza de los mayores, los más ignorantes se la atribuyen especialmente. Sin embargo, debe notarse que el idioma hebreo no tiene la letra P, sino que usa PHE en su lugar, cuyo sonido es el φ griego. En este único lugar entre los hebreos se escribe PHE, pero se lee P. Pero que el Anticristo llegue hasta la cima del monte santo e ilustre, y allí perezca, Isaías lo dice más plenamente: El Señor precipitará en el monte santo el rostro del dominador de las tinieblas sobre todas las naciones, y al que domina a todos los pueblos, y la unción que fue ungida contra todas las naciones.

(Cap. XII.---Vers. 1 seqq.) En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe, que está de parte de los hijos de tu pueblo, y vendrá un tiempo cual no fue desde que [Vulg. desde que] comenzaron a existir las naciones hasta ese tiempo. Y en aquel tiempo será salvado tu pueblo: todos los que se encuentren escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán: unos para vida eterna, y otros para oprobio, para que vean siempre. Pero los que sean sabios brillarán como el resplandor del firmamento, y los que enseñan la justicia a muchos, como las estrellas por toda la eternidad. Hasta aquí Porfirio se ha mantenido de alguna manera, y ha engañado tanto a los ignorantes de los nuestros como a los mal instruidos de los suyos: ¿qué dirá de este capítulo, en el que se describe la resurrección de los muertos: unos resucitados para vida eterna, y otros para oprobio eterno? Ni puede decir quiénes fueron bajo Antíoco los que brillaron como el resplandor del firmamento, y otros como las estrellas por toda la eternidad. Pero, ¿qué no hace la obstinación? Como una serpiente aplastada levanta la cabeza, y a punto de morir difunde veneno en aquellos que

están a punto de morir. Y esto, dice, está escrito sobre Antíoco, quien yendo a Persia, dejó un ejército a Lisias, que estaba al frente de Antioquía y Fenicia, para que luchara contra los judíos y destruyera su ciudad Jerusalén; todo lo cual narra Josefo, autor de la historia hebrea, que tal fue la tribulación, cual nunca, y llegó un tiempo cual no fue desde que comenzaron a existir las naciones hasta ese tiempo. Pero, habiendo sido devuelta la victoria, y muertos los generales de Antíoco, y el mismo Antíoco muerto en Persia, fue salvado el pueblo de Israel: todos los que estaban escritos en el libro de Dios, es decir, los que defendieron la Ley con valentía, y por el contrario, los que fueron borrados del libro, es decir, los que fueron transgresores de la Ley, y partidarios de Antíoco. Entonces, dice, aquellos que dormían como en el polvo de la tierra, y estaban cubiertos por el peso de los males, y como enterrados en sepulcros de miserias, se levantaron inesperadamente de la Victoria del polvo de la tierra, y levantaron la cabeza de la tierra, los guardianes de la Ley resurgiendo para vida eterna, y los transgresores para oprobio eterno. Los maestros y doctores que tenían conocimiento de la Ley, brillarán como el cielo, y los que exhortaron a los pueblos inferiores a guardar las ceremonias de Dios, resplandecerán como las estrellas por toda la eternidad. También pone la historia de los Macabeos, en la que se dice que muchos judíos bajo Matatías y Judas Macabeo huyeron al desierto, y se escondieron en cuevas y cavernas de rocas, y después de la victoria salieron (I Mac. II). Y esto se predice metafóricamente como si fuera sobre la resurrección de los muertos. Sin embargo, en el tiempo del Anticristo habrá una tribulación tal, cual nunca fue desde que comenzaron a existir las naciones, se entiende más verdaderamente. Supongamos que Lisias, que fue vencido, hubiera vencido, y que los judíos, que vencieron, hubieran sido completamente oprimidos: ¿acaso hubo una tribulación tal como en el tiempo en que Jerusalén fue capturada por los babilonios, el templo destruido, y todo el pueblo llevado al cautiverio? Por lo tanto, cuando el Anticristo sea oprimido y extinguido por el espíritu del Salvador, será salvado el pueblo que esté escrito en el libro de Dios, y por la diversidad de méritos, unos resucitarán para vida eterna, y otros para oprobio eterno. Los maestros tendrán semejanza con el cielo, y los que instruyeron a otros, serán comparados con el resplandor de las estrellas. Porque no basta con saber la sabiduría, sino que también debes instruir a otros: y el discurso de la doctrina, que no edifica a otro, no puede recibir la recompensa del trabajo (Al. ocio). Este lugar lo expresó Teodoción y la edición Vulgata de esta manera: Y los entendidos brillarán como el resplandor del firmamento, y de los justos muchos (Al. a muchos) como las estrellas para siempre y más allá. Algunos suelen preguntar si el santo docto y el santo simple tienen la misma recompensa, y una misma morada en los cielos. Por lo que ahora, según Teodoción, se dice que los doctos tienen semejanza con el cielo, y los justos sin doctrina, se comparan con el resplandor de las estrellas: y hay tanta diferencia entre la santidad erudita y la santidad rústica, como la que hay entre el cielo y las estrellas.

(Vers. 4.) Pero tú, Daniel, cierra las palabras, y sella el libro hasta el tiempo señalado. Muchos pasarán, y la ciencia se multiplicará. A quien reveló a Daniel la múltiple verdad, significando que estas cosas ocultas que habló, le ordenó que envolviera las palabras, y sellara el libro, para que muchos lo lean, y busquen la verdad de la historia, y debido a la magnitud de la oscuridad, opinen de manera diversa. Pero lo que dice: Pasarán, es decir, muchos recorrerán, significa la lectura de muchos. Solemos decir: recorrí el libro, pasé por la historia. Lo cual también Isaías habla de la oscuridad de su volumen: Y serán las palabras de este libro, como las palabras de un volumen sellado, que si se lo dan a un hombre que no sabe leer, diciéndole: lee: responderá, no sé leer. Pero si se lo dan a un hombre que sabe leer, y le dicen: Lee el libro: Responderá, no puedo leer: porque está sellado (Isa. XXIX, 11). Y en el Apocalipsis de Juan se ve un libro sellado con siete sellos por dentro y por fuera. Y cuando nadie podía romper sus sellos, dice Juan: Lloraba mucho. Y vino a mí una voz diciendo: No

llores: He aquí que ha vencido el león de la tribu de Judá, la raíz de David, para abrir el libro, y desatar sus sellos (Apoc. V, 4). Pero ese libro puede desatarlo quien ha conocido los sacramentos de las Escrituras, y entiende los enigmas, y las palabras oscuras debido a la magnitud de los misterios, y interpreta las parábolas, y transfiere la letra muerta al espíritu vivificante.

(Vers. 5, 6.) Y vi yo, Daniel, y he aquí que como dos otros estaban de pie: uno aquí sobre la orilla del río, y otro allá en la otra orilla del río. Y dije al hombre que estaba vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río: ¿hasta cuándo será el fin de estas maravillas? Vio Daniel a dos ángeles de pie a cada lado sobre la orilla del río babilónico, que aunque aquí se pone sin nombre, según la visión anterior creo que es el Tigris, que en hebreo se llama EDDECEL (), y sin embargo no pregunta a los que estaban de pie sobre cada orilla, sino a aquel que había visto al principio, que estaba vestido con vestiduras de lino o de byssus, que en hebreo se dice BADDIM (). Y este mismo ángel estaba sobre las aguas del río babilónico, pisándolas con su pie. De lo cual entendemos que los dos ángeles superiores, que vio de pie sobre la orilla, y no pregunta, ni considera dignos de ser interrogados, son ángeles de los persas y de los griegos. Este, sin embargo, es el ángel más clemente, que había ofrecido las oraciones de Daniel en la presencia de Dios, cuando el ángel de los persas le resistía durante veintiún días. Sin embargo, pregunta sobre estas maravillas que se dicen en la presente visión, cuándo se cumplirán, lo que Porfirio interpreta a su manera sobre Antíoco, nosotros sobre el Anticristo.

(Vers. 7.) Y oí al hombre que estaba vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río, cuando levantó su mano derecha, y su izquierda al cielo, y juró por el que vive eternamente, que será por un tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo. Tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo, Porfirio lo interpreta como tres años y medio, lo cual nosotros también, según el idioma de las Sagradas Escrituras, no negamos. Pues también leemos arriba, que siete tiempos pasaron sobre Nabucodonosor, es decir, siete años de su bestialidad, y en la visión de las cuatro bestias está escrito, del león, y del oso, del leopardo, y de otra bestia, cuyo nombre se calla, que significa el reino de los romanos, y después del Anticristo, que humillará a los reyes, y hablará palabras contra el Altísimo, y desgastará a los santos del Altísimo, y pensará, dice, que puede cambiar los tiempos y las leyes. Y serán entregados en su mano hasta un tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo. Y el juicio se sentará, para que se le quite el poder y se destruya, y perezca hasta el fin. Y manifiestamente sobre la venida de Cristo y de los santos dice: Pero el reino y el dominio, y la grandeza del reino que está bajo todo el cielo, se dará al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es un reino eterno, y todos los reyes le servirán y obedecerán. Si, por lo tanto, lo anterior que está claramente escrito sobre el Anticristo, Porfirio lo refiere a Antíoco, y a los tres años y medio, durante los cuales dice que el templo estuvo desierto (Arriba I): entonces también esto que sigue: Su reino será eterno, y todos los reyes le servirán y obedecerán, debe probarlo sobre Antíoco, o como él piensa, sobre el pueblo de los judíos: lo cual claramente no puede sostenerse. Leemos en los libros de los Macabeos, y Josefo también está de acuerdo con esta opinión (Josefo, lib. XI, cap. 10), que durante tres años el templo fue profanado en Jerusalén, y en él se erigió el ídolo de Júpiter bajo Antíoco Epífanes, en el año ciento cuarenta y cinco del reino de los macedonios, desde el mes Casleu del mismo año noveno, hasta el mes noveno del año ciento cuarenta y ocho, que hacen tres años. Sin embargo, bajo el Anticristo no serán tres años; sino tres y medio, es decir, mil doscientos noventa días, se dice que serán de desolación del templo santo y de su destrucción futura.

Y cuando se haya completado la dispersión de la mano del pueblo santo, se cumplirán todas estas cosas: Cuando, dice, el pueblo de Dios haya sido dispersado: ya sea por la persecución

de Antíoco, como quiere Porfirio, o por el Anticristo, como nuestros lo prueban más verdaderamente, entonces todas estas cosas se cumplirán.

(Vers. 8 seqq.) Y yo oí, y no entendí. Y dije: Señor mío, ¿qué será después de esto? Y él dijo: Ve, Daniel, porque las palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. Serán elegidos y emblanquecidos, y como fuego serán probados muchos, y los impíos actuarán impiamente: ni entenderán todos los impíos: pero los sabios entenderán. El profeta quiere entender lo que ha visto, más bien lo que ha oído, y desea conocer la verdad de lo que vendrá. Pues había oído las diversas guerras de los reyes, y las batallas entre ellos, y la historia múltiple: pero no había oído los nombres de cada uno. Si el profeta oyó, y no entendió, ¿qué harán aquellos que presumen explicar un libro sellado, y hasta el tiempo del fin, envuelto en muchas oscuridades, con la presunción de la mente? Pero cuando, dice, llegue el fin, los impíos no entenderán, y los que sean sabios en la disciplina de Dios, podrán entender. Porque en un alma perversa no entrará la sabiduría: ni puede infundirse en un cuerpo que está sometido a los pecados.

(Vers. 11.) Y desde el tiempo en que [Vulg. cuando] sea quitado el sacrificio continuo, y sea puesta la abominación en desolación, habrá mil doscientos noventa días. Estos mil doscientos noventa días Porfirio dice que se completaron en el tiempo de Antíoco, y en la desolación del templo, que tanto Josefo como el libro de los Macabeos (como hemos dicho) recuerdan que fue solo por tres años. De lo cual es evidente que estos tres años y medio se dicen de los tiempos del Anticristo, quien durante tres años y medio, es decir, mil doscientos noventa días, perseguirá a los santos, y después caerá en el monte ilustre y santo. Desde el tiempo, por lo tanto, del ἐνδελεχισμοῦ, que hemos interpretado como sacrificio continuo, cuando el Anticristo, obteniendo el mundo [Al. la ciudad], prohibirá el culto de Dios, hasta su destrucción, se completarán tres años y medio, es decir, mil doscientos noventa días.

730 (Vers. 12.) Bienaventurado el que espera y llega hasta los mil trescientos treinta y cinco días. Bienaventurado, dice, el que, después de la muerte del Anticristo, espera cuarenta y cinco días más allá del número prefijado: en los cuales el Señor y Salvador vendrá en su majestad. Pero por qué, después de la muerte del Anticristo, hay un silencio de cuarenta y cinco días, es un misterio de la ciencia divina: a menos que digamos que la demora del reino de los santos es una prueba de paciencia. Porfirio interpreta este pasaje de tal manera que los cuarenta y cinco días que exceden los mil doscientos noventa significan el tiempo de la victoria contra los líderes de Antíoco: cuando Judas Macabeo luchó valientemente, purificó el templo, destruyó el ídolo y ofreció sacrificios en el templo de Dios. Lo cual diría correctamente si el libro de los Macabeos escribiera que el templo estuvo contaminado durante tres años y medio, y no tres (I Mac. IV).

(Vers. 13.) Pero tú, Daniel, ve al fin, y descansa [Vulg. descansarás] y estarás en tu suerte al final de los días. Para lo cual Teodoción lo ha interpretado así: Pero tú ve y descansa, y resucitarás en tu orden al final de los días. Con esta palabra se muestra que toda profecía está cercana a la resurrección de todos los muertos: cuando también el profeta resucitará. Y en vano Porfirio quiere referir todo a Antíoco lo que se ha dicho en figura del Anticristo. A cuya calumnia (como hemos dicho) han respondido más plenamente Eusebio de Cesarea, Apolinar de Laodicea, y en parte el elocuentísimo mártir Metodio, lo cual quien quiera saber podrá encontrar en sus libros. Hasta aquí hemos leído a Daniel en el volumen hebreo: lo que sigue hasta el final del libro ha sido traducido de la edición de Teodoción.

(Cap. XIII.---Vers. 1, 2.) Y había un hombre que habitaba en Babilonia, y su nombre era Joaquín, y tomó por esposa a Susana, hija de Helcías, muy hermosa y temerosa del Señor [Vulg. Dios]. Habiendo expuesto, como pude [Al. pudimos], lo que se contiene en el libro de Daniel según el hebreo, pondré brevemente lo que Orígenes dijo en el décimo libro de sus Stromata sobre las fábulas de Susana y 731 Bel. Estas son sus palabras, que anotarás en sus lugares.

(Vers. 3.) Y sus padres, siendo justos [Vulg. como eran justos, instruyeron], enseñaron a su hija según la ley de Moisés. Este testimonio debe usarse para exhortar a los padres a que enseñen según la ley de Dios, y la palabra divina no solo a sus hijos, sino también a sus hijas.

(Vers. 4.) Y fueron designados dos ancianos del pueblo [Vulg. omite del pueblo] como jueces en ese año. El hebreo relataba que estos eran Acab y Sedequías [Al. Alquías y Sedequías], de quienes escribe Jeremías: Que el Señor te haga como Acab y Sedequías, a quienes el rey de Babilonia frió en el fuego, por la iniquidad que cometieron en Israel, y adulteraron [Al. adulteraban] con las esposas de sus conciudadanos (Jerem. XXIX).

(Vers. 5.) De quienes habló el Señor: porque salió la iniquidad de Babilonia de los ancianos jueces, que parecían gobernar al pueblo. Estos frecuentaban la casa de Joaquín, etc. Hermosamente sobre los presbíteros pecadores no dice: Que gobernaban al pueblo: sino, que parecían gobernar. Porque los que bien presiden al pueblo, gobiernan al pueblo: pero los que solo tienen el nombre de jueces, y presiden injustamente al pueblo, parecen gobernar al pueblo, más que gobernarlo.

(Vers. 8.) Y se encendieron en concupiscencia por ella, y pervirtieron su sentido, y desviaron sus ojos, para no ver el cielo, ni recordar los juicios justos. Lo que los griegos llaman *πάθος*, nosotros lo interpretamos más correctamente como perturbación que como pasión. Esta perturbación, y el deseo de lujuria, excitó, más bien golpeó los corazones de los ancianos. Pero para que en sus almas yaciera el fundamento, y pensaran en cumplir sus deseos, ellos mismos pervirtieron su sentido: al ser subvertido, sus ojos se inclinaron, para no ver las cosas celestiales, ni recordar los juicios justos, ya sea de Dios, de la honestidad, o de la naturaleza: que está implantada en todos para el bien.

Y he aquí que Susana paseaba, según la costumbre. Ya se ha dicho que por la mañana Susana paseaba. No es incongruente, para complacer a aquellos que buscan ejemplos de todo lo que hacemos en las Escrituras sagradas, tomar este pasaje de pasear: que alguien pasee correctamente para vigorizar el cuerpo. Este pasaje, dice, lo he puesto ahora de la edición de los Setenta: con lo cual Orígenes muestra que no ha disertado lo demás según los intérpretes de los Setenta.

(Vers. 19.) Y Susana gimió y dijo: Estoy angustiada por todos lados. Quien ha llegado a la cima de la virtud perfecta, nunca dice que le amenaza el peligro, si no escapa de las manos de los adúlteros, diciendo: Consiente con nosotros, y únete a nosotros. De lo contrario, y si no quieres, daremos testimonio contra ti, que había un joven contigo, y por esta razón despediste a las doncellas de ti. Es propio de la fragilidad humana temer la muerte, que se inflige por la justicia: a menos que interpretemos la angustia, no como la muerte inminente, sino como el oprobio y la ignominia, con la que iba a ser cubierta por aquellos que la acusaban y decían: Estuvo con ella un joven, y por eso despidió a las doncellas.

(Vers. 22.) Porque si hago esto, es muerte para mí: si no, etc. Llama pecado a la muerte. Así como para quien comete adulterio, el adulterio es muerte: así todo pecado que conduce a la

muerte, debe llamarse muerte. Y se cree que morimos tantas veces como pecamos para muerte. Por lo tanto, al contrario, resucitamos y somos vivificados tantas veces como hacemos obras dignas de vida.

(Vers. 23.) Pero es mejor para mí caer en vuestras manos sin hacer nada, que pecar ante el Señor. En griego no tiene, αἰρετώτερον, es decir, mejor, sino αἰρετὸν, que podemos interpretar como bueno. Por lo tanto, elegantemente no dijo: Es mejor para mí caer en manos de los inicuos presbíteros, que pecar ante el Señor: para que no pareciera que por comparación del pecado, que no era bueno, llamara a esto mejor. Sino que es bueno, dice, para mí no hacer el mal, y caer en vuestras manos, para no pecar ante el Señor. 733 Por lo tanto, no debe leerse por comparación: Es mejor para mí caer en vuestras manos, que pecar ante el Señor: sino absolutamente: Es bueno para mí no hacer el mal y caer en vuestras manos, para no pecar ante el Señor.

(Vers. 24.) Y Susana exclamó con gran voz, etc. Era una gran voz, no por el golpe del aire, y el clamor de la garganta, sino por la magnitud de la castidad, por la cual clamaba al Señor. Por lo tanto, la Sagrada Escritura no añadió gran voz en la exclamación de los ancianos. Pues sigue: Clamaron los ancianos contra ella.

(Vers. 42.) Pero Susana exclamó con gran voz, etc. El afecto del corazón, la confesión pura de la mente, y la buena conciencia, hicieron su voz más clara. Por lo tanto, su gran exclamación era para Dios, que no era escuchada por los hombres.

(Vers. 44.) Y cuando era llevada a la muerte, el Señor despertó el Espíritu Santo del joven. Con esta expresión se muestra que el Espíritu Santo no entró en Daniel: sino que el que estaba en él, y descansaba por la debilidad de la edad, y no podía mostrar sus obras, fue despertado por el Señor en favor de la santa mujer.

(Vers. 46.) Y exclamó con gran voz: Estoy limpio de la sangre de esta, etc. Despertado en él el Espíritu Santo, y sugiriéndole lo que el joven debía decir, su voz era grande. Y es de notar dondequiera en las Escrituras sagradas, que la voz del pecador se llama grande [Al. se dice].

734 (Vers. 58, 59.) Di bajo qué árbol los viste hablando entre sí. Él dijo bajo un lentisco, y Daniel le dijo: Has mentido correctamente sobre tu cabeza; pues el Ángel de Dios, habiendo recibido la sentencia de él, te partirá por la mitad. Y poco después el otro anciano dijo, bajo un roble, y Daniel le dijo: Has mentido correctamente también sobre tu cabeza. Pero el Ángel de Dios permanece con una espada para cortarte por la mitad. Porque los hebreos rechazan la historia de Susana, diciendo que no se encuentra en el volumen de Daniel, debemos investigar diligentemente los nombres, σχίνου καὶ πρίνου, que los latinos interpretan como encina y lentisco, si están entre los hebreos, y qué etimología tienen, para que de σχίνω, escisión, y de πρίνω, corte, o serrado, se diga en su lengua. Si no se encuentra, nos veremos obligados por necesidad a aceptar la opinión de aquellos que quieren que este pasaje sea solo del discurso griego, que tiene solo etimología griega, y no hebrea. Pero si alguien muestra que la etimología de estas dos palabras de escisión y corte está en hebreo: entonces también podremos aceptar esta Escritura.

(Vers. 60.) Pero toda la sinagoga [Vulg. asamblea] exclamó con gran voz, y bendijeron a Dios que salva a los que esperan en él, etc. Si toda la sinagoga los mató, parece refutarse aquella opinión, de la que hablamos antes, según Jeremías (Jerem. XXIX), que ellos eran los presbíteros Acab y Sedequías: a menos que interpretemos esto, que está escrito: Los mataron, así como que los entregaron al rey de Babilonia para ser muertos. 735 Así como también

decimos que los judíos mataron al Salvador: no porque ellos lo golpearan, sino porque lo entregaron para ser muerto, y clamaron diciendo: Crucifícalo, crucifícalo (Juan XIX, 15).

(Vers. 63.) Pero Helcías y su esposa alabaron a Dios por su hija Susana, etc. Dignamente [Al. Dignos] como santos alaban a Dios: no porque Susana fue liberada de las manos de los presbíteros, pues esto no es suficientemente loable, ni de gran peligro, si no hubiera sido liberada, sino porque no se encontró en ella cosa vergonzosa.

(Cap XIV.---Vers. 1.) Y en cuanto abrió las puertas, mirando el rey sobre la mesa [Vulg. la puerta mirando el rey la mesa], exclamó con gran voz: Grande eres, Bel, y no hay en ti engaño alguno. Esto que la Escritura dice ahora: Exclamó con gran voz, porque se dice de un idólatra e ignorante de Dios, parece subvertir nuestra observación, que antes afirmamos que la gran voz solo se encuentra en los santos. Lo cual resolverá fácilmente quien diga que esta historia no se encuentra en el libro de Daniel entre los hebreos. Pero si alguien puede probar que es del canon, entonces debemos buscar qué responderle.